

---

# **Las derechas en el Cono Sur, Siglo XX**

---

**Actas del taller  
de discusión**

---

Ernesto Bohoslavsky  
(compilador)

---

Universidad Nacional de General Sarmiento  
Los Polvorines, 2011  
CD-Rom I.S.B.N. 978-987-630-107-7

# ÍNDICE

<b>Presentación</b> .....	3
---------------------------	---

## **Sección 1. Categorías y metodologías**

Ernesto BOHOSLAVSKY, “ <i>El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)</i> ”.....	8
Sergio MORRESI, “ <i>Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)</i> ”.....	27
Olga ECHEVERRÍA, “ <i>¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920</i> ”.....	48

## **Sección 2. Prácticas y políticas**

Rosana MARTÍN, “ <i>La derecha brasileña y la política asistencial (1945-1964)</i> ”.....	64
Humberto CUCCHETTI, “ <i>Circulaciones sociales y enfrentamientos políticos en la Argentina de los ’60-70: ¿dinámicas, trayectorias y representaciones organizacionales más allá de la derecha (y de la izquierda)?</i> ”.....	81
María Valeria GALVÁN, “ <i>El nacionalismo argentino: observaciones teórico-metodológicas a partir del caso de Azul y Blanco (1956-1961)</i> ”.....	95
Gabriela GOMES, “ <i>Los aspectos corporativos de la dictadura chilena (1973-1990)</i> ”....	118
Mariana IGLESIAS, “ <i>La historia política del Uruguay según Juan E. Pivel Devoto: ¿un relato de derecha?</i> ”.....	137
Sabrina AJMECHET, “ <i>La Prensa durante el primer peronismo</i> ”.....	153

<b>Sobre los autores</b> .....	165
--------------------------------	-----

## Presentación

Este libro digital contiene algunas de las ponencias presentadas en el “Taller de discusión sobre las derechas en el Cono Sur, siglo XX”, que se realizó en el Campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento el 30 de julio de 2010. El objetivo principal de ese taller fue poner en debate un conjunto de problemas de investigación actuales sobre las derechas en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay: en ese sentido, se aspiraba a que el taller actuara como un espacio de experimentación, en el que se pudieran desmontar y volver a armar los andamiajes metodológicos, conceptuales e ideológicos que usan los investigadores para estudiar ideas, políticas y actores de derecha. Es por eso que el taller no aspiraba a dar a conocer los resultados obtenidos en los procesos de pesquisa –resultados que en historiografía son necesariamente acotados y no generalizables–, sino a poner de manifiesto las dificultades y potencialidades halladas y los recursos a los que se echó mano para atender las preguntas formuladas, así como definir colectivamente posibles temas y problemas de una agenda para la investigación de las derechas en el Cono Sur en el siglo XX.

Una de las razones que animó a realizar el taller fue la comprobación de que los últimos 30 años han sido testigos de la paradoja de que convivan un aplastante triunfo del neoliberalismo en el Cono Sur y una reiterada invitación a impugnar y rechazar la vieja distinción entre derecha e izquierda. Así, junto con una evidente imposición de ideologías embanderadas con tradiciones de raigambre derechista, encontramos el avergonzado gesto de dilución de esos orígenes, en un esfuerzo por facilitar su aceptación acrítica, como parte del sentido común. El Taller de discusión “Las derechas en el Cono Sur, siglo XX” partió de la convicción de la vigencia de la separación entre izquierda y derecha, pero también de que esa distinción ha sufrido enormes mutaciones a lo largo de los años y las sociedades, que bien vale la pena conocer mejor.

El taller procuró dar a conocer y debatir un conjunto de investigaciones en marcha, que en la actualidad parecen no tener un espacio institucional o académico particular que los cobije. En ese sentido, se aspiraba a que se conocieran investigadores que desarrollan trabajos que potencialmente tienen muchos contactos a nivel de las preguntas, fuentes de consulta y estrategias. Es por ello que en el taller se agruparon personas que poseían muchas diferencias entre sí en lo que respecta a sus trayectorias y

orígenes profesionales, pero que compartían un mismo interés temático. Así, expusieron en el taller profesionales de la historia y de la ciencia política, estudiantes de grado e investigadores con muchos años de carrera, con enfoques sociológicos, politológicos y/o historiográficos. Sirviéndose de un marco de análisis que, desde el taller, se quiso que fuera del Cono Sur americano –y no tanto “nacional” u “occidental”–, se puso en debate un conjunto de trabajos. Esos textos fueron producidos siguiendo una única recomendación desde la coordinación del taller: que se concentraran en referir los problemas de la investigación y no los resultados. Es decir, se apuntó a polemizar no tanto sobre las conclusiones a las que habían llegado los investigadores, sino a los caminos que habían recorrido para obtenerlas. Es decir, aquí interesó más el *making* que el producto, en la convicción de que el proceso de investigación, los conceptos y las metodologías son generalizables, pero no así los resultados.

El taller no se propuso imponer el uso de la categoría “derecha” para el análisis histórico en el Cono Sur. No tuvo esa intención imperialista ni mucho menos, sino la de testear su utilidad para explicar y pensar ciertos fenómenos políticos. De cualquier manera, la categoría “derecha” quedó permanentemente en el centro de la discusión, atravesada por múltiples preguntas y críticas de naturaleza metodológica, conceptual e, inevitablemente, política. En ese sentido, las polémicas desarrolladas en el taller giraron en torno a tres cuestiones. La primera de ellas es sobre *lo que son* las derechas: aquí los debates apuntaron a las supuestas “esencias” ideológicas o sociales que hacen que las derechas sean las derechas. Autoritarismo, anti-izquierdismo, defensa de los privilegios, entre otros, han sido criterios usados para definir a un sujeto que se caracteriza por algún desdén a la hora de caracterizarse ideológicamente. El segundo grupo de cuestiones se refiere a *dónde están* las derechas: esto es, pone de manifiesto el lugar que ocuparon los actores de derecha en relación a otros actores (sean de centro, de izquierda o de otras tradiciones ideológicas). Nociones como la de “red” y de circulación ponen de manifiesto la porosidad de las identidades políticas y su carácter relacional y contextual. Por último, un tercer grupo de cuestiones presentadas en el taller se refieren a *lo que hacen* las derechas, tratando de identificar un conjunto de prácticas, de sentidos asignados a los procesos sociales e históricos y de políticas públicas potencialmente definidos como “derechistas”, sea por su autoritarismo, elitismo o por las concepciones de sujeto y de sociedad que las sustentan.

Los textos disponibles en este libro digital fueron escritos después de que se realizara el taller, en un intento de que los comentarios y críticas allí formuladas tuvieran cabida en la redacción final. De allí que es posible encontrar en varios de ellos algunos hilos conductores, alguna melodía que emerge y se repite de manera intermitente. Algunas de esas cuestiones más reiteradas hacen relación a las dificultades para definir e identificar a las derechas, el vínculo entre Iglesia católica, las Fuerzas Armadas y las derechas, las afinidades entre derecha y democracia y la caracterización de los actores y políticas derechistas siguiendo pautas y modelos no esencialistas. La recurrencia de temas no es sinónimo de conclusiones: sería injusto y difícil esperarlas de un taller que se presenta como “de discusión”. Más bien estos acercamientos han de pensarse como asedios, más o menos afilados, más o menos frecuentes, a un conjunto de temas que destacan por su trascendencia en el campo de las ciencias sociales y la política.

Se han recortado dos secciones en este libro. La primera contiene las reflexiones de Olga Echeverría, la de Sergio Morresi y la mía sobre algunas de las dificultades conceptuales y metodológicas para lidiar con el estudio y la clasificación de los actores de derechas en el Cono Sur, especialmente en Argentina. La segunda sección, de mayor extensión que la anterior, contiene presentaciones de Rosana Martín, Humberto Cuchetti, María Valeria Galván, Gabriela Gomes, Mariana Iglesias y Sabrina Ajmechet. Aquí se ofrecen distintas entradas a aspectos más circunstanciales y recortados, tales como las posiciones de algunos actores de derecha en alguno de los países del Cono Sur en lo que se refiere a políticas públicas, interpretación del pasado e intervención política, sólo por mencionar algunas cuestiones. Lo que esta sección permite es volver a lanzar la discusión sobre la existencia y características de los actores políticos y su posible clasificación o caracterización como derechistas.

Oportunamente fueron discutidas otras dos ponencias, que no fueron incluidas en estas actas por razones particulares. Ellos son “Transformaciones de la derecha chilena en la Guerra Fría” del prof. José Díaz Nieva (Universidad CEU-San Pablo, de Madrid) y “Discurso e autoritarismo: as relações entre o Estado e a Igreja no Vargasismo e Salazarismo (1930-1945)” de Maria das Graças Ataíde Almeida (Universidade Federal Rural de Pernambuco).

Los fondos que permitieron la edición de las presentes actas provienen del PICT 579/2006 “Los grupos de derecha y extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile después

de la segunda guerra mundial: discursos, prácticas e identidades en el contexto populista”, financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica. Las actividades del taller contaron con financiación proveniente del proyecto de investigación “Las derechas en Argentina, Brasil y Chile frente a la guerra fría y los populismos”, desarrollado en la Universidad Nacional de General Sarmiento entre 2008 y 2010. Sólo resta agradecer a las personas que colaboraron en la realización del taller en Los Polvorines, todas ellas estudiantes, becarios o docentes del Profesorado Universitario en Historia de la UNGS, Diego Benítez, Silvia Ferreiro, Federico Iglesias y Francisco Teodoro.

Ernesto Bohoslavsky

Los Polvorines, 3 de marzo de 2011

## El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)

Ernesto Bohoslavsky

En este texto se ensayará (la elección del verbo no es casual) un esfuerzo en el sentido de conocer mejor algunos de los rasgos que tuvo la derecha en Argentina entre 1930 y 1983, aunque quizás algunas de las ideas aquí contenidas puedan tener alguna utilidad para los períodos inmediatamente anterior o posterior<sup>1</sup>. Estas ideas son el resultado de un ejercicio comparativo entre los actores de derecha en Argentina, Brasil y Chile en el período que va desde la crisis del régimen republicano liberal en la década de 1930, hasta las últimas dictaduras cívico-militares. Un ejercicio comparativo como el señalado ha permitido poner de manifiesto algunas tendencias y periodizaciones comunes del ABC y otras que, por el contrario, singularizan las experiencias históricas nacionales.

El recorrido de este artículo comienza con una presentación de las razones por las cuales se optó por la metodología de la historia comparativa para abordar este problema. A continuación se ofrece una rápida caracterización de los grupos que compusieron las tradiciones derechistas en Argentina en el medio siglo posterior al derrocamiento de Yrigoyen. Luego se señalan y critican algunas de las explicaciones que se han ofrecido sobre los rasgos (o la falta de rasgos) de esas derechas en ese período, especialmente sobre la debilidad de las fuerzas partidarias de la derecha liberal-conservadora. Finalmente, se ofrecen algunas ideas e interrogantes para seguir pensando sobre el particular.

El lector de estas líneas debe saber de antemano que éstas fueron redactadas para un taller, con el ánimo exclusivo de ponerlas en discusión para testear su viabilidad y capacidad para explicar. De allí el carácter todavía inicial de buena parte de las argumentaciones, el espíritu tentativo y dubitativo con que aparecen algunas afirmaciones y, por último, el hecho de que todo tenga la forma de un *work in progress*. Este taller de discusión sobre las derechas en el Cono Sur tenía la misión, precisamente,

---

<sup>1</sup> Quisiera agradecer a los participantes en el Taller de discusión “Las derechas en el Cono Sur, siglo XX” por sus generosos y fructíferos comentarios. Todas las traducciones aquí incluidas son de mi responsabilidad.

de mostrar las herramientas usadas, perfeccionarlas y criticarlas; y de tantear nuevos caminos.

### Una historiografía comparativa

Parece haber consenso en que la figura que marcó un antes y un después en el desarrollo de la historia comparada fue Marc Bloch, quien con diversos artículos, conferencias y sobre todo con *Les rois thaumaturges* de 1924, indicó un camino a seguir (Bohoslavsky, 2008). Está también claro que la propuesta blochiana obedece en buena medida al contexto de la primera posguerra, momento en el cual habían quedado evidenciadas las consecuencias nefastas de una educación y una historiografía nacionalista, dedicadas durante décadas a exaltar la originalidad de la cultura nacional. Bloch, por el contrario, llamaba la atención sobre los orígenes comunes de las sociedades feudales europeo-occidentales, sobre lo circunstancial de sus fronteras y sobre sus préstamos e influencias mutuas. Ello le permitiría, entendía, desechar las pseudo-explicaciones localistas y atender más a la herencia compartida que seguir insistiendo en las particularidades nacionales (Barros, 2007). La Edad Media parecía un campo más propicio para aplicar esta apuesta por la historia comparada, dado que no existían las naciones, la cristiandad actuaba como una gran cosmovisión más allá de las divisiones políticas y las fronteras administrativas no coincidían con las señoriales ni con las curiales (Prado, 2005:16).

Pero la historia comparada no sólo era considerada políticamente más constructiva y fortalecedora de una perspectiva pacifista, sino que se la creía más científica, puesto que huía del hecho único y de la descripción: en ese sentido, la tradición *annaliste* retomaba la idea promovida por Durkheim de que la comparación podía actuar como un método indirecto de experimentación para las disciplinas sociales, incrementando su nivel de científicidad y de explicación (Theml y Bustamante, 2007). Y si bien la apuesta de Bloch por una historia comparada puede pecar de ser más un estilo de pensamiento que una propuesta metodológica como han señalado algunos de sus críticos, permanece en el centro de su enfoque la gran intuición que expuso en 1934: no basta con que dos sociedades sean vecinas en el tiempo o en el espacio para constituir un tema de investigación. El único centro posible para una investigación comparada es tener definido un problema común (Prado, 2005:18). De allí la otra conclusión que se

deriva: el carácter construido y selectivo del problema a estudiar y de las fuentes con las que se lo enfrentará. Como método, a lo que invita el enfoque comparativo es a que los investigadores se asuman como sujetos en relación a objetos de interés, que no existen como tales antes de esa elección (Barros, 2007; Theml y Bustamante, 2007:16).

Esta estrategia tiene implícita una naturaleza deconstructiva dado que desnaturaliza aquello que el sistema educativo y una “historiografía del ombligo” han tendido a naturalizar y a extirparle su historicidad. En ese sentido, la comparación ofrece un mecanismo de control para la construcción y verificación de hipótesis y generalizaciones, al paso que quita del centro la escala nacional (Theml y Bustamante, 2007). Los caminos históricos nacionales pierden su carácter inevitable y auto-evidente, como ha mostrado Kocka:

“Uno descubre que el caso con el que uno está más familiarizado es sólo una posibilidad dentro de otras. Frecuentemente los historiadores están relativamente concentrados en la historia de su país o región. Debido a eso, la comparación puede tener un efecto desprovincializador, liberador, que abre los ojos, con consecuencias para la atmósfera y el estilo de la profesión. Esta es una contribución de la comparación que no debería ser subestimada ni siquiera hoy” (Kocka, 2003:41).

Después de la Segunda Guerra Mundial la historia comparada creció como disciplina, alimentada en buena medida por dos tendencias: el avance de las metodologías basadas en la cuantificación y la asimilación de la historia al resto de las ciencias sociales. Por ello el desarrollo de amplios ejercicios comparativos, de gran escala espacial y temporal (Moore Jr., 1967; Tilly, 1984; 1990; 1993; 2003). Pero en las últimas dos décadas la práctica de la historia comparada se ha visto desafiada por un nuevo contexto geopolítico, proveniente de la globalización de los flujos financieros, migratorios y comerciales. La idea de que hay un solo planeta interconectado reemplazó a nociones anteriores, que daban cuenta de la existencia de mundos paralelos, desconectados y cerrados. La caída del bloque soviético llevó a profundizar la mirada sobre las historias transnacionales, sobre las mutuas influencias y percepciones entre distintos lugares del orbe, sobre los intercambios, las redes y las conexiones. Las *entangled histories*, las *histoires croisées* o las *connected histories* de Serge Gruzinski plantean la necesidad de abandonar el modelo comparativo porque cosifica y aísla a los elementos y procesos analizados, generando una división que en la realidad no era

reconocida por los contemporáneos (Gruzinski, 2004). Es decir, la historia comparada – esta es la crítica– congelaría e invisibilizaría aquellos lazos y vínculos que acercaban a distintas sociedades de formas no necesariamente simétricas. Por aislar a sus casos, el enfoque comparado no puede ver las conexiones ni el mestizaje (Prado, 2005:28). No parece haber acuerdo en que conexión y comparación están tan alejadas metodológicamente como para no tener diálogos ni áreas de enorme complementariedad más que de confrontación. Como expresó Jürgen Kocka (2003:44), “no es necesario elegir entre *histoire comparée* y la *histoire croisée*. El objetivo es combinarlas”.

Una estrategia comparativa no apunta a acumular historias nacionales y ponerlas unas junto a otras: es decir, no es una cuestión de sumar distintos estudios de caso de un fenómeno más general para que aparezca una verdad “general” y abstracta o una tipología (Prado, 2005:23), que deberían compartir todos esos casos si no quieren ser considerados aberrantes. Más bien pienso a la estrategia comparativa como aquella que permite mirar uno o varios casos, a la luz de un tercero. Es decir, la historia comparativa es útil para saber por qué tal experiencia fue distinta a otra, por qué allí sucedió y aquí no. Como expuso recientemente un historiador brasileño, la historia comparada permite la “iluminación recíproca” de dos realidades confrontadas,

“de manera que los trazos fundamentales de uno pongan en relieve a los aspectos del otro, percibiendo las ausencias de elementos en uno y otro, las modificaciones en la intensidad y los elementos compartidos. Si los sujetos de la comparación son dinámicos, será posible percibir si los elementos recortados van en alguna dirección en particular, si tienen algún padrón de transformaciones a lo largo del tiempo, si se influyen y se transforman uno sobre el otro (Barros, 2007).

La comparación inserta de manera irreversible la pregunta acerca de por qué aquí ocurrió tal cosa y por qué allí no. Se puede tomar el ejemplo que interesa en este texto como preguntar por qué la fractura territorial fue relevante al momento de articular la oposición derechista a Vargas en las décadas de 1930 y de 1950, pero no para integrar la oposición a Ibáñez en Chile o a Perón en Argentina. En estos dos países la dimensión territorial de la política no encontró mayor traducción al eje populismo/antipopulismo, independientemente de que en algunas provincias era posible detectar una oposición más fuerte, como pudo ser el caso de la ciudad de Buenos Aires o de la provincia de Córdoba. Para la década de 1950 no había en Argentina o en Chile nada discutible entre

las elites en materia de distribución territorial del poder: no pasaba por la cabeza de ninguna agrupación política relevante la promoción de un orden territorial que, *de facto*, pudiera descansar en algo que no fuera la primacía absoluta de las áreas metropolitanas de cada uno de esos países. De esta manera, un acercamiento comparativo va fijando una agenda de preguntas acerca de las diferencias: la ausencia o la intensidad de las fracturas territoriales no puede pasar desapercibida sino que requiere una mayor preocupación analítica.

### Las derechas en el ABC, 1945-1976

Un rápido resumen de la vida histórica de las derechas en el ABC entre 1930 y las últimas dictaduras muestra rasgos diferenciadores. Uno de ellos es que en Brasil y Chile hubo partidos liberal-conservadores de buena *performance* electoral y con fuerte raigambre territorial. En ambos casos se trataba de partidos que manifestaron su decisión de participar de los procesos electorales como medio excluyente de acceso al poder. Sólo ocasionalmente, en el caso de Brasil, figuras de la derecha recurrieron a las Fuerzas Armadas –o algunos de sus hombres encumbrados– para deponer a los gobernantes. Estos partidos se caracterizaron también por su continuidad en el tiempo (un siglo en el caso de Chile, dos décadas en Brasil) y porque lograron desarrollar y sostener una organización de alcance nacional. Por último, otro rasgo que parecían compartir era el hecho de que se enfrentaban a partidos o coaliciones de izquierda (sea de inspiración marxista o populista) igualmente poderosas, frente a las que debieron desplegar múltiples y esforzadas estrategias para obtener resultados electorales, parlamentarios e ideológicos favorables al statu quo, o al menos que retrasaran o morigeraran los cambios (Benevides, 1981; Correa Sutil, 1989; 2005).

En el caso de Chile, se trataba de partidos que los podemos considerar de derecha en el sentido que se llamaban a sí mismos como tales y que eran identificados por otros actores del sistema de partidos como propios de ese sector del arco político. Al hablar de derecha me refiero al Partido Liberal y al Partido Conservador, ambos surgidos a mediados del siglo XIX, y detentadores exclusivos del Poder Ejecutivo desde entonces y hasta 1938. Liberales y conservadores impusieron su candidato presidencial en 1958, apoyaron a Eduardo Frei, el candidato demócrata-cristiano ganador en 1964 y estuvieron muy cerca de derrotar a Salvador Allende en las elecciones de 1970. Junto a este gran

tronco liberal-conservador hay que agregar otras “tiendas” políticas como se denominaba en la época, también dentro de la familia de las derechas, pero notablemente menos longevos en el tiempo e ideológicamente más radicalizados, como fue el caso del Partido Agrario-Laborista o de las voces más extremas del nacionalismo y el anticomunismo (Garay Vera y Medina, 2008; Valdivia Ortiz de Zárate, 1995a; 1995b).

En Brasil es menester recortar el período de una manera distinta, puesto que el país no manifestó la estabilidad institucional que se puede encontrar en Chile entre 1932 y 1973, medio siglo en el cual no hubo interrupciones de gobiernos democráticos. En Brasil esta etapa podría dividirse en dos: por un lado aquella que comprende la revolución de 1930, la primera presidencia de Getúlio Vargas y la dictadura del *Estado Novo*, (1937-1945), y por el otro lado, la nueva república, que extendió su vida entre 1945 y el golpe de Estado de 1964. En esta segunda etapa por primera vez existieron partidos conservadores y liberales de alcance nacional, dado que hasta 1930 habían predominado los partidos estaduais, generalmente auto-denominados “republicanos”. El condicionamiento de la nueva legislación electoral, aprobada en 1945, obligó a los partidos a organizarse en varios Estados de manera simultánea, a adoptar un único programa y a ramificar territorialmente su organización. Así, la União Democrática Nacional (UDN), el partido más virulentamente anti-varguista, y el Partido Social Democrático (PSD), el partido de los interventores y altos funcionarios varguistas, constituyeron los dos partidos más relevantes de la derecha en este período. El PSD obtuvo la presidencia de Brasil en 1945 y 1955 y apoyó a Vargas cuando triunfó en 1950. La UDN apoyó al candidato ganador de la presidencia en 1960, Jânio Quadros, y poseyó varias gobernaciones y una nada despreciable presencia parlamentaria.

En cambio, cuando se presta atención al caso argentino lo que se encuentra es un panorama bastante distinto en términos de institucionalidad política, puesto que, durante el período que va de 1930 a 1983 ningún partido auto-identificado con la derecha o unánimemente reconocido por sus adversarios como de derecha, pudo ganar elecciones presidenciales u obtener alta representación parlamentaria sin recurrir al fraude. De hecho, no es descabellado sostener que incluso antes de 1930 ningún partido con los rasgos arriba mencionados consiguió triunfar en las urnas mientras hubo un régimen electoral limpio y sin proscripciones, esto es, entre 1912 y 1930. Desde entonces, los triunfos de partidos o de coaliciones que podríamos identificar con la derecha conservadora han estado directamente vinculados a la persecución o la proscripción de

los partidos que recogían el grueso de las simpatías populares, sea el radicalismo en la década de 1930 o el peronismo entre 1955 y 1973. No hay nada comparable al poder electoral de los conservadores chilenos o de la UDN brasileña. De hecho, parecería que los actores de derecha en Argentina mostraron más interés por sumarse a alianzas electorales potencialmente exitosas que en formar un partido propio.

Pero, ¿cuáles eran las caras de la derecha en el medio siglo posterior al golpe de Estado liderado por Uriburu? Por un lado, encontramos una tradición ideológica nacionalista, católica y antiliberal, cuyo punto de origen se suele ubicar en la publicación *La Nueva República* (en 1927) o quizás en el diario *La Fronda* desde 1919 (Tato, 2004), y que en la fecha encuentra perfecta continuidad en la revista *Cabildo* (Saborido, 2004). Esta tradición se caracteriza por un conjunto de particularidades ideológicas, así como algunos rasgos organizativos propios. Entre las primeras hay que anotar su catolicismo integrista, su repudio al liberalismo y al izquierdismo así como su profunda convicción de que la identidad argentina descansa en el legado hispano-católico del cual las Fuerzas Armadas deben ser custodios y garantes naturales (Buchrucker, 1987). Estos grupos se mostraron limitados en su capacidad para movilizar a contingentes significativos de la población, quizás por su intolerancia ideológica, su autoritarismo y su sectarismo, pero ello no impidió que obtuvieran algunas notables repercusiones ideológicas (por ejemplo en la imposición de un sentido común histórico “revisionista”) y que varios de sus miembros participaran de gabinetes de gobiernos democráticos y dictatoriales. Su punto de identificación era, según se ha postulado, una común forma de caracterizar al enemigo como un eterno conspirador contra la Argentina, su religión, su economía y su territorio (Lvovich, 2003; 2006).

Los grupos vinculados a un nacionalismo autoritario, filo-fascista y católico se dividieron frente al fenómeno peronista: hubo quienes ingresaron decididamente en el nuevo movimiento, como el padre Virgilio Filippo, pero también otros como los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, que se mantuvieron muy alejados y críticos (Piñeiro, 1997). Muchos nacionalistas creyeron encontrar en el régimen peronista algo parecido a lo que venían reclamando desde inicios de la década de 1930, esto es, una combinación de promoción del bienestar social de las masas, política exterior independiente, organización corporativa de las relaciones entre capital y trabajo, patronazgo católico de la educación y rechazo ideológico al liberalismo, al comunismo, al imperialismo y a la “oligarquía”. Sin embargo, recelaban del personalismo de Perón, de un uso y

combinación pragmática y flexible de las ideas, de una relación demasiado directa con las masas, de la corrupción, de los acuerdos firmados con empresas petroleras a finales del mandato y del peso que tenía Eva Duarte en el palacio presidencial y en las decisiones oficiales (Walter, 2001). Es evidente que Perón se sirvió de muchas de las ideas y hombres del nacionalismo católico argentino, pero dejó de lado otras nociones que le resultaban incómodas, innecesarias o “piantavotos” (Spektorowski, 2003). En todo caso, la larga alianza de Perón y la Iglesia facilitó el ingreso de nacionalistas católicos a órganos del Estado, pero el agrio conflicto que posteriormente se desató entre el presidente y la cúpula eclesiástica en 1954 le alienó al régimen sus apoyos más decididamente católicos.

Esta tradición ideológica fue la más influyente de las caras de la derecha argentina entre mediados de la década de 1960 y 1975, enfrentada en varios puntos con la emergente tradición neoliberal y sobre todo con los actores enrolados en caminos reformistas o revolucionarios en el país. Algunos de esos grupos de derecha antiliberal expresaban un punto de vista muy reaccionario sobre la activación de las masas como la Guardia Restauradora Nacionalista, pero otros hicieron un recorrido que los condujo al peronismo revolucionario y la admiración por la revolución cubana (Galván, 2008; Padrón 2005; 2007). Su rechazo a la economía de mercado sin regulación, su fortísima impronta de catolicismo integrista y la promoción del hispanismo (en el sentido franquista del término) los acercaba a las corrientes nacionalistas de la década de 1930 y 1940 más de lo que admitían (Lvovich, 2006). En términos de presencia dentro del Estado, los hombres provenientes de estas tradiciones podían encontrarse en las áreas “políticas” como el Ministerio del Interior y el de Relaciones Exteriores. Asimismo, dado su interés en orientar la cultura argentina según una serie de valores tradicionales, era frecuente también hallarlos en las áreas educativas (Lewis, 2001). Esta corriente de ideas apoyaba la creación de una economía más bien cerrada y de una sociedad re-cristianizada y organizada políticamente a través de acuerdos corporativos de cúpula, entre los que incluían con insistencia a los jefes sindicales peronistas.

En segundo lugar, se debe señalar a la tradición liberal. Después de 1955 emergieron figuras derechistas en Argentina, de inspiración liberal y empresaria, comparable con el perfil del Partido Liberal y la figura de Jorge Alessandri en Chile (Senkman, 1989; 2001), pero que no constituyeron un partido orgánico de derecha. Se mantuvo emergente hasta mediados de la década de 1970, momento en el que se consolidó en el centro del

escenario político e ideológico, desplazando a las tradiciones nacionalistas y católicas con las que había tanto competido como colaborado mientras estuvo en la oposición o en distintos gabinetes. Sobre este punto se concentra el artículo de Sergio Morresi incluido en este libro. Esta corriente encontró espacio en gobiernos democráticos y dictatoriales, especialmente en el Ministerio de Economía, la Secretaría de Agricultura y el Banco Central. En su promoción de un capitalismo autoritario, entendían que la garantía de la libertad económica era la obligación del Estado, y que esa libertad debía tener prioridad por sobre otras. De allí la justificación que ofrecían de los regímenes de participación política restringida o nula (sea a través del autoritarismo o del voto calificado). La convicción de que sólo las economías de mercado y la presencia de inversiones extranjeras podían asegurar el crecimiento impulsaba a estos ideólogos a la promoción de la libre empresa y la desregulación (selectiva). Esta corriente entendía que el grueso de las decisiones tenía que ser potestad de tecnócratas, principalmente economistas, que debían quedar liberados de las presiones espurias provenientes del mundo de la política y de los intereses sectoriales organizados (eufemismo para sindicatos). República sí, democracia no, podría ser la síntesis de esta ideología neoliberal (Morresi, 2008:41-46).

En esta corriente hay que incorporar a cámaras y confederaciones empresariales como la Sociedad Rural Argentina, la Unión Industrial Argentina y las asociaciones de bancos privados. En todos los casos, se trata de instituciones que han defendido sistemáticamente principios liberales en el campo económico, pero junto con maniobras destinadas a evitar que la entrada de reformas liberales afectara a ventajas particulares en el mercado local. Es decir, se trataba de una aceptación general del liberalismo económico, entendido como rechazo a la intervención “asfixiante” del Estado, compatible con un conjunto de protecciones particulares a determinados actores y áreas de la economía. En todo caso, ese liberalismo económico era compatible con la aceptación –y a veces promoción– de regímenes autoritarios o dictatoriales.

Según Leonardo Senkman (2001), a esos actores cabría sumar en el período que va desde 1955 a 1976 al sindicalismo peronista como la tercera cara de la derecha argentina. Con esto se refiere a la estructura de sindicatos y confederaciones que se creó bajo el régimen peronista y cuya fuerza y capacidad de presión política los posteriores gobiernos no quisieron, pudieron o supieron modificar. Estos actores, amén de su capacidad para representar de manera corporativa a los trabajadores sindicalizados,

actuaban también como representantes sociales de un partido político, el peronista, que estuvo proscrito durante 18 años. Su organicismo, su exaltación de la disciplina política y la verticalidad, sus vínculos con el nacionalismo católico y su anticomunismo son señalados como elementos que permiten asociar a estos actores sindicales con la derecha.

En este panorama se debe mencionar también a otros dos actores relevantes del período 1930-1983, que tuvieron algún tipo de vinculación con las derechas argentinas. Por un lado, la Iglesia católica, que hasta mediados o fines de la década de 1960 se mostró monolíticamente conservadora, pero también dispuesta a avalar a sus miembros partidarios del catolicismo más integrista. Su seguidismo del Vaticano, su desprecio por el pluralismo político, su propagación de la asimilación de la Argentina con la herencia hispana-católica y su simpatía con el franquismo, son elementos que nos ayudan a entender su anclaje en la derecha antiliberal (Di Stefano y Zanatta, 2000). Este panorama se empezó a modificar, como se expuso, a consecuencia de los efectos del Concilio Vaticano II, y quizás un poco antes, como resultado de las relecturas que se produjeron entre los católicos sobre el peronismo tras su caída (Zanca, 2006). Lo que se produjo entonces fue exactamente el escenario más detestado por la cúpula eclesiástica: la exposición pública de querellas y antagonismos entre miembros legítimos de la Iglesia, tal como se expresó bajo la dictadura del general Juan Carlos Onganía y el surgimiento del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. El otro actor al que quizás se puede incluir dentro de la derecha son algunos grandes medios periodísticos, como *La Nación* o *La Prensa*, campeones del liberalismo económico y del republicanismo, amén de convencidos no sólo de hablarle a la elite sino de la legitimidad de la existencia y predominio de esa elite (para una idea contraria, véase el texto de Sabrina Ajmechet en este libro). Así, tanto *La Nación* como *La Prensa* se caracterizaban por su tendencia a mirar la política sin usar perspectivas partisanas, pero siempre muy cercanas a las que tenían los sectores económicamente dominantes del país (Nállim, 2010; Sidicaro, 1993)

### **Pensar la ausencia**

¿Cómo entender, cómo explicar la debilidad de los partidos de derecha liberal en Argentina a lo largo del siglo XX, siendo que se ha convertido en un sentido común

historiográfico la idea de que el horizonte liberal decimonónico tuvo una larga sombra (Devoto, 2002), o de que Argentina fue un “*country born liberal*” (Halperin Donghi, 1988)? Lo primero que hay que hacer es exiliar toda pretensión normativista, es decir, suponer que hay alguna ley histórica que manda a que exista un partido liberal y que ese partido liberal gane elecciones cada tanto. Interpretar por qué no existió un partido con esas características no supone que debería haber existido, sino que hay allí un problema historiográfico que asoma gracias al efecto de la comparación con Brasil y Chile. Además, es un interrogante que se puede formular una vez que se haya avanzado en el reconocimiento de lo que sí existió, esto es, qué actores y corrientes de ideas es posible identificar entre las derechas argentinas.

De hecho, la idea de la ausencia de un partido de derecha en Argentina ha sido usada largamente como clave explicativa de distintos problemas nacionales del siglo XX como la recurrencia de los golpes de Estado, la inestabilidad política, la incapacidad para pactar modelos de crecimiento y los fuertes vínculos de la derecha con una extrema derecha dispuesta a recurrir a la violencia política y racista. A la hora de plantear las razones del escaso éxito político y electoral de los partidos liberales y conservadores, se encuentran argumentos centrados en dos aspectos: la ausencia de voluntad o la ausencia de capacidad (soy consciente de que intentar explicar una ausencia, ya de por sí un propósito bastante criticado en la historiografía, recurriendo a otras ausencias, puede ser considerado un sinsentido). Entre aquellas respuestas que enfatizan el desinterés por crear ese partido, los argumentos apuntan a la idea de que los sectores sociales que podrían haber alentado la formación de un partido liberal-conservador no lo hicieron porque no lo deseaban o no lo necesitaban. Según se argumenta, la derecha habría actuado por interpósita persona, es decir, que no actúa por sí misma sino por un tercero que cumple las funciones que debería tener en un sistema de partidos “como la gente”. En ese sentido, el desinterés por crear un partido de derechas provendría de que los intereses que un partido de derecha relevante podría satisfacer, en realidad fueron mejor y más sistemáticamente atendidos por otros actores superficial o formalmente no derechistas:

- 1) En términos de combinación de apoyo masivo y de reformas preventivas, el peronismo sería el gran partido de derecha popular de la Argentina. Dado su compromiso con la práctica electoral, su capacidad para incorporar votantes, su intenso vínculo con la Iglesia Católica entre 1946 y 1954, el peronismo cumpliría

las funciones políticas asignadas tradicionalmente a un partido conservador de masas. Contra esa postura hay demasiados argumentos: en primer lugar, que el propio peronismo se presentaba como contrario a la izquierda comunista, pero también como anti-conservador. Su promoción nacional e internacional de la “tercera posición” lo alejaba del imaginario derechista, mucho más cercano a la postura de Washington en el contexto de la guerra fría. El plebeyismo del peronismo, el rechazo empresarial, su radicalización ideológica durante el exilio de Perón, su enfrentamiento con la Iglesia Católica en 1955, hacen que su consideración como “partido de derecha” sea bastante más problemática que útil;

- 2) El hecho de que las Fuerzas Armadas hayan actuado como guardia pretoriana de la clase dominante hacía al juego democrático superfluo, costoso, innecesario y menos previsible. De hecho, un rasgo llamativo de las Fuerzas Armadas argentinas en la primera mitad del siglo XX es la debilidad de sus tradiciones reformistas, comparándolas con lo que sabemos de sus pares chilenos y brasileños. Las intervenciones políticas y armadas de los *tenentes* en Brasil y de los jóvenes oficiales chilenos en las décadas de 1920 y 1930 dan cuenta del carácter más homogéneamente conservador, y a veces integrista, de los institutos armados rioplatenses. En el caso del Ejército argentino, interpelado de manera comparativa a partir de las referencias brasileñas y chilenas, se evidencia la debilidad de una corriente de reforma social, o en todo caso, su escasa vinculación con el pensamiento democrático. Erigido como guardián de la restauración más que modernizador, hacia allí se dirigen con razón algunos de quienes pretenden encontrar las causas de las enormes diferencias entre las últimas dictaduras argentina y brasileña. Una crítica a esta argumentación podría señalar que aquello que aparece como causa bien puede ser considerado también su efecto: es decir, quizás el recurso a las Fuerzas Armadas, a la represión y al estado de excepción bien podría ser tomado como la fatal consecuencia de no contar con un partido de derecha que pudiera alcanzar el gobierno a través de medios electorales. En todo caso, más que resolver el enigma lo que se consigue es desplazarlo hacia la pregunta por las causas de la debilidad del reformismo en las FFAA argentinas;
- 3) Una tercera argumentación centrada en el desinterés como explicación es aquella que sostiene que los actores que podrían haber formado un partido de derecha

no lo hicieron porque se mostraban ideológicamente en contra de la democracia liberal. Así, el fuerte peso, no ya del catolicismo sino de su versión integrista y antiliberal, que habría alimentado el repudio a la constitución de un partido político. El carácter específico que tuvo el catolicismo de la Iglesia en Argentina (muy romano, antiliberal, ultramontano, anti-pluralista, confiado en la existencia de esencia argentina caracterizada por su catolicismo y origen hispano) habría incidido en el rechazo a la democracia y al juego electoral como desvíos “modernos”. En ese sentido, la fuerte desvinculación de la Iglesia católica con la práctica política cotidiana contrasta con el decidido apoyo de la Iglesia chilena al Partido Conservador entre mediados del siglo XIX y el Concilio Vaticano II. Al igual que en el argumento sobre las FFAA, cabe señalar las mismas críticas en torno a qué es causa y qué es efecto. ¿Por qué es más arraigadamente conservadora e incluso reaccionaria la Iglesia en Argentina con respecto a Chile?, ¿Por qué en Brasil la Liga Electoral Católica funciona dando su apoyo a distintos partidos según la catolicidad de su plataforma electoral, pero en Argentina el Episcopado en general no avalaba candidaturas –salvo la de Perón en 1946– sino que condenaba la “partidocracia”? ¿Por qué la Iglesia argentina parece haber optado por tener católicos en todos los partidos en lugar de tener *un* partido católico, como fue el caso del conservadurismo chileno?, ¿la debilidad de los partidos liberales en Argentina es la consecuencia del ultramontanismo eclesiástico o al revés?

Otro conjunto de análisis deja de lado el problema de la voluntad de constituir un partido de derecha y se concentra en la cuestión de la incapacidad de crear este tipo de actor político. Así, las explicaciones apuntan a mostrar que no existió un importante partido liberal en la Argentina contemporánea porque quienes podrían haberlo hecho, no supieron ni pudieron hacerlo.

- 1) Por un lado están los argumentos inspirados en la economía política y el estudio en clave estructural de los vínculos entre la política y el modelo de acumulación en Argentina. Esos trabajos han intentado mostrar que en el país había intereses económicos muy complejos, enfrentados y fragmentados desde inicios del siglo XX que por su carácter irreductiblemente particular y faccioso, no podían ser recogidos en un único partido. La propia incapacidad de las fracciones burguesas

para consensuar un modelo de acumulación y un régimen político que satisficiera sus intereses las llevó a confiar en actores externos (principalmente las FFAA) para que le fijaran una orientación y resolvieran el “empate hegemónico”. Según una tesis ya clásica, hay un empate hegemónico entre sectores sociales poderosos, que no pueden acordar puntos mínimos o procedimientos pacíficos para la resolución de conflictos, pero tampoco vencer a sus opositores (Portantiero, 1973). Entre las críticas que se pueden formular a estas interpretaciones cabe señalar el normativismo implícito en ellas, dado que la existencia de un partido de derecha que agrupe a los principales intereses burgueses aparece como una forma normal y deseable de vida política, más que como una posibilidad o un resultado histórico, circunstancial y dinámico.

- 2) Otras explicaciones sobre el particular ponen menos el acento en la economía política argentina que en las dificultades políticas para crear un partido liberal que alentara y generara alguna forma de hegemonía. En ese sentido, los pequeños partidos de derecha no fueron capaces de procesar de manera exitosa el desafío de la democratización como sí lo hicieron otros partidos como el radicalismo primero (1916-1930) y el peronismo después (1946-1976). Frente al predominio radical y luego el peronista los hombres de la derecha no consiguieron construir posturas que fueran tentadoras o interesantes para amplios sectores de la población. En esa tarea fallaron primero los conservadores y el Partido Demócrata Progresista (Béjar, 2005; Malamud, 1995) y después lo hicieron los liberales y católicos embarcados en el antiperonismo.

Waldo Ansaldi ha propuesto que no es sólo la derecha la que ha tenido problemas para vincularse con la democracia en Argentina, sino que ha sido el propio sistema de partidos el que ha sufrido de conflictos en su relación con la democracia. Así, el sistema político argentino es caracterizado como un “entramado de mediaciones entre la sociedad civil y el Estado dominado por la bifacialidad o por un doble canal: la mediación partidaria y la mediación corporativa”, esta última predominante (Ansaldi, 1994). Las clases y fracciones sociales buscaron y desarrollaron formas de representar y defender sus intereses por fuera de los partidos, los cuales permanecieron escuálidos, se disgregaron o fracturaron, dejando de representar orgánicamente a las clases sociales. De allí que la representación de los intereses sociales se canalizaba a través de las

“mediaciones corporativas” y que se hacía “desempeñar al Estado las funciones de partido político” (Ansaldi, 1993:61). Ello habría dado como resultado una menor valoración social de la democracia y debilidad de los gobiernos electos.

Dejando de lado la cuestión de la validez de la caracterización de la vida política argentina del siglo XX bajo este prisma pesimista, lo que tenemos es otro desplazamiento de la pregunta que orienta este ensayo: ¿por qué predominan los lazos corporativos en lugar de los partidarios?, ¿la debilidad de las identidades partidarias de derecha es la causa o la consecuencia de la fortaleza corporativa?

### **Hipótesis para volver al problema**

Quizás valga la pena apostar por otras explicaciones, menos estructurales, de mediano y corto plazo y sin pretensiones de ser erigidas en claves de los problemas nacionales. Así, entiendo que sería más útil pensar en períodos más reducidos y en una perspectiva relacional. Por ejemplo, una primera cuestión a atender sobre la flaqueza de las fuerzas partidarias de derecha en Argentina es si no guarda alguna relación con la flaqueza de las fuerzas partidarias de izquierda en Argentina. No hubo el gran partido liberal-conservador comprometido con la democracia, pero tampoco el Partido Socialista primero ni el comunista después se convirtieron en bastiones electorales relevantes, a diferencia del caso chileno y en menor medida del brasileño. ¿Será que la debilidad de esa izquierda en las urnas, en las calles y entre los uniformados desestimuló la creación y sostenimiento de una maquinaria electoral derechista capaz de enfrentarla exitosamente?, ¿podrá ser verosímil que sin un miedo lo suficientemente creíble, intenso y movilizador –como fue el generado por el primer peronismo entre los empresarios más importantes– no fue posible conseguir elementos de unificación de aquellos que podrían haber formado ese gran partido de derecha? Si uno se deja tentar por las caracterizaciones de las derechas como reacciones defensivas frente a los procesos igualadores de la izquierda (McGee Deutsch, 1999:3), no es descabellado percibir de esta manera el problema.

Por otro lado, habría que mensurar el peso identitario que, entre 1930 y 1983, tuvieron el peronismo y el radicalismo (quizás habría que decir los peronismos y los radicalismos). El vigor de esas identidades y la intensidad de sus enfrentamientos políticos y electorales probablemente es la causa de la debilidad histórica de las terceras

fuerzas. Da la impresión de que la potencia centrípeta de estas dos agrupaciones políticas les quitó espacio y capacidad de maniobra a los actores más explícitamente ideológicos, sea a izquierda y a derecha. La mayor parte de los conflictos político-partidarios se ordenaron en el eje peronismo-antiperonismo o peronismo-radicalismo y no admitían en absoluto una correlación evidente, transparente ni permanente con el eje derecha-izquierda. Los intentos por ubicar al peronismo o al radicalismo como partidos de derecha o de izquierda parecen no sostenerse, salvo para algunos de los propios protagonistas.

Finalmente, hay otro dato que debería quedar incluido en la reflexión, que tiene que ver con la escala del partido político. Ya hemos planteado el interrogante acerca de la ausencia de un partido de derecha electoralmente relevante en el mapa nacional, pero no sabemos cómo combinar ese dato con el que proviene de algunas provincias: así, lo que es posible encontrar es un conjunto de partidos provinciales de derecha de notable y persistente capacidad electoral. Estoy pensando en el caso del Partido Demócrata de Mendoza, los autonomistas y liberales correntinos o el bloquismo en San Juan (algo sobre esto plantea Sergio Morresi en el próximo artículo de este libro). Se trata de partidos que durante décadas accedieron al gobierno provincial o a una parte significativa de las intendencias y las legislaturas, pero que cuando debieron dar un paso en el orden nacional, para tratar de controlar el Poder Ejecutivo Nacional, fracasaron: me refiero a experiencias como la de la “Confederación de las Derechas” de 1928 (partidos conservadores provinciales de once provincias), el Partido Demócrata Nacional de 1931 (partidos conservadores provinciales de Salta, Buenos Aires y Córdoba, entre otros) o la Alianza Popular Federalista que en 1973 obtuvo 14% de los votos en las elecciones presidenciales. Es especialmente significativa la brecha que hubo entre la fuerza histórica del conservadurismo bonaerense y la debilidad nacional del conservadurismo. Parece haber existido una distancia significativa entre el éxito electoral y la intensidad de la identificación generada por estos partidos en sus provincias, por un lado, y la posibilidad de constituir un alineamiento nacional de envergadura. Los partidos provinciales de derecha despliegan un reclamo de reconocimiento identitario (“federal”) basado, precisamente, en la impugnación del centralismo. Eso pudo haber dificultado el armado de un único partido nacional de derecha (al igual que en la *Republica Velha*, de 1889 a 1930) porque significaría arriar las banderas provincialistas, electoralmente redituables, para sumarse a unas banderas

nacionales más prestigiosas ideológicamente pero con menos chances de llegar al gobierno de manera autónoma.

Estas ideas tienen el carácter, como se expuso, de intentos de pensar y estudiar un tema complejo y con inevitables ribetes ideológicos que interpelan al autor y los lectores. Lo que se ha tratado de expresar es un grupo desordenado de intuiciones y de hipótesis de exploración sobre las derechas en Argentina, que un trabajo de más largo aliento podrá descartar o enriquecer. Los escritos provenientes de los talleres de discusión aspiran, en ese sentido, a mostrar cómo es que se produce el conocimiento en las disciplinas sociales, los entreteneros y procesos en (y a través de) los cuales se van constituyendo ideas e imágenes sobre los actores sociales.

#### ¿Cómo citar este artículo?

Ernesto Bohoslavsky, "El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)", en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Ansaldi, Waldo (1993) "¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930", en Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli, y José Villarroel (eds.), *Argentina en la paz entre dos guerras* (Buenos Aires, Biblos).

Ansaldi, Waldo (1994) "La interferencia está en el canal. Mediaciones políticas (partidarias y corporativas) en la construcción de la democracia en Argentina", *Boletín Americanista*, Año XXXIV, Nº 44, Barcelona pp. 7-24.

Barros, José D'Assunção (2007) "História comparada. Um novo modo de ver e fazer a história", *Revista de História comparada*, 1-1, Río de Janeiro.

Béjar, María Dolores (2005) *El régimen fraudulento: la política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*; Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Benevides, Maria Victoria de Mesquita (1981) *A UDN e o udenismo. Ambigüidades do liberalismo brasileiro, 1945-1965*; Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Bohoslavsky, Ernesto (2008) "A oposição política aos regimes populistas", ponencia presentada en Seminário Internacional Identidades políticas na América Latina, Universidade Estadual Paulista, Assis, 26 de noviembre.

Buchrucker, Cristián (1987) *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*; Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Correa Sutil, Sofía (1989) "La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal", *Revista de Ciencia Política*, XI-1, Santiago.

Correa Sutil, Sofía (2005) *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*; Santiago: Editorial Sudamericana.

Devoto, Fernando (2002) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*; Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores.

Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2000) *Historia de la iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*; Buenos Aires, Grijalbo Mondadori.

Galván, María Valeria (2008) "El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural", tesis de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín).

- Garay Vera, Cristián y Medina, Cristian (2008) *La política de la tierra. Jaime Larraín García-Moreno, 1896-1975*; Santiago: Centro de Estudios Bicentenario y Universidad Católica de la Santísima Concepción.
- Gruzinski, Serge (2004) *Les quatre parties du monde: histoire d'une mondialisation*; Paris: Martinière.
- Halperin Donghi, Tulio (1988) "Argentina: Liberalism in a country born liberal", en Love, Joseph y Nils Jacobsen (eds.), *Guiding the Invisible Hand. Economic Liberalism and the State in Latin American History* (New York: Praeger). 99-116.
- Kocka, Jürgen (2003) "Comparison and beyond", *History and Theory*, 42-1, 39-44.
- Lewis, Paul (2001) "La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983", en McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales* (Buenos Aires, Javier Vergara Editor).
- Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*; Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- Lvovich, Daniel (2006) *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*; Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Malamud, Carlos (1995) "El partido demócrata progresista: un intento fallido de construir un partido nacional liberal-conservador", *Desarrollo Económico*, 35-138, 289-308.
- McGee Deutsch, Sandra (1999) *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*; Stanford: Stanford University Press.
- Moore Jr., Barrington (1967) *Social origins of dictatorship and democracy: lord and peasant in the making of the modern world*; London: Allen Lane.
- Morresi, Sergio (2008) *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, vol. 6 de la Colección 25 años, 25 libros; Buenos Aires, Biblioteca Nacional y Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Nállim, Jorge (2010) "An Unbroken Loyalty in Turbulent Times: La Prensa and Liberalism in Argentina, 1930-1946", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20-2.
- Padrón, Juan Manuel (2005) "El Movimiento Nacionalista Tacuara: ¿banda nazi-fascista, grupo neonazi, agrupación de extrema derecha...? Una aproximación a su conceptualización, Argentina (1956-1966)", ponencia presentada en X° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario.
- Padrón, Juan Manuel (2007) "Trabajadores, sindicatos y extrema derecha. El Movimiento Nacionalista Tacuara frente al movimiento obrero, Argentina (1955-1966)", ponencia presentada en XI° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Tucumán.
- Piñeiro, Elena (1997) *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*; Buenos Aires, A-Z Editora.
- Portantiero, Juan Carlos (1973) "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en Braun, Oscar (ed.), *El capitalismo argentino en crisis*. (Buenos Aires, Siglo Veintiuno).
- Prado, Maria Ligia Coelho (2005) "Repensando a história comparada da América latina", *Revista de História*, 153, 11-33.
- Saborido, Jorge (2004) "El antisemitismo en la historia argentina reciente: la revista Cabildo y la conspiración judía", *Revista Complutense de Historia de América*, 30, 209-223.
- Senkman, Leonardo (2001) "La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976", en McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales* (Buenos Aires, Javier Vergara Editor). 275-320.
- Senkman, Leonardo (ed.), (1989) *El antisemitismo en la Argentina* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina) 476 p.
- Sidicaro, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*; Buenos Aires, Sudamericana.
- Spektorowski, Alberto (2003) *The origins of Argentina's revolution of the right*; Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Tato, María Inés (2004) *Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*; Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Theml, Neyde y Bustamante, Regina Maria da Cunha (2007) "História comparada: olhares plurais", *Revista de História Comparada*, 1-1, Rio de Janeiro.

- Tilly, Charles (1984) *Big structures, large processes, huge comparisons*; New York: Russell Sage Foundation.
- Tilly, Charles (1990) *Coercion, capital, and European states, AD 990-1990*; Cambridge: B. Blackwell.
- Tilly, Charles (1993) *European revolutions, 1492-1992*; Oxford, y Cambridge: Blackwell.
- Tilly, Charles (2003) *Contention and democracy in Europe, 1650-2000*; New York: Cambridge University Press.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995a) *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)*; Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995b) *Nacionalismo e ibañismo*; Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- Walter, Richard (2001) "La derecha y los peronistas, 1943-1955", en McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales* (Buenos Aires, Javier Vergara Editor).
- Zanca, José A. (2006) *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*; Buenos Aires, Universidad de San Andrés; Fondo de Cultura Económica.

# Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)

Sergio Morresi

El presente trabajo no pretende ser una exposición acabada de una metodología de estudio de las derechas, sino una primera y muy general presentación de uno de los modos posibles de llevar adelante la tarea de comprender a las derechas como movimientos políticos. Se trata de un modo que privilegia el análisis de las ideas tal como son puestas en práctica por los actores, lo que equivale a decir, tal como son “habladas” por los sujetos. En la primera parte, más abstracta, mostramos de qué modo pueden estudiarse las derechas históricamente situadas como integrantes de un “campo de la derecha”. En la segunda, introducimos datos sobre las derechas argentinas entre 1955 y 1983 para mostrar algunas de las potencialidades del esquema analítico.

## I. Esquema analítico

### I.a Derecha, derechas y campo

Como ha planteado el conservador británico Ian Gilmour, la derecha es como un elefante: todos pueden reconocerla, pero la mayoría tiene dificultades para definirla (en Eatwell y O’Sullivan, 1990). En parte por ello, varios estudios sobre el tema (Diamond, 1995; Brock, 2005; Lévy-Bruhl, 1990) acuden a caracterizaciones generales más que a definiciones analíticas. En este sentido, algunos autores (Bobbio, 1995) ven a la derecha como defensora de algunos valores en desmedro de otros que aparecerían *a priori* ligados a la izquierda (la libertad sobre la igualdad o la tradición sobre la innovación). Ahora bien, esta fórmula general debe matizarse al considerar a la derecha históricamente situada. En este nivel, parece conveniente caracterizarla como la posición política resultante de una serie de rechazos concretos: al surgimiento de la república moderna, a la expansión del sufragio, a la amenaza de la revolución socialista

o al establecimiento del Estado de Bienestar (Eatwell y O'Sullivan, 1990; 1993). A su vez, estos rechazos permiten que otras ideas, formuladas positivamente, se conviertan en ejes estructurantes de una gramática política que es la base de su ideología y de sus prácticas (Lakoff y Johnson, 2003). Así, tal como han propuesto algunos especialistas, corresponde hablar de derechas (en plural) y no apenas de una derecha (Rémond, 2007; McGee Deutsch, 2005).

No obstante, no es claro que pueda extraerse de la diversidad de las derechas (y de izquierdas) la existencia de un espectro político en forma de arco, gradiente o espacios dispuestos en ejes cartesianos dentro del cual fuera posible distinguir posiciones más o menos a la derecha o a la izquierda (como lo intentara Rokeach, 1973). En realidad, parece preferible recurrir a la metáfora de Bourdieu y pensar en términos de campos. Para Bourdieu (2002; 2005), el campo es un sistema modelizado de fuerzas objetivas a la manera del campo magnético, una configuración relacional dotada de una gravedad específica que se impone a los agentes que se hallan dentro de él y que influye sobre aquellos que se encuentran afuera. No es una mera adición de acciones ni el resultado de un plan concertado e implementado en forma sistemática por un grupo de líderes, sino un lugar, un espacio de competencia y conflicto, pero también de acuerdos y cooperación. En este sentido metafórico, las derechas aparecen como agentes en conflicto que pueden actuar de forma solidaria cuando el campo mismo se encuentra bajo el asedio de otros campos.

El campo de la derecha se conforma materialmente gracias al acervo y las capacidades de sus integrantes, pero no equivale a su suma aritmética. Contiene un plus articulador que puede asimilarse al resultado contingente, pero no casual, de las operaciones discursivas de los agentes. Así, el plus está formado por una gramática común y compartida de los actores (Lakoff y Johnson, 2003). Esa gramática no es anárquica; está construida alrededor de un eje estructurante al que podemos llamar “mito fundante” (enseguida volveremos sobre esto). En este sentido, el plus es el que permite la existencia del campo ideológico. O, lo que es lo mismo, no son los intereses inmediatos de los agentes los que construyen el campo de la derecha como tal, sino que lo integran sólo en la medida en que los mismos sean pasibles de articulación discursiva dentro del campo.

## **I.b Mitos, gramáticas y metáforas**

Los mitos fundantes son ideas que procuran brindar una explicación de las acciones pasadas, así como justificar las elecciones presentes y los planes futuros. No importa si los mitos se asientan sobre datos fehacientes o ficciones; basta su existencia para que tengan consecuencias materiales. No obstante, para que los mitos surjan y se conviertan en eje de la gramática de un campo es preciso que los actores expulsen, también mediante operaciones discursivas, al menos a un concepto que, transformado en anatema, sirva como frontera y punto de referencia negativo. Sólo cuando el campo cuenta con ese “exterior constitutivo” puede erigir su mito fundante, que aparece así como el opuesto positivo de lo excluido, y, entonces sí, desarrollar su lenguaje (cf. Laclau, 1996; 2007).

La exclusión de un concepto y la formación del mito fundante tienen implicancias que sobrepasan el momento fundacional que es lógico, no cronológico. En este sentido, los campos ideológicos, tal como los estamos presentando, gozan de una cierta continuidad y previsibilidad. Sin embargo, hay que ser cuidadosos respecto a la duración de la eficacia de las operaciones de exclusión y mitologización. Éstas no son eternas ni inmutables; por el contrario, se trata de paradigmas dinámicos, que van cambiando como respuesta a las acciones de otros campos y como resultado de las disputas propias.

Las disputas internas y los enfrentamientos con lo externo son llevados adelante por agentes que se sirven de discursos que los conforman como sujetos en la medida en que son utilizados. Pero esos discursos se articulan con una gramática determinada (que a su vez se estructura sobre un proceso de exclusión y mitologización). ¿En qué consiste esta gramática? En una red conceptual, o sea una serie de conceptos que se definen mutuamente y que conforman un todo con coherencia interna que puede (o no) alcanzar la sistematicidad propia de las teorías. Esto quiere decir que las gramáticas, tal como las entendemos aquí, no son sólo colecciones de definiciones ni tampoco son necesariamente propuestas teóricas completas y sistemáticas (Campbell, 2001). Dicho de otro modo: las gramáticas a las que nos referimos son redes conceptuales coherentes. Esta coherencia es posible gracias al rol estructurante del mito fundante, por un lado, y, por el otro, al potencial de traducción y asimilación de datos novedosos que brindan las metáforas ético-políticas (Lakoff y Johnson, 2003; 2002; 1995).

## **I.c Límites y potencialidades del esquema**

Resumiendo lo expuesto hasta ahora, las derechas, en tanto movimientos político-sociales compuestos por agentes con intereses y acervos propios, conforman un campo ideológico cuando logran ejecutar exitosamente un proceso de exclusión y mitologización capaz de generar un eje estructurante de una gramática común. Esta gramática es una red conceptual coherente que funciona gracias al mito fundante (que estructura los diferentes conceptos) y al rol de las metáforas ético-políticas (que incorporan y traducen a la gramática lo que está fuera del campo). Este esquema analítico abstracto tiene, desde nuestra perspectiva, un interesante potencial explicativo, que intentaremos mostrar a continuación mediante su aplicación al caso de las derechas argentinas. Por un lado, el esquema permite una comprensión teórica (y no sólo histórica) de la pluralidad de las derechas. Por el otro, parece congruente (aunque no asimilable) con ciertas teorías positivas de la ideología (van Dijk, 1999). Finalmente, se trata de una aproximación que permite testear empíricamente sus conclusiones prospectivas.

El esquema también tiene claras limitaciones y presenta una serie de problemas. Por nuestra parte, quisiéramos llamar la atención sobre dos de ellos. En primer lugar, el esquema, por sí mismo, no nos brinda elementos para una identificación no controvertible del proceso de exclusión y mitologización. Toda identificación será, en este sentido, un postulado no verificable y sólo justificable por su utilidad explicativa. En segundo lugar, el esquema mismo presenta una fisura notable entre el rol jugado por el mito fundante y el papel de las metáforas, que pueden parecer extemporáneas sin una reconstrucción histórica precisa que, en buena medida, sería externa al esquema presentado.

## **II. El esquema en acción: la derecha liberal-conservadora argentina (1955-1983)**

### **II.a Sujetos, ideas y regularidades**

A la hora de estudiar un campo político en particular, en este caso el de la derecha argentina en la segunda mitad del siglo XX, surge la pregunta sobre si

convendrá concentrarse en los sujetos que crean (y son creados por) ese campo o, por el contrario, en las operaciones discursivas que conforman a los agentes en sujetos de ese campo. La propuesta que quisiéramos presentar se inclina por la última opción. Y ello, sencillamente, porque los agentes no son de derecha de forma previa a insertarse o ser atraídos por el campo de la derecha, sino que se transforman en sujetos del campo de la derecha sólo en la medida en que sus discursos prácticos se engarzan con la gramática del campo de la derecha. De este modo, estamos afirmando que estudiar a la derecha implica estudiar –sobre todo– las ideas tal como las mismas se hacen presentes en el campo de la derecha.

No obstante, no nos interesan las ideas en abstracto, sino las ideas tal como son enunciadas, es decir, las ideas en contexto (Pocock, 1975). Así, nuestro primer paso debería ser identificar a los actores políticos y sociales que conforman el campo de la derecha incluso antes de identificar el campo. Al parecer, nos hemos puesto a nosotros mismos frente al dilema del huevo y la gallina. En este sentido, convendría retroceder algunos pasos y sopesar la siguiente posibilidad: si el estudio que pretendemos hacer tiene como punto de partida las ideas contextualizadas, no podemos menos que preguntarnos si sería posible buscar regularidades históricas que nos ayuden en la tarea de hallar a los sujetos y al campo de modo tentativo para, luego, analizarlos y probar si los mismos se comprenden efectivamente mejor dentro del esquema analítico propuesto.

Afortunadamente, algunos teóricos políticos e historiadores han identificado ciertas regularidades históricas en las derechas que nosotros podemos usar como balizas para guiarnos en la búsqueda de los agentes que (creemos) componen el campo de la derecha que queremos analizar (Bobbio, 1995; Lévy-Bruhl, 1990). Entre estas regularidades quisiéramos destacar una que parece estar presente de modo recurrente: la defensa (reactiva o propositiva) de un orden en el que priman ciertas (variables) inequidades (sobre todo políticas y económicas). Así, estamos afirmando que aquellos agentes que procuran mantener o instalar órdenes sociales inequitativos acostumbran a conformar, mediante actos discursivos, el campo de la derecha, convirtiéndose entonces en sujetos de ese campo. Insistimos: no se trata de una identificación *a priori*, sino de una propuesta operativa que tiene que verificarse. ¿Cómo podría verificarse la existencia del campo de la derecha? Investigando si los agentes que (con diferentes argumentos e incluso con diferentes objetivos) defienden un orden inequitativo en

determinado momento comparten efectivamente un mito fundante que les permita estructurar una gramática común.

## II.b Derechas argentinas

Siguiendo nuestro esquema, deberíamos preguntarnos cuál fue el concepto que los actores que suponemos de derecha “expulsaron”, es decir tornaron negativo, para convertirlo en anatema y qué mito erigieron como frontera y eje articulador de su gramática. Nuestra hipótesis al respecto es que para los agentes que conformaron (con sus actos de habla) a mediados del siglo XX el campo de la derecha en la Argentina, el concepto que fue a ocupar el lugar de exterior constitutivo fue el *populismo* (algunos datos de esta investigación en curso pueden encontrarse en Morresi, 2008a; 2008b y 2009). Desde la perspectiva de la derecha en general, el populismo es un movimiento igualador o nivelador que pone en peligro o directamente subvierte al orden (sea natural, económico, moral, social o político). Pero para algunos sectores de la derecha, a los que llamamos liberal-conservadores (Morresi, 2011), el populismo fue más que eso, fue el factor aglutinante que les permitió alcanzar la hegemonía en el campo de la derecha. Esto no quiere decir que no hubiera otros sectores de derecha en el lapso que estamos estudiando. De hecho, había importantes espacios del campo de la derecha ocupados por lo que podemos llamar “nacionalismo de derecha” o “derecha nacionalista”, como señala Ernesto Bohoslavsky en el artículo incluido en este libro (cf. también Lvovich, 2006; McGee Deutsch, 2005; McGee y Dolkart, 2001). Sin embargo, estos sectores que habían ocupado lugares más destacados en períodos previos debieron subordinarse al liberalismo-conservador que lideró el campo en el período posterior a 1955. Este cambio de liderazgo quedó claro en el *putsch* interno de la autotitulada “Revolución Libertadora”, que desplazó a los grupos cercanos al nacionalismo y entronizó a los civiles y militares que se adscribían a las tradiciones del liberalismo-conservador (Rouquié, 1994; Tcach, 2003; Spinelli, 2005).

No obstante, así como hemos reconocido la heterogeneidad del campo de la derecha, debemos también señalar que incluso dentro del polo liberal-conservador hubo disputas internas que, a su manera, colaboraron en la consolidación del campo. En efecto, tal como lo muestra Edward Gibson (1996), desde la caída del peronismo y hasta el retorno de la democracia a mediados de la década de 1980, el espacio liberal-

conservador estuvo claramente fracturado en dos grupos con intereses materiales claramente opuestos: los *federalistas* y los *liberales*, es decir, la derecha liberal-conservadora del interior de la Argentina y la derecha liberal-conservadora del puerto de Buenos Aires (o dicho de otro modo, la burguesía con intereses en las economías regionales y la burguesía porteña, con intereses en el modelo agro-exportador pampeano y en la economía financiera). El primer grupo estaba formado por diferentes núcleos ideológicos y partidarios con alcance provincial o regional, orientados hacia el conservadurismo, algo que se desprende del análisis de sus discursos, en los que abundan las referencias a la iglesia, la familia, los valores cristianos, la tradición y la nacionalidad. La mayor parte de estos núcleos estaba enraizado en el movimiento conservador que había dirigido la Argentina hasta la llegada del primer gobierno radical a comienzos del siglo XX (como el Partido Demócrata de Mendoza, el Autonomista-Liberal de Corrientes, el Popular Provincial de San Luis, el Demócrata Progresista de Santa Fe, el movimiento Defensa Provincial-Bandera Blanca de Tucumán o la Unión Provincial de Salta). Algunos, sin embargo, eran posteriores, de origen radical (como la Acción Chubutense y el Movimiento Federalista Pampeano) o peronista (como el Movimiento Popular Neuquino). En todo caso, estos grupos, junto a partidos fundados por militares que habían ejercido como gobernadores de facto (como el Renovador de Salta o la Fuerza Republicana de Tucumán), componían una heterogénea alianza política que llegó incluso a formar frentes electorales de relativo éxito (como la Fuerza Federalista Popular). El hecho de que estos agrupamientos presentasen cierto grado de unidad puede parecer extraño, pues en la mayoría de los casos tenían intereses materiales muy diversos ya que cada uno representaba los intereses de las fracciones más importantes de las burguesías de cada provincia. Si a pesar de ello pudieron actuar de forma conjunta, tanto a través de sus representantes en el poder legislativo o el ejecutivo nacional –en períodos democráticos– como a través de la inclusión de algunos de sus hombres en diferentes niveles del poder ejecutivo –durante los gobiernos de facto– fue porque tuvieron durante varias décadas dos enemigos en común: el populismo de un lado y el liberalismo de Buenos Aires por el otro.

La oposición de los federalistas al populismo tenía un doble origen: económico e ideológico. Económicamente, el populismo representaba la extracción por parte del Estado nacional de una porción importante de la plusvalía obtenida en cada región del

interior del país para su redistribución (social y/o regional). Ideológicamente, el populismo implicaba la subordinación completa de las elites locales a las decisiones tomadas en Buenos Aires. Sin embargo, la oposición al populismo de parte de los federalistas fue siempre ambigua. Por una parte, tal como señalamos, algunos de los núcleos federalistas tenían origen radical o peronista. Por la otra, las economías regionales dependían en buena medida del apoyo del gobierno nacional (mediante obras y políticas públicas) para prosperar. Y aunque ese apoyo había sido discrecional y condicionado tanto con el radicalismo como con el peronismo o con los militares, era absolutamente necesario. Así pues, lo que identificaba a los federalistas como un grupo consistente no era sólo su conservadurismo o su anti-populismo sino también su oposición al liberalismo porteño (Gibson, 1996).

En Buenos Aires hubo partidos y movimientos liberal-conservadores desde mediados de la década de 1950 (el Partido Cívico Independiente, por ejemplo, fue fundado por Álvaro Alsogaray en 1957). Se trataba de núcleos vinculados principalmente a los intereses agroexportadores y también, a partir de finales de los años sesenta, a la economía financiera y a algunas industrias de capital intensivo. A diferencia de lo que sucedía en el interior, esos núcleos no alcanzaron siquiera una modesta relevancia electoral. Se produjo así una suerte de divorcio entre la acción política de la derecha y su política partidaria, que quedó relegada. En este sentido, no se está afirmando que la derecha política no existiese en la ciudad de Buenos Aires o en su zona de mayor influencia, la pampa húmeda, sino que la acción política de la burguesía porteña y bonaerense se canalizó casi exclusivamente a través de contactos personales entre algunos de sus dirigentes políticos y cuadros profesionales con los partidos políticos mayoritarios (las dos fracciones en las que se partió el radicalismo después de 1956) o con los altos mandos militares.

Las particularidades que caracterizaron a los grupos liberales porteños y bonaerenses dio lugar a que en ellos se fuera formando una clase política más orientada a la tecnocracia y, de este modo, más permeable a las ideas y modelos teóricos del neoliberalismo, que habían estado circulando desde la década de 1930 (Morresi, 2010). No obstante, el hecho de que una parte de la dirigencia de la derecha estuviese expuesta a la influencia del neoliberalismo en época tan temprana no implicó que el campo de la derecha se convirtiese de inmediato a las ideas neoliberales; su influencia demoraría algunos años en hacerse hegemónica. Para el período estudiado

aquí (1955-1983), el peso de las ideas neoliberales es marginal y la hegemonía pertenece claramente al sector liberal-conservador, en particular a los sectores liderados por los liberales porteños, que se caracterizaban por una oposición más férrea al populismo que la que ostentaban sus colegas del interior (enseguida diremos algo más sobre las diferencias teóricas entre liberalismo, neoliberalismo conservadurismo y liberalismo-conservador).

¿Cómo interactuaron estos dos grupos de la derecha liberal-conservadora? Durante décadas, la convivencia de federalistas y porteños fue difícil, pues, a pesar de compartir una cosmovisión que rechazaba la nivelación implicada en el populismo, tenían intereses materiales encontrados. Los federalistas gozaban de un apoyo popular que, aunque magro en comparación con los partidos políticos mayoritarios a nivel nacional, era claramente superior al que tenían los liberales porteños, lo que les permitió liderar las circunstanciales alianzas políticas que realizaron en las contiendas electorales. Los liberales porteños, en cambio, tenían una mayor capacidad de influir en los gobiernos militares a través del posicionamiento de sus hombres en distintos ministerios o secretarías del Poder Ejecutivo Nacional. En parte por el mayor peso económico de la región bonaerense-porteña y en parte por esa facilidad para penetrar en los gabinetes controlados por los militares (ampliamente mayoritarios en el período), los liberales porteños y bonaerenses fueron, poco a poco, alcanzando una posición de dominio sobre los federalistas que llegaría a su punto culminante durante la última dictadura, ocasión en la ejercieron una hegemonía ideológica.

## **II.c El liberalismo conservador como ideología dominante**

Antes de continuar avanzando, puede ser necesario brindar alguna precisión terminológica. En esta breve sección distinguiremos analíticamente las diferentes derechas no nacionalistas sobre las que hablamos en el punto anterior. Siguiendo la definición de Norberto Bobbio (1999), entendemos por liberalismo un sistema de ideas y prácticas que deduce su legitimidad del consentimiento de los individuos y propende, en economía, al imperio del mercado, y, en política, a la presencia de un Estado que gobierne lo menos posible. Esto implica que el liberalismo 1) protege la propiedad privada, incluyendo la propiedad privada de los medios de producción y 2) *ergo*, protege la existencia de un mercado de trabajo, al mismo tiempo que 3) procura

un Estado de poderes limitados (Estado de derecho o constitucional) y 4) se inclina por un Estado de funciones limitadas (Estado mínimo).

Si aceptamos esta caracterización general del liberalismo podemos pasar a detallar cuál es el contenido específico que diferencia al liberalismo-conservador del liberalismo en general. Tomando como base las ideas de William Harbour (1985) y Michael Oakeshott (2000), diremos que el liberalismo-conservador es una variante del liberalismo que 1) valoriza la experiencia sobre la teoría y es contraria al racionalismo (es decir, a las abstracciones y a las idealizaciones, lo que comporta, en general, una antropología pesimista), 2) prefiere la moderación y la prudencia en cuanto al cambio social, 3) se opone a las redistribuciones progresivas de los bienes y recursos, pero no a la acción estatal que garantiza un orden, orienta a la economía y protege los derechos. Además, se trata de una tradición que se muestra 4) temerosa de la democracia (por sus tendencias populistas y por entrañar el peligro de desembocar en una demagogia o en una tiranía de la mayoría) y 5) respetuosa de la sabiduría de las tradiciones e instituciones heredadas (a las que se debe restaurar cuando son atacadas de modo sistemático por factores exógenos).

A diferencia del conservadurismo a secas, el liberalismo-conservador no rechaza un rol importante del mercado en la economía. Tampoco se opone al cambio social ni al individualismo, ya que descrece de la nocividad de sus efectos disolventes. Por otra parte, y distanciándose de lo que podríamos llamar el liberalismo clásico, el liberalismo-conservador confía en la importancia de un orden social jerárquico y, aunque comparte la idea liberal de libertad, cree que sus límites deberían ser fijados mucho más estrechamente que lo que habían sostenido los liberales (Harbour, 1985). Por último, a diferencia del neoliberalismo, el liberalismo-conservador es proclive a las propuestas económicas eclécticas y pragmáticas, pues tiene que conformar a fracciones de la burguesía con intereses concretos diversos (cf. Alsogaray, 1993; Hayek, 1973; Barry, 1983). Aunque el liberalismo-conservador y el neoliberalismo comparten una inclinación a privilegiar el orden, el primero busca fortalecer a un soberano capaz de establecer una firme jerarquía (muchas veces sirviéndose de categorías extra-políticas, como la religión, el orden natural, la prosapia o la familia), mientras que el segundo procura una estructura que privilegia el imperio de la ley basado en valores axiomáticos (como la libertad negativa).

En el período 1955-1983 las ideas nacionalistas, las conservadoras y las liberales,

que habían disputado la primacía en el campo de la derecha en la primera mitad del siglo XX, así como las neoliberales, que habían comenzado a difundirse desde un lugar muy marginal, se vieron supeditadas a la hegemonía del liberalismo-conservador, sector liderado por los liberales porteños. Esta hegemonía, lógicamente, no implicó la desaparición de las ideas nacionalistas, reaccionarias o conservadoras, sino su reencauzamiento dentro de la gramática liberal-conservadora estructurada a partir del rechazo al populismo y la mitologización de la república.

## II.d Populismo, República y Democracia

Dijimos antes que populismo fue el término expulsado por ciertos sectores políticos para auto-constituirse como hegemónicos dentro de su campo. Aunque el populismo es, como otros vocablos políticos, extremadamente polisémico (Aboy Carlés, 2001; Aboy Carlés et al., 2006; Rinesi et al., 2008), el uso que le dieron los actores que conformaron la derecha liberal-conservadora argentina era bastante claro. Para ellos, lo populista se vinculaba a las acciones sociales *masivas* (organizadas o no) que buscaban *influir en la acción del Estado*, sobre todo de aquellas acciones que procuraban otorgarle al aparato estatal un rol *redistributivo* con el objetivo de obtener una sociedad más *equitativa*. Y aunque suele pensarse en el populismo argentino como un legado del período peronista clásico, lo cierto es que la derecha argentina usa el término de manera retrospectiva para referirse a todos los regímenes populares, incluyendo bajo ese rótulo también al radicalismo y a los militares proclives a negociar con los partidos políticos que gozaban de apoyos masivos por mostrarse permeables a las demandas sociales (Zinn, 1980; 1976). De este modo, podemos ver que el rechazo del populismo se transformó en un rechazo de la democracia de masas, que en el ideario de la derecha aparece como “kakistocracia”, “democracia socializante” o “régimen populista pseudo-democrático”. En palabras de Álvaro Alsogaray:

En la democracia de masas el ciudadano medio es convocado periódicamente a decidir a través de su voto sobre asuntos que están fuera de su comprensión. Uno de estos, tal vez el más importante, es el de la naturaleza del orden económico. A su conocimiento no se llega por la vía de la experiencia diaria ni del saber vulgar; se requiere un estudio sistemático apoyado en el método científico... Someter [las] leyes económicas [tal como son entendidas por el liberalismo] a la

aprobación del ciudadano corriente equivale a pedirle que opine sobre la ley de gravedad... (Alsogaray, 1976: 13).

Si el populismo aparece como el rasgo negativo que auto-constituye a la derecha liberal-conservadora argentina, el rasgo mítico y positivo lo conformó otro concepto del campo político: la *república*. A la visión democrática plebeya, la derecha, sobre todo a partir de 1960, opuso la idea de una república formada por una serie de valores tradicionales (el esfuerzo y la templanza que se oponen a la desidia y al desenfreno que se ven como propios del populismo), religiosos (el occidente cristiano enfrentado a la peligrosa cercanía del populismo con las ideas socialistas), político-económicos (la propiedad privada que garantiza la libertad y hace posible el esfuerzo, versus la falta de respeto por lo ajeno) y ético-políticos (la libertad negativa que se expresa en propiedad y se opone a la libertad positiva, que sería propia del populismo y que desembocaría en libertinaje). En el sistema propuesto por el conservadurismo liberal, la democracia debía tener un lugar subordinado a los valores de la república. Como afirmara Carlos Sánchez Sañudo (1969), era necesario reconocer que la Constitución argentina habla de elecciones, pero “lo hace sólo en su tercera parte”, después de limitar al gobierno a una forma republicana y a los ciudadanos a un comportamiento probo. Es por eso que para este sector, la solución al “desgobierno populista” debía encontrarse en un doble mínimo:

mínimas dimensiones del gobierno y mínima participación de los que eligen, reduciéndolos a los que voluntariamente deseen ejercer ese derecho, a los mayores de edad, a los que tengan 6º grado aprobado y a los partidos que no tengan como programa la manifiesta violación de la Constitución Nacional [como el peronismo y el comunismo] (Sánchez Sañudo, 1969: 84).

En palabras de otro ideólogo liberal-conservador, Horacio García Belsunce:

Nuestra forma de gobierno por imperio del artículo 1º de la Constitución Nacional es la República Representativa y Federal. La Constitución Nacional no alude a la democracia como forma de gobierno; no obstante, la ciencia política y la doctrina constitucional han admitido que la elección del gobierno por el pueblo es un concepto inmanente a la república como forma pura de gobierno. Pero tampoco debemos ligar como conceptos inseparables, por seguir un doctrinarismo que como tal puede y debe ser superado... La democracia es un proceso para llegar a la república [...] La república está dada en su esencia por la noción de

representatividad y éste es un concepto no cuantitativo, sino cualitativo, que por lo tanto se desnaturaliza frente a la llamada democracia de masas [...] Además, la república representativa exige también la representatividad cualitativa en el representante, o, lo que es lo mismo, el gobierno de los más por los mejores a fin de no caer en el acertado concepto de la 'kakistocracia' (García Belsunce, 1982: 32).

Esto es, en el campo de la derecha no hay un rechazo completo al sistema democrático, sino un rechazo a la imprevisibilidad (al desorden) que el mismo implica. La democracia es aceptable siempre y cuando no arroje resultados contrarios a los que se suponen insertos en la república.

La idea de república levantada como bandera por los sectores culturales y sociales afines a la derecha argentina tiene un trasfondo liberal-conservador prístino: se trata de una república en la que las masas debían subordinarse a normas (morales y culturales) que se derivaban del ser nacional, del espíritu cristiano-occidental, del sino argentino (Perriau, 1970). Se trataba, para ser más concretos, de la tradición legada por los "prohombres de la patria", sobre todo por aquellos que, de acuerdo con la historia mítica que construyó para sí la derecha argentina, habían colocado al país entre las potencias del mundo, es decir de la república organizada por la generación de 1880 (Benegas Lynch, 1969; Botana, 1985 y 2006). Así, un modelo de país, el llamado "orden conservador", funcionó (y funciona) como la edad dorada a la que se podría regresar o al menos imitar. Pero, en la gramática de la derecha argentina, regresar a esa edad dorada implica rechazar no sólo al populismo, sino también a las estructuras que él erigió y, sobre todo, a sus protagonistas (básicamente a los sindicatos en tanto actores determinantes de la política). Es en este sentido que deberían entenderse los intentos de reorganización de las dos últimas dictaduras sufridas por la Argentina. En ellas no se buscaba sólo desplazar a un sector político concreto, sino sentar las bases de una república que se consideraba extraviada.

Para lograr semejante cometido era necesario unir a diferentes tradiciones de la derecha bajo la égida del liberalismo conservador. Esto es, que el dominio del campo de la derecha en la Argentina no fuera ejercido por sectores nacionalistas o reaccionarios (que, por supuesto, formaban parte de ese espacio y trataban de imponer su propia mitología) sino por un sector liberal-conservador, tributario de las visiones orteguianas de la política.

En el intento refundacional de la última dictadura que sufrió la Argentina (que no en vano se auto-tituló “Proceso de Reorganización Nacional”) se dieron cita con más claridad que la acostumbrada los distintos actores del campo de la derecha. Nacionalistas furibundamente anticomunistas convencidos de estar peleando una batalla de la tercera guerra mundial (como Osiris Villegas), conservadores ultramontanos y culturalmente reaccionarios (como José Catalán), liberales pragmáticos (como José Alfredo Martínez de Hoz), liberales doctrinarios (como Horacio García Belsunce) y empresarios de convicciones ambiguas (como Ricardo Zinn) podían compartir no sólo un diagnóstico (la necesidad de eliminar a la guerrilla y reordenar la economía) sino también una receta: un Estado de tipo autoritario, un poder unificador capaz de reorganizar a la sociedad argentina en todos los sentidos y fundar una “segunda república” con una “nueva generación del ’80”, en este caso, de 1980 (Palermo y Novaro, 2003).

La nueva generación del ’80, tal como fue propuesta durante la última dictadura por uno de sus ideólogos, Jaime Perriau, y tal como efectivamente se fue desarrollando en el campo de la derecha, tenía todas las características del liberalismo conservador que señalamos más arriba: valorización de la experiencia sobre la teoría; prudencia y parsimonia para emprender el cambio social; oposición a la redistribución progresiva de los bienes y recursos; aceptación de un rol ordenador y orientador del Estado; temor por la democracia y respeto por las tradiciones e instituciones heredadas. Estos rasgos pueden (y deben) ser rastreados a través del análisis no sólo de las propuestas políticas y las posiciones coyunturales de los actores sociales y políticos, sino también en los discursos en los que las posturas se enmarcaban.

## **II.e La hegemonía discursiva**

¿Cómo sabemos si las ideas de lo que hemos llamado derecha liberal-conservadora conformaron el campo de la derecha en el período 1955-1983? Porque, efectivamente, a través de la expulsión del populismo y de la reificación de la república como mito fundante lograron estructurar una gramática común y compartida que se fue tornando hegemónica no sólo para el grupo núcleo (los federalistas y los liberales porteños de los que hablamos más arriba), sino también para el resto del campo (nacionalistas, reaccionarios, conservadores). Esto es: incluso quienes dentro de la derecha no

compartían el ideario liberal-conservador debían someterse a utilizar su gramática y a enmarcar sus propuestas dentro de las metáforas liberal-conservadoras.

La hegemonía gramatical de cierto posicionamiento teórico puede rastrearse a través del modo en que ciertos conceptos clave (como por ejemplo, nación/patria, libertad/seguridad, propiedad/derecho) son enmarcados en metáforas simples (la nación como familia, la moralidad como contabilidad y la política como administración) que funcionan como corsés ideológicos. Así, ciertas posturas políticas de trasfondo externo al liberalismo-conservador son sostenidas dentro de la gramática liberal-conservadora y, en ese sentido, se ven limitados no sólo en sus formas, sino también en sus objetivos.

La idea puede quedar más clara con un ejemplo histórico. En las últimas dos dictaduras que sufrió la Argentina (la de 1966-1973 y la de 1976-1983) hubo planes para un reordenamiento institucional profundo (Ansaldi, 2004; Canelo, 2008), lo que parecería ir en contra del liberalismo conservador que, como dijimos, se caracteriza por su reverencia a las instituciones y tradiciones heredadas, su valorización de la experiencia sobre la teoría y su desconfianza por los constructos abstractos. Sin embargo, cuando se presentaron proyectos claramente orientados a una transformación profunda de las tradiciones y las instituciones, los mismos fracasaron o fueron reformulados para caber dentro de la gramática liberal-conservadora.

En el caso del plan que se intentó implementar durante el gobierno *de facto* de Onganía, bajo una gramática conservadora y corporativa en la que destacaban los conceptos de integración, solidaridad, unidad, comunidad organizada y grandeza nacional, el resultado fue una fractura del campo de la derecha que llevó a un *putsch* interno para devolver el control al liberalismo-conservador (Rouquié, 1994). Este sector tenía como propuesta realizar cambios institucionales profundos, pero dentro del marco general de la tradición liberal-conservadora, es decir respetando los principios liberales y republicanos incluidos en la Constitución Nacional desde 1853 tal como habían sido interpretados por la generación del '80 (Lanusse, 1977; 1988, cf. de Amézola, 2000). Por otra parte, los diversos planes presentados durante la presidencia *de facto* de Videla, fueron re-enmarcados dentro de la gramática liberal-conservadora, en la que se destacaban tropos comunes a esta ideología: el orden jerárquico como garante de la libertad, la nación/familia atacada desde afuera, la libertad como seguridad, la equiparación de derecho y propiedad, y el orden republicano de la

generación del '80 (Canelo, 2008). Planes como el de Díaz Bessone o el de Ricardo Zinn en los cuales se sugería ir más allá de un reordenamiento coyuntural y se proponían reformas constitucionales más o menos profundas, eran presentados como necesarios para “sanear” una sociedad argentina contaminada por las ideas foráneas y el populismo y dotarla de anticuerpos que le permitieran regresar –en el futuro– a la senda ético-política que se había perdido. Es decir que, incluso cuando se ofrecía andar un camino distinto al liberal-conservador, se lo hacía de modo auxiliar, paliativo y excepcional y se lo justificaba dentro del andamiaje que se había vuelto hegemónico en el campo de la derecha (Morresi, 2011).

El proceso por el que las ideas reaccionarias, nacionalistas o conservadoras fueron subsumidas dentro del marco liberal-conservador fue arduo y extenso. Hacer la crónica del mismo está fuera de los alcances de este breve artículo. Lo que sí podemos hacer aquí es mostrar un ejemplo de ese proceso, centrándonos en una de las metáforas más importantes para el campo de la derecha: la familia como nación.

## **II.f Metáforas y conceptos**

Para que una ideología sea hegemónica dentro de un determinado campo se requiere una doble capacidad a nivel discursivo. Por un lado, sus conceptos clave deben ser aceptados por el resto de los proyectos del mismo campo y ser inteligibles para el resto de los actores (incluso fuera del campo). Así, por ejemplo, el concepto de libertad que es propio del liberalismo conservador es el de libertad negativa (libertad como ausencia de interferencias intencionales externas) y, durante el período en el que el liberalismo conservador fue hegemónico fue esa la idea de libertad la que compartieron los diferentes sectores del campo de la derecha. También fue esa la idea de libertad la que –lo que podríamos llamar– el campo de la izquierda combatió de modo consciente, posicionando una idea de libertad positiva, es decir como autonomía e independencia (sobre las concepciones de libertad, cf. Berlin, 1974).

Pero, además de imponer sus conceptos, una ideología hegemónica debe ser capaz de traducir a su propia gramática los hechos y los discursos provenientes de otras ideologías (tanto las del propio campo, como las externas). Para realizar esta tarea, las ideologías recurren a metáforas simples que les permiten re-enmarcar aquello que le aparece como externo, y por ello incomprensible o imposible de procesar dentro de su

marco de emisión original. Una vez realizada esta operación, los elementos potencialmente disruptivos son incorporados y explicados dentro del propio paradigma, imposibilitando de este modo que se produzcan contradicciones internas. Vamos a ver esto con un ejemplo, el de la metáfora de la familia como nación.

A partir de la década de 1960, pero más claramente aún en la posterior, en el campo de la derecha hegemonizada por el liberalismo conservador primaron las metáforas que permitían identificar a la Argentina como una familia. No se trataba de una metáfora novedosa ni disruptiva, ya que su uso por el campo de la derecha (no sólo de la argentina o latinoamericana) tiene una larga tradición (Lakoff, 2002). Así, durante la última dictadura argentina abundó la publicidad oficial que afirmaba a modo de mantra que “Argentina es nuestro hogar”. El problema era de qué modo se establecía el orden de ese hogar. Se trataba, para decirlo rápidamente, de un hogar regido por un padre estricto e incuestionable y no de una familia en la que madre, padre e hijos compartieran responsabilidades (Lakoff, 2002). Se trataba de un hogar estrictamente jerárquico. Y esa jerarquía de perfiles pétreos estaba justificada en buena medida en la necesidad de protección de amenazas externas (ideologías foráneas). El mundo (comunista) acechaba a la familia argentina y por eso era necesario un padre lo suficientemente fuerte para protegerla (rol ocupado por el gobierno autoritario). Pero para que esta protección fuera efectiva, el padre necesitaba saber lo que “estaban haciendo sus hijos ahora”; es decir, era obligación (moral) del padre/gobierno vigilar el comportamiento de los otros miembros de la familia y velar por su seguridad. Esta preocupación también obligaba al padre/gobierno a prohibir a sus hijos ciertos comportamientos que podían parecer inocuos, pero que el padre, más sabio, sabía riesgosos para ellos mismos y para sus hermanos/conciudadanos. La protección del ciudadano/hijo es, entonces, compatible no sólo con la vigilancia y el castigo, sino incluso con la aniquilación. En efecto, se castigaba o corregía a quienes se consideraba sediciosos o incurrían en delitos tipificables, pero también a los “tímidos e indiferentes” como dijo el general Ibérico Saint-Jean en un famoso discurso a fines de la década de 1970.

¿Cómo es posible que la derecha liberal-conservadora argentina defendiera la libertad y un gobierno autoritario al mismo tiempo? Porque usando como cuadro interpretativo la metáfora de la nación como familia, la libertad sólo puede ser negativa (en el ya mencionado sentido de Isaiah Berlin) y este tipo de libertad es perfectamente

compatible con un orden estricto y autoritario (tal como lo muestra, por ejemplo, la teoría hobbesiana). En contraposición, la idea de libertad positiva se torna equivalente a libertinaje o licenciosidad, a ausencia de reglas y anarquía. En la familia patriarcal que es marco metafórico del liberalismo conservador, ese libertinaje queda igualado a la destrucción de la familia y por lo tanto debe ser combatido y prevenido. Ese combate y esa prevención son las tareas fundamentales del gobierno/padre.

Como parte de su rol de garante de la prevención, el gobierno/padre debe evitar los imprevistos peligrosos. Pero la democracia, como método formal de elección de autoridades (Alsogaray, 1993) es productora de situaciones no previsibles. Es por eso que, tal como vimos más arriba, dentro del pensamiento liberal-conservador el “orden republicano” aparece como un marco (legal, moral y político) al que debe ceñirse el resultado contingente (y por eso potencialmente peligroso) de la democracia. En tanto que la república es pura (se mantiene siempre igual a sí misma) la democracia es sucia (porque puede degenerar en tiranía de la mayoría). Mantener la limpieza del hogar/nación no implica solamente defenderla de enemigos internos y externos, sino también impedir que su propio comportamiento atente contra sus fundamentos.

En el mantenimiento de los fundamentos del orden familiar/republicano es fundamental que el padre/gobierno establezca un marco que permita el florecimiento de la virtud de los buenos hijos/ciudadanos. La existencia del orden jerárquico es condición *sine qua non* de la virtud cívica del liberalismo-conservador. Pero, al mismo tiempo, no es suficiente y es por eso que también es tarea del padre/gobierno inculcar los valores cívicos fundamentales que, en el caso del liberalismo-conservador argentino, fueron equiparados a los valores “cristianos y occidentales”. De este modo, el orden republicano/familiar es asimilado al bien y la justicia en términos teológico-políticos, lo que equivale a brindar una justificación teológico-política al liberalismo-conservador. Esto permite comenzar a recorrer el camino de una investigación empírica mediante el rastreo sistemático de ciertos conceptos clave propios de la teología-política liberal-conservadora en diferentes discursos públicos orales o escritos. No se trata simplemente de “contar palabras” y verificar cuántas veces determinado actor enuncia los vocablos “derecho”, “orden” o “propiedad”. Se trata, más bien, de reconstruir una red conceptual coherente (con un centro teológico-político, es decir en aquello que es definido como lo bueno y lo justo) y constatar en qué medida determinados actores usan (o no) esa red.

### III. Excusas finales

Somos conscientes de que en el breve espacio que utilizamos no hemos podido dar cuenta acabada ni de la propuesta teórica que estamos delineando ni menos aún de un ejemplo cabal de su aplicación. Sin embargo, esperamos haber brindado algunos elementos para comenzar a discutir el posible interés de reemplazar los esquemas tradicionales que incluyen gradientes apriorísticos en los que se identifican una izquierda, un centro y una derecha por un modelo de análisis basado en campos compuestos por actos de habla y figuras del lenguaje.

¿Cómo citar este artículo?

Sergio Morresi, "Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)", en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Aboy Carlés, Gerardo (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario: Ediciones Homo Sapiens.

-----, Aronskind, Ricardo y Vilas, Carlos (2006) *Debate sobre el populismo*. Los Polvorines: UNGS.

Alsogaray, Álvaro C. (1976) *La democracia de masas y la crisis en países del mundo libre*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.

----- (1993) *Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina*, Buenos Aires, Planeta.

Ansaldi, Waldo (2004) "Matriuskas del terror. Algunos elementos para analizar la dictadura argentina dentro de las dictaduras del cono sur", en A. R. Pucciarelli (ed.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, pp. 27-51.

Barry, Norman P. (1983) "The New Liberalism", *British Journal of Political Science*, vol. 13, nº 1, pp. 93-123.

Benegas Lynch, Alberto (1969) "La libertad y el poder", en Saturnino Héctor Huici, Carlos A. Sánchez Sañudo y Alberto Benegas Lynch (eds.), *Derecho, planificación y libertad*. Buenos Aires, Centro de Estudios sobre la Libertad, pp. 93-123.

Berlin, Isaiah (1974) "Dos conceptos de libertad", en J. Bayón (Ed.), *Libertad y necesidad en la historia*, Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.

Bobbio, Norberto (1995) *Derecha e izquierda: razones y significados de una distinción política*. Buenos Aires, Taurus.

----- (1999) *Estado, Gobierno y Sociedad*, México, DF: Fondo de Cultura Económica.

Botana, Natalio (1985) *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Sudamericana.

----- (2006) *Poder y Hegemonía: el régimen político después de la crisis*. Buenos Aires, Emecé.

Bourdieu, Pierre (2002) *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires, Montessor.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2005) *Una invitación a la sociología comprensiva*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Brock, David (2005) *The Republican noise machine: Right-Wing media and how it corrupts democracy*.

Nueva York: Three Rivers Press.

Campbell, John L. (2001) "Institutional analysis and the role of ideas in political economy", En John L. Campbell y Ove Kaj Pedersen (eds.), *The rise of neoliberalism and institutional analysis*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, pp. 159-189.

Canelo, Paula (2008) *El proceso en su laberinto: La interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

de Amézola, Gonzalo (2000) *Levingston y Lanusse, o, el arte de lo imposible: Militares y políticos de la Argentina a fines de 1970 y principios de 1971*, La Plata: UNLP/ Ediciones Al Margen.

Diamond, Sara (1995) *Roads to dominion: right-wing movements and political power in the United States*. Nueva York: Guilford Press.

Eatwell, R. (ed.) (1993) *Contemporary political ideologies*, Westview Press, Boulder.

Eatwell, Roger y O'Sullivan, Noël (1990) *The Nature of the right: American and European politics and political thought since 1789*. Boston: Twayne Publishers.

García Belsunce, Horacio (1982) *Política y economía en años críticos*. Buenos Aires, Editorial Troquel.

Gibson, Edward (1996) *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Harbour, William R. (1985) *El pensamiento conservador*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Hirschman, Albert O. (1991) *The rhetoric of reaction: perversity, futility, jeopardy*. Cambridge, Mass.: Belknap Press.

Laclau, Ernesto (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ariel.

---- (2007) *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.

Lakoff, George (1995) "Metaphor, Morality, and Politics. Or, why conservatives have left liberals in the dust". *Social Research*, vol. 62, nº2, pp. 177-209.

---- (2002) *Moral politics: how liberals and conservatives think*. Chicago: University of Chicago Press.

---- (2008) *The political mind: why you can't understand 21st-century politics with an 18th-century brain*. New York: Viking.

Lakoff, George y Johnson, Mark (2003) *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.

Lanusse, Alejandro Agustín (1977) *Mi testimonio*, Lima: Atlántida.

---- (1988) *Protagonista y testigo (reflexiones sobre 70 años de nuestra historia)*. Santiago de Chile: M. Lugones S.A. Editores.

Lévy-Bruhl, Henri (1990) *Sociologie du droit*. Paris: Presses Universitaires de France.

Lvovich, Daniel (2006) *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

McGee Deutsch, Sandra (2005) *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Chile y Brasil 1890-1939*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Mc Gee Deutsch, Sandra y Dolkart, Ronald (ed.) (2001) *La derecha argentina: nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Barcelona & Buenos Aires, Javier Vergara.

Morresi, Sergio, (2008b) "Otra 'separación de poderes'. Soluciones democráticas a problemas republicanos". En Eduardo Rinesi et al. (eds.), *Si éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Los Polvorines: Instituto de Estudios y Capacitación (Federación Nacional de Docentes Universitarios) y Universidad Nacional de General Sarmiento, pp. 41-57.

---- (2008a) *La nueva derecha argentina y la democracia sin política*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional - UNGS.

---- (2009) "Neoliberales antes del neoliberalismo. Consideraciones acerca del análisis del neoliberalismo desde un ángulo ético-político". En: Sabina Frederic y Germán Soprano (eds.) *Política y variaciones de escala en el análisis de la Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo Libros, pp. 321-350.

---- (2010) "Las ideas y las prácticas neoliberales sobre la democracia latinoamericana", ponencia presentada al Vto. Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires, 28 al 30 de julio.

- (2011) "El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional", *Sociohistórica* (en prensa), nº 26.
- Nash, George H. (1987) *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Oakeshott, Michael (2000) *El racionalismo en política y otros ensayos*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos (2003) *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires, Paidós.
- Perriau, Jaime (1970) *Las generaciones argentinas*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Pocock, J. G. A. (1975) "On Richard Ashcraft's 'On the problem of methodology'" *Political Theory*, pp. 317-318.
- Rémond, René (2007) *Les droites aujourd'hui*. Paris: Éd. L. Audibert.
- Rinesi, E., Vommaro, G. y Muraca, M. (eds.) (2008) *Si éste no es el pueblo: hegemonía, populismo y democracia en Argentina*, Instituto de Estudios y Capacitación, Federación Nacional de Docentes Universitarios, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.
- Rokeach, Milton (1973) *The nature of human values*. New York, Free Press.
- Rouquié, Alain (1994) *Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2 vol.
- Sánchez Sañudo, Carlos A. (1969) "La Planificación en las Fuerzas Armadas y su imposibilidad en la sociedad". En: Saturnino Héctor Huici, Carlos Sánchez Sañudo y Alberto Benegas Lynch (eds.) *Derecho, planificación y libertad*, Buenos Aires, Centro de Estudios sobre la Libertad, pp. 33-91.
- Spinelli, M. E. (2005) *Los vencedores vencidos: El antiperonismo y la 'Revolución Libertadora'*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Tcach, César (2003) "Golpes, proscripciones y partidos políticos." En Daniel James (dir.) *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Colección Nueva Historia Argentina, vol. 9, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 19-62.
- van Dijk, Teun A. (1999) *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- von Hayek, Friedrich August (1973) *Law, legislation and liberty: Rules and order*, 3 vols., vol. 1, London: Routledge.
- Zinn, Ricardo (1976) *La segunda fundación de la República*. Buenos Aires, Editorial Pleamar.
- (1980) *4 años después en la segunda fundación de la República*. Buenos Aires, Editorial Pleamar.

# ¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920

Olga Echeverría

## Introducción

Hacia los años veinte del siglo pasado, aunque con algunas anticipaciones, un grupo heterogéneo de hombres de las elites (que portaban, en su mayoría, una predisposición intelectual) comenzaron a expresar un ánimo disconforme y angustiado con lo que entendían eran los resultados de la instauración de la democracia mayoritaria y algunas otras transformaciones propias de la llamada modernidad. Aquellos hombres que se manifestaban contrarios al rumbo que se iba delineando, fueron dando forma a una tendencia laxa, de límites y definiciones no siempre precisos, que paulatinamente comenzó a llamarse “nacionalismo”. En esa apelación auto-referencial se buscaba tanto una manera de interpelar al universo político de la época como de encontrar un lazo que permitiera unir en un nosotros a un complejo heterogéneo de figuras y proyectos. Adscribir a esa definición asumida por sus propios protagonistas implica alguna dificultad, puesto que el “nacionalismo” estaba lejos, según mi perspectiva, de ser el elemento más definitorio del carácter de esta corriente política e ideológica.

Planteado de este modo, entiendo que es válido preguntarse si el “nacionalismo” no entrañaba, esencialmente, una retórica, un discurso aglutinante, que ocultaba más de lo que evidenciaba sobre las características y proyectos de la naciente derecha autoritaria argentina. Pero no se trató solamente de una perspectiva de auto-designación sino que ha sido, y en buena medida sigue siendo, el concepto utilizado por los/as investigadores/as, que optan por designar de esa manera a sujetos y proyectos que se manifestaban a través de su elitismo, por su reivindicación de las jerarquías “naturales”, por su oposición a la democracia y por su constante llamado a la implementación de una disciplina ordenadora de la sociedad.

La pretensión de estas páginas es austera, y presenta más de una tensión irresuelta. No busca llegar a ninguna respuesta taxativa, sino solamente plantear algunas dudas, preguntas y observaciones que puedan contribuir al debate sobre una tendencia política e ideológica que, al menos en el campo de los imaginarios sociales y políticos, ha tenido una larga vigencia en la historia argentina.

### **¿Cuál era el nacionalismo de los nacionalistas?**

El proyecto “modernizador” que se llevó adelante en Argentina desde las últimas décadas del siglo XIX implicó, como es sabido, una serie de transformaciones importantes. Los cambios en las dimensiones sociales y demográficas fueron altamente significativos y no pasaron desapercibidos para aquellos que, si bien se beneficiaban de la nueva realidad, escrutaban atenta y preocupadamente el rumbo que se iba delineando. Así, ante las masas inmigratorias pero también ante los sectores populares nativos que comenzaban a hacerse más visibles, delinearon, progresivamente, una identidad argentina auténtica, opuesta a la identidad heterogénea que surgía del intenso proceso de hibridación y masificación. Los hombres de las elites pregonaron su genuina y legítima argentinidad y sobre ella afincaron su distinción y su “decencia”. Establecieron genealogías y linajes patricios, delimitaron un consumo cultural propio, crearon sus formas de expresión y sus ámbitos de sociabilidad “naturales” y específicos. Pero, además, reforzaron su derecho al mando en esos atributos, ya que eran los “notables”, cultos y educados y el ejercicio de la política era una reafirmación de su condición superior tanto como una forma de sostenerla. Se fue constituyendo así una elite dirigente que fue obteniendo grados de monopolio efectivos de poder sobre la política, la propiedad y la cultura que, en palabras de Vanni Blengino (1990:13), conformaba una elite liberal que se comportaba como una aristocracia feudal.

En esa carrera desesperada por reafirmarse recurrieron prontamente a los ámbitos culturales e ideológicos en busca de respuestas que calmaran sus incertidumbres y consolidaran un orden. Hubo tempranas miradas nostálgicas que cuestionaban buena parte de las transformaciones sociales que el proceso modernizador estaba produciendo y realizaban una reconstrucción idealizada del pasado que se oponía a un presente considerado caótico y vulgar (Zimmermann, 1995 y Rocchi, 2000). Poco a poco, el pasado y presente fueron cobrando una dimensión geográfica en la oposición

dicotómica entre la gran ciudad y el interior, que no era otra cosa que la impugnación del cosmopolitismo en nombre de la tradición. Los hombres del poder se volvían cada vez más conservadores y por ende renegaban progresivamente de los principios liberales, modificando la cultura y las aspiraciones de participación política (Botana, 1991).

En ese contexto, surgió un debate intelectual (con contenidos políticos) que tendría larga perdurabilidad y que hacía hincapié en la cuestión nacional, entendida ésta como eje articulador primordial para la constitución de una sociedad homogénea y gobernable. Se iniciaba así el camino a un programa nacionalista. Se trataba de un nacionalismo cultural que tuvo una de sus primeras expresiones en el libro *La tradición nacional*, de Joaquín V. González publicado en 1888 y que siguió manifestándose, con diferentes énfasis, en otros textos, por ejemplo en *Las beldades de mi tiempo* de Santiago Calzadilla de 1891 o en *La sociedad de antaño*, de Octavio Batolla publicado en 1908, donde se lamentaba que la modernidad estuviera produciendo un cambio profundo en las costumbres y, por lo tanto, desalojando a la fuerza los elementos propios de la grandeza argentina.

La relación entre modernidad, lo espiritual y la materialidad cruzaba todas las reflexiones del período en torno la necesidad de constituir una identidad nacional. Esta cuestión era pensada como primordial para integrar a los inmigrantes y constituir una sociedad ordenada y respetuosa. De tal modo, la presencia de elementos “nacionalistas” en estos debates es indiscutible, destacándose claramente la cuestión del idioma nacional que en principio fue impulsada por Ernesto Quesada, pero que tuvo muchos otros partícipes y una amplia recepción. No se trataba de un pensamiento original, sino que recuperaba una tradición europea, del siglo XVIII, reavivada por la dinámica del siglo XIX, que sostenía que el idioma era un elemento de central importancia en la definición y constitución de la nacionalidad. Con el mismo espíritu se apeló a la educación pública como una herramienta privilegiada de una necesaria pedagogía cívica argentinizadora (Bertoni, 2001; Lionetti, 2008). Resulta claro que en el período finisecular fueron muchos los intelectuales y hombres del poder que buscaron consolidar una matriz ideológica nacionalista apelando a la fundación de instituciones, mitos y valores para preservar a una Argentina supuestamente esencial frente a otra que se estaba volviendo incontrolable (Rubione, 1983:10).

Unas décadas después, ya pasada la euforia triunfalista que rodeó a los festejos por el centenario de la independencia, cuando el ingreso de extranjeros comenzaba a desacelerarse y ante las primeras preocupaciones ciertas sobre los alcances de las transformaciones sociales, aquellos movimientos culturales que podrían calificarse como un nacionalismo nativista e identitario fueron quedando relegados y dieron lugar, paulatinamente, a los nuevos “nacionalismos” que utilizaban argumentos y retóricas similares pero que buscaban llevar adelante un proyecto político e ideológico que “volviera las cosas a su lugar”, es decir que disciplinara a amplios sectores subalternos que comenzaban a reclamar derechos sociales y políticos y que mantuviera en manos de sus “legítimos” poseedores no sólo los espacios de poder sino también la estructura burocrática del Estado y los ámbitos del saber. Así, el “nuevo nacionalismo” invocaba a la nación para ordenar a la sociedad y situar a cada actor en su lugar “natural”.

En ese contexto, la confluencia de los efectos de la Gran Guerra (que potenció las críticas al liberalismo que se hallaban latentes desde unas décadas atrás y quebró el optimismo que había caracterizado al siglo XIX), la instauración de la democracia mayoritaria (que implicó la incorporación de nuevos sectores al juego de la política y de otros espacios sociales) y la Revolución Rusa (y lo que ella implicaba en los imaginarios políticos), llevó a muchos intelectuales argentinos a buscar respuestas contundentes a sus percepciones catastrofistas y a las desazones personales y sociales, ciertas o imaginadas, que el nuevo orden les provocaba. Estos intelectuales, de voces radicalizadas y disruptivas (Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren y un poco más tarde los “maurrasianos” de *La Nueva República* comandados por los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, entre otros) no sólo hablaban de otro orden posible, sino que también se presentaban como las mentes preclaras que podían restituirle al país su destino, al que veían fatalmente abortado por la mediocridad y las excesivas liberalidades del sistema. Así, y englobando sus intereses y experiencias bajo el abstracto e impreciso concepto de nación, buscaron elaborar idearios, muchas veces vacilantes, con los que organizar la política y la sociedad. Y allí, la apelación “nacionalista” operó como un elemento, entre otros, que ayudó a configurar el perfil público de la tendencia que asumía tanto una dimensión política como un carácter estético e ideológico combinando elementos “reaccionarios” con lógicas de adaptación a la dinámica capitalista internacional<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Si bien el proyecto que más claramente evidenciaba esta aparente paradoja es el de Leopoldo Lugones, en mayor o menor medida, en todos los intelectuales antidemocráticos de este período se encontraba

Si se aceptara al concepto “nacionalista” como válido para caracterizar a esos idearios que comenzaron a sistematizarse hacia la década del veinte, habría que plantearse si se trató de un “nacionalismo” o de muchos “nacionalismos”. Porque, como puede advertirse al leer sus escritos y alocuciones, cada uno de los referentes recurrió y elaboró un concepto diferente de nación en el que cimentaba el proyecto organizacional de la sociedad que buscaba imponer. Ahora bien, ¿diferían significativamente? o ¿las diferencias al momento de la enunciación eran resultados de ciertas veleidades o juegos esteticistas? Posiblemente, la heterogeneidad de la tendencia fue resultado del carácter intelectual de sus figuras más representativas que, obviamente, buscaban mostrar un pensamiento original y raramente estaban dispuestos a ceder el protagonismo personal en pos de una construcción colectiva y que por el contrario, muchas veces, exacerbaban diferencias que eran más de forma que de contenido profundo. Se trata, sin dudas, de una cuestión interesante que llevaría a reflexionar sobre los intelectuales, la política y el poder, pero que excede largamente los objetivos de este texto.

En líneas generales (aunque con una diversidad de matices que por razones de espacio se soslayarán en estas páginas) los intelectuales autoritarios argentinos entendían a la nación como a una situación de orden, una estructuración jerárquica y disciplinada, destinada a deslegitimar todo reclamo sectorial y/o ideológicamente opuesto a los intereses de quienes se arrogaban la capacidad de hablar en nombre de un supuesto interés superior y prácticamente sagrado, el de la nación. La nación así pensada requería el status de un mito y conllevaba una construcción ideológica que se asentaba en fundamentos subjetivos y emocionales. La nación en tanto mito de supuesta y predestinada grandeza permitiría canalizar, sin riesgos, la participación de la sociedad sin perturbar el orden anhelado y las jerarquías preestablecidas<sup>3</sup>. Su existencia se afirmaba más allá de las formalidades legales y se concretaba en la subordinación del colectivo, en la identificación de la sociedad toda (aunque organizada jerárquicamente) con ese concepto superior que era la nación. De esa concepción emergían los proyectos

---

presente la combinación de elementos reaccionarios con otros factibles de ser considerados modernizadores.

<sup>3</sup> En este sentido vale recordar que tras el fracaso del “uriburismo” los intelectuales que aquí se analizan buscaron redefinir sus proyectos a fin de alcanzar un posicionamiento político que les permitiera superar la intrascendencia que el golpe de Estado y sus proyecciones habían evidenciado. En particular los sectores católicos y los “maurrasianos” tomaron conciencia de que la presencia del pueblo era inevitable y que su participación subordinada podía ser un instrumento político de enorme valía para instaurar un modelo de país que diera respuestas a sus intereses.

corporativos que se pensaban como beneficiosos para dismantelar conflictos, encauzar las fuerzas productivas y someter intereses divergentes.

Dado que interpretaba supuestos intereses y anhelos colectivos, la nación tenía que ser estímulo para las acciones y guía de las conductas. Con mayor o menor énfasis, todos los intelectuales que estaban dando forma a esta tendencia apelaban a la tradición como fundamento (incluso el turbulento Lugones se legitimaba recordando la temprana llegada de sus ancestros al territorio americano) y sus proyecciones también se asentaban sobre esos viejos cimientos de cultura y civilización. En ese sentido, la nación era la patria, el lugar de los padres, un cuerpo místico con unidad de propósitos que articulaba, disciplinadamente, a los diferentes grupos sociales del pasado y el presente. Pero, por ello mismo era también un grito desesperado de futuro, de un futuro que veían escaparse.

La nación y el nacionalismo, entonces, era un discurso que buscaba interpelar a un organismo vivo y que por lo tanto debía ser dúctil, adaptable. Así concebido, el alegato nacionalista instalaba a sus portadores por encima de la esfera política, a la que se señalaba como mezquina, fragmentada y facciosa y los presentaba ante el conjunto social como los únicos incontaminados promotores --y guardianes-- del bienestar general, del interés preciso de la nación. De tal modo, para decirlo concretamente, el requerimiento nacionalista disimulaba una cuestión fundamental como era el rechazo a toda forma (más o menos radical) de soberanía popular. El gobierno representativo, típico de la modernidad, era sindicado como un gobierno de intereses encubiertos, disgregador y corrupto, por lo tanto la soberanía popular era presentada como un dogma falaz que los políticos sostenían para su propio usufructo. Por ello, los intelectuales antidemocráticos proponían en lugar del ideal individualista y anárquico de la libertad ilimitada, un ideal social y disciplinado de la nación, al que los sujetos se debían hasta el sacrificio. La soberanía de la nación no podía, de ninguna manera, quedar supeditada a la del pueblo ni responder a la paradoja de la “igualdad antinatural”, por lo cual, y ante la endeblez del cuerpo social, se volvía imprescindible la constitución de un gobierno fuerte, dirigido por los espíritus más destacados, los portadores conscientes de un propósito nacional. Es decir, el “nacionalismo” de los “nacionalistas” argentinos de los años veinte implicaba, desde mi mirada, una actitud de confrontación que se constituía a partir de nexos ajenos a la voluntad de los individuos y, que decía estar al servicio de la nación. Por ello se vuelve importante definir qué se

entendía por nación: ¿un destino que se construía por encima de los sujetos y al que estos no podían sustraerse sin traición? ¿Cuáles eran los intereses de la nación?

Si bien es indiscutible la presencia, en mayor o menor grado, de argumentos xenófobos<sup>4</sup>, no es menos cierto que lo que más irritaba del accionar de los inmigrantes era la supuesta introducción de ideologías “avanzadas” y el atrevido desconocimiento de las jerarquías tradicionales, a las que sus defensores –y beneficiarios– no dudaban en calificar como naturales. En ese sentido, vale preguntarse si el discurso “nacionalista” – en tanto defensa de un orden social pretérito o proyectado– no era ante todo una arenga y una voluntad anti-plebeya.

Para decirlo con mayor claridad, los intelectuales que asumieron este embate juzgaban que su posición social (alcanzada o anhelada) se veía amenazada o bien que sus expectativas sociales y políticas no habían sido satisfechas y al contrario habían sido desmerecidas por el proyecto democrático. Por lo tanto, defensiva y al mismo tiempo ofensivamente, se erigieron y presentaron como la conciencia colectiva de toda la nación, a la que le atribuyeron sus propios intereses y en cuyo nombre buscaban transformar la estructura estatal y social vigente. En ese sentido, postulo el carácter limitado o restringido del componente nacionalista en la tendencia autoritaria de los años veinte. O dicho de otro modo, pregunto si no es válido pensar que, en todo caso, el “nacionalismo” de los “nacionalistas” no era un mero dispositivo discursivo de índole instrumental y utilitaria.

En este sentido, no está de más recordar que, como suele suceder, este concepto tuvo una circulación amplia, ambigua, muchas veces inasible, siempre multívoca. Fue objeto de usanzas e interpretaciones diversas, sin haber sido nunca definido con precisión por sus propios portadores. En la palabra “nacionalismo”, el sufijo “ismo” poseía (y posee) una carga semántica: añadía algo al adjetivo nacional, al concepto de nacionalidad, y ese algo involucraba modificación de un proceso y cierta carga (al menos discursiva) de violencia, ya que era señalado como un espacio deseable donde debía cultivarse y reivindicarse la disciplina, la unidad y la obediencia como sentimiento. De tal modo, se le atribuía valor, más que por sí mismo, por su carácter de instrumento ideológico que alimentaba las emociones. Una apelación discursiva sentimentalizada que se asentaba en un reclamo de reacción ante el estado de las cosas y que buscaba

---

<sup>4</sup> Siendo los más violentos aquellos que provenían del antisemitismo que profesaban algunos de los referentes del autoritarismo argentino, en especial Gustavo Martínez Zuviría. El rechazo hacia otros grupos étnicos asumía, la mayoría de las veces, un tono peyorativo y burlón.

construir un ideal de cohesión (disciplinado y jerárquico) ante desafíos y amenazas reales o imaginarias. Pero era también una matriz ideológica entendida como cimiento indispensable para las “alucinaciones de grandeza” que padecía buena parte de la clase dirigente argentina y no pocos intelectuales que buscaban llegar a la acción política concreta.

En este sentido, entiendo indispensable atender a la historicidad del proyecto primariamente nacionalista (aquel que proclama a la necesidad de “liberar” a una sociedad determinada de alguna forma de opresión o amenaza externa). El mismo parece haber tenido una presencia más cierta en el período finisecular, es decir en el llamado nacionalismo cultural o precursor que buscaba establecer una identidad nacional ante el proceso de hibridación que vivía la Argentina. Sin embargo, considero que dicho contenido fue perdiendo trascendencia a medida que el fenómeno inmigratorio decrecía, los programas nacionalizadores alcanzaban algunos éxitos y, principalmente, a partir de la consolidación –peligrosamente amenazante– de la democracia. A partir de entonces, quienes se presentaban como “nacionalistas” lo eran en tanto hablaban en nombre de la nación, pero para defender y llevar adelante posturas ideológicas y políticas clasistas. Para volver a encontrar manifestaciones de tono notoriamente nacionalista habrá que esperar hasta mediados de los años treinta, cuando algunos de estos intelectuales, principalmente, los hermanos Irazusta en el libro *La Argentina y el Imperialismo Británico. Los eslabones de una cadena, 1806-1933* y en su batalla contra la “oligarquía” política argentina, denuncien el sometimiento de la economía y la política argentina a los intereses de las potencias mundiales, especialmente Gran Bretaña, sellando así una situación de dependencia que no sólo afectaba al presente sino también, y principalmente, al futuro de la nación. Por al mismo tiempo, aunque sin convertirlo en eje articulador de toda su propuesta, Leopoldo Lugones denunciaba la “situación colonial” que ataba a la Argentina a las potencias mundiales, especialmente a Gran Bretaña, y llamaba a reorganizar el Estado y la economía a fin de poder crear un mercado interno que fuera base de la prosperidad y pusiera fin a una política de enajenación que se basaba en precios inconvenientes para los productos argentinos y una serie de obstáculos morales y materiales que impedían el desarrollo nacional independiente. La situación de dependencia, decía el poeta militarista, era posible por el “individualismo grosero” y la desunión de los productores,

por la preeminencia del comercio por encima de la producción y por la mediocridad de la clase dirigente argentina (Lugones, 1932)<sup>5</sup>.

### ¿Nacionalismo, tradicionalismo o derechas? La definición en la historiografía

Este fenómeno político-ideológico, a pesar de su cuestionada influencia en el poder, ha merecido una cantidad importante de aportes, ya sea como análisis generales o de algunos aspectos o grupos y figuras particulares. Probablemente, ese interés tenga que ver con la influencia que esos idearios alcanzaron en algunos imaginarios sociales y políticos de la Argentina contemporánea y en el hecho de que a lo largo del siglo XX fueran una especie de reservorio de perspectivas y términos a los que apelaron sistemáticamente los grupos antidemocráticos y golpistas. Sin embargo, no siempre las figuras y grupos iniciales de la tendencia han sido estudiados por su propia dimensión e importancia, sino que posiblemente, como han señalado Bejar y Barletta (1988: 357), muchos de los estudios están guiados por el afán de explicar los orígenes y la naturaleza del peronismo y por la búsqueda de antecedentes que permitan comprender la militarización del escenario político. Asimismo, resulta evidente que la posible vinculación o no del “nacionalismo” argentino con el movimiento fascista también subyace en buena parte de los análisis. Preocupación que, es bueno recordarlo, ya estaba presente en los propios protagonistas de esta historia y en sus detractores.

Como he señalado, la utilización del concepto nacionalismo no se limitó solamente a la auto-designación, sino que ha sido, y en buena medida sigue siendo, el apelativo utilizado por los/as investigadores/as de esos idearios y prácticas. Desde mi perspectiva, y sin intenciones de impugnar los puntos de vista de esos/as colegas, considero que definir como “nacionalista” a una tendencia de por sí compleja (por su heterogeneidad, por su vulnerabilidad ante la coyuntura y por su casi permanente frustración), no facilita la comprensión del fenómeno. Por el contrario, generaliza una dimensión que no siempre estuvo presente y que aun cuando se manifestaba lo hacía con versiones disímiles que conllevaban debates entre sus propios propulsores. Sumado a esto, vale recordar que el nacionalismo ha sido una apelación discursiva y un recurso identitario en el que se han referenciado sujetos y movimientos de todo el amplio

---

<sup>5</sup> También Carlos Ibarguren (1933) emitió por entonces algunos discursos donde, tangencialmente, cuestionaba la falta de dirección propia y orgánica (esto es nacional) de la economía y, por ende, la subordinación con el extranjero.

abánico ideológico contemporáneo. En ese sentido, el nacionalismo es un concepto ambiguo, laxo, y por lo mismo factible de ser concerniente a buena parte de la sociedad y el universo político. En palabras de Xosé Núñez Seixas (1998:12), el nacionalismo es un ingrediente que puede combinarse con diferentes corpus ideológicos y con diversos intereses sociales.

Al hacer referencia a esta tendencia antidemocrática de las primeras décadas del siglo XX, nuestra historiografía ha utilizado una gama relativamente amplia de conceptos: tradicionalismo, hispano-catolicismo, derecha y, obviamente, nacionalismo, sin duda el término que ha alcanzado mayor difusión. Cuando se utiliza el concepto nacionalista se ha recurrido a calificativos en pos de alcanzar una mayor precisión y han surgido, así, denominaciones tales como: nacionalismo de derecha, oligárquico, conservador, católico, tradicionalista, etc. Lo cual, en alguna medida, estaría evidenciando una incapacidad nominativa del término empleado. Seguramente la opción por los conceptos nacionalismo y nacionalista se afina en una diversidad de razones que no excluyen el reconocimiento de una significación a la designación auto-referencial. Pero tampoco son ajenos el posicionamiento político e ideológico del/a investigador/a y el afianzamiento de un consenso no discutido en la historiografía argentina de las últimas décadas.

Sin duda, el problema de la conceptualización sobre el fenómeno antidemocrático implica una alta complejidad. ¿Es posible establecer una serie de principios comunes que permitan ensayar una definición colectiva? Y de ser así, ¿qué elementos se deberían tener en cuenta y ponderar como esenciales para alcanzar una definición abarcadora de todas las expresiones? Estas preguntas, a su vez, remiten a otra cuestión que subyace en los análisis, que tiene una alta influencia al momento de la definición, y que podría resumirse como el debate en torno a la singularidad o no del fenómeno argentino. La disposición histórica, como es sabido, ha tenido –y tiene– cierta propensión a la singularidad del objeto estudiado y no ha sido (con las notables excepciones de Marc Bloch, Fernand Braudel y Henri Pirenne entre algunos otros nombres) hasta la década de los setenta que la comparación empezó a formar parte del núcleo de la historia (ver al respecto la presentación de Ernesto Bohoslavsky en este taller). Sin embargo, este tipo de abordaje puede poner énfasis en el contraste, es decir en entender las diferencias y conocer más exactamente los casos individuales o bien en la generalización, estudiando las coincidencias para comprender y sistematizar las

relaciones generales. Desde mi observación, y lejos de suscribir una adhesión a perspectivas mecanicistas que supondrían considerar a esta tendencia como mero reflejo o copia de otros procesos, me pregunto si no es igualmente aventurado considerarlos como un fenómeno específicamente argentino. Con tensiones, ambigüedades e incluso prejuicios la experiencia totalitaria y la de los grupos antiliberales de Europa y de otros países latinoamericanos estaba en el horizonte de las reflexiones de los antidemocráticos argentinos y se trataba de una representación que se iba resignificando con el devenir de la dinámica histórica y de acuerdo al posicionamiento de cada uno de los grupos y referentes. En este sentido, soy partícipe de la perspectiva de Jürgen Kocka (2002: 43-48), quien sostiene que la comparación contribuye a la innovación de la Historia y obliga a los historiadores a utilizar conceptos precisos, procedimientos analíticos y teorías también más definidas. De allí, por lo tanto, se deriva el desafío, entendido como necesidad, de encaminarse a trabajar con definiciones consistentes y complejas e históricamente sostenidas. Asimismo, entiendo que este tipo de análisis es particularmente productivo para el estudio de las ideologías e ideas del siglo XX ya que resultan primordiales para comprender los procesos de “mundialización” de algunas de las características de las sociedades contemporáneas (Aróstegui, 1995: 312).

### ¿Es posible hablar de derecha/s?

A lo largo de estas páginas he señalado que, desde mi enfoque, el concepto nacionalista resulta un tanto inapropiado ya que, en el mejor de los casos, estaría haciendo referencia a un aspecto, entre muchos otros, de los que caracterizaban a esta ideología con pretensiones políticas. Para el caso específico de los referentes de la década del veinte, aquellos que participaron entusiastas de la campaña destituyente de Yrigoyen y celebraron el golpe de Estado de septiembre de 1930, el nacionalismo sería el fruto de una manipulación (o, dicho en términos menos altisonantes, del uso instrumental) del término en pos de alcanzar una “universalización” y, por lo tanto, legitimación de un proyecto que estaba alejado de responder no sólo a la entelequia de unos intereses únicos de la nación, sino incluso a las perspectivas de grupos sociales y políticos más extensos que aquellos que portaban los propios involucrados que, como se recordará, reafirmaban orgullosos su carácter de minoritarios.

Por ello, reconociendo que detrás de toda definición hay ambigüedades y tradiciones múltiples, y atendiendo a un espacio temporal amplio (desde el período finisecular hasta los años cuarenta del siglo XX), el concepto de derechas me resulta más apropiado para poder definir a este conglomerado que, más allá de las divergencias, se sentía parte de un nosotros y compartía una serie de premisas esenciales desde las que elaboraban los diagnósticos y los proyectos de la sociedad y el Estado anhelado. ¿Es posible, por lo tanto, denominar como derecha (o ¿será necesario llamarlas derechas, dadas sus variantes?, ¿esas diferencias afectan al núcleo primordial de sus definiciones o son más cuestiones de forma?) a sujetos y proyectos que se definían por su elitismo anclado en la reivindicación de las jerarquías “naturales”, por su oposición a la democracia y por su constante llamado a la implementación de una disciplina ordenadora de la sociedad? Retomando la presentación de Sergio Morresi, no se trata, en todo caso, de darle un sentido absoluto al concepto, sino de considerarlo en su relatividad histórica e interpretarlo, al estilo de Mannheim, como actitudes de fondo, como intenciones (Bobbio, 1998).

Desde ese punto de vista, y por el carácter individualista de los actores estudiados, ha sido necesario para mí realizar un análisis que atendiese a las trayectorias individuales, no por una “ilusión biográfica”, sino como una forma de acceder a los itinerarios individuales y, sobre todo, a las subjetividades específicas que, articuladas en una “estructura del sentir” daban forma a un nosotros que se definía a partir de algunos acuerdos y, quizás con mayor fuerza, por un opuesto, un enemigo compartido. Para realizar ese tipo de aproximación ha sido necesario abordar un conjunto de cuestiones que se relacionan tanto con la dinámica socio-política, cultural y económica como con problemáticas más individuales que, articuladas en una relación dialéctica, colaboran con la definición identitaria e ideológica individual y luego colectiva.

La identidad, como se sabe, está lejos de ser un conjunto de cualidades predeterminadas. Por el contrario, se trata de una construcción nunca completada, abierta a la temporalidad y al juego de las contingencias. La dimensión simbólica de la identidad se construye discursivamente e implica, en sí misma, la invención de una tradición y la búsqueda de una completitud. Las identidades constituyen, por lo tanto, rearticulaciones constantes y en permanente conflictividad (conflictividad dialógica como la ha llamado Bajtin) que, además, estando sometidas a normas, obstáculos y desarrollos específicos propios del orden social nunca son impermeables a la dimensión

pública y política. Pero, al mismo tiempo, la dimensión personal también queda involucrada, indefectiblemente, en el juego de lo público. La “otredad”, la diferencia, es elemento constitutivo y principal de todo posicionamiento identitario, es decir la definición identitaria se realiza en función de valores oposicionales, en su relación con otras identidades.

El intento de pensar, definir y consolidar una identidad surge, o por lo menos se intensifica, cuando se considera que la identidad previa se ha perdido o cuando su “natural” desarrollo ha sido perturbado o se siente amenazado por algún factor externo o interno. Es decir, el énfasis identitario se manifiesta particularmente en tiempos de crisis, inseguridad y, como dice Leonor Arfuch (2005:13), cuando hay incertidumbre de presentes y futuros. En este plano, al analizar las trayectorias de los intelectuales que hacia los años veinte del siglo pasado se definieron por la alternativa autoritaria se puede verificar, en todos los casos, una sensación de inseguridad creciente y una conciencia de destino malogrado por un orden político-social mediocre y corrupto. De tal modo, es comprensible el espacio de reflexión dedicado por los propios intelectuales que son objeto de esta investigación ya que ellos se encontraban atravesando un proceso de transformación profunda y su identidad, en tanto dimensión simbólica, cultural, social y política, se veía fuertemente cuestionada.

Como ya he sostenido, la identidad está lejos de ser un conjunto de cualidades predeterminadas. Por el contrario, se trata de una construcción nunca completada, abierta a la temporalidad y al juego de las contingencias. Pero, a su vez –según Hall (1996)–, la identificación implica un proceso de articulación y de sutura. No hay identidad por fuera del sí mismo, individual y colectivo. ¿Qué contingencias afectaban a estos intelectuales?, ¿qué cuestiones necesitaban ser cicatrizadas?, ¿con qué remedios? Frente al país de las elites se alzaba, y cada vez con mayor visibilidad, otro país, “guarango y plebeyo”, que con su sola presencia desafiaba las cosmovisiones, las disposiciones estéticas y la existencia misma de los sectores privilegiados (Bourdieu, 1991). Frente a un “nosotros” distinguido, poseedor de un pensamiento superior, marcado por una dignidad y un honor específicamente delimitados, se erguía un “ellos” que refería a los sectores populares y necesitaba ser estigmatizado, degradado, subyugado y guiado ya que no se encontraban en disponibilidad de discernir, tan siquiera, su propio futuro. Se trataba de un colectivo que había sostenido un asombroso proceso de expansión y se encontraba también experimentando la paulatina

conformación de una identidad propia, fundada en su experiencia histórica y en su práctica social y por ello mismo se volvía afrenta y fuente de honda preocupación.

Fue entonces cuando en búsqueda de un protagonismo que consideraban injustamente arrebatado, los intelectuales antidemocráticos, unidos por sus frustraciones, desazones y perplejidades, iniciaron un paulatino recorrido hacia posturas autoritarias que se sustentaban en una arraigada impronta jerárquica y elitista. Convencidos, y dispuestos a convencer, que el dominio por parte de una minoría esclarecida, culta y superior constituía una realidad histórica y natural, se expresaron a través del ataque sistemático a la democratización política y social. Se trataba de un ofensiva de frentes múltiples, ya que no eran sólo algunos aspectos los que se habían desajustado, sino que era toda una cosmovisión<sup>6</sup> y una estructura social las que, entendían, estaban siendo amenazadas y vulneradas. Por ello, la identidad que fueron construyendo integraba cuestiones políticas, sociales, ideológicas y estéticas que se definían por oposición a las percepciones, valores y prácticas de los sectores subalternos y, particularmente, a las doctrinas más avanzadas del liberalismo e, irrefutablemente, de la izquierda, en todas sus pluralidades. En ese sentido, bien vale anotar que la apelación nacionalista era, en principio, un discurso que se oponía a las manifestaciones cosmopolitas, humanistas e internacionalistas de los sectores más progresistas de la época. Se trataba, como había dicho Lugones, de tener un ideal de Patria y no de humanidad.

Por todo lo expuesto, considero que esta identidad precaria e inestable (habitada por múltiples identidades confluyentes que se hallaban a la defensiva ante cambios que no alcanzaban a aprehender y no estaban dispuestas a aceptar), puede ser definida como derecha, antidemocrática y radical desde su misma definición. Más allá de las diferencias existentes es posible identificar un corpus de ideas, un consenso extendido en los diagnósticos y uno relativamente más restringido en el modelo proyectado que, fundamentalmente, apuntaba a la defensa y sostenimiento de las jerarquías, es decir a la preservación de la desigualdad; la descalificación de toda expresión cultural, moral, política, artística e ideológica de los sectores populares que tenía su dimensión más contundente en el rechazo profundo al modelo de soberanía popular y gobierno

---

<sup>6</sup> Una cosmovisión es entendida como el conjunto de principios sobre los que se funda la experiencia vital de los individuos, es decir, el cúmulo de opiniones y creencias que conforman la imagen o concepto del mundo que tiene una persona a partir de su cultura y que conlleva nociones que se aplican a todas las dimensiones de la vida.

representativo democrático. Una derecha, entonces, fundada en una compleja mixtura de autoritarismo, discurso pretendidamente nacionalista y vitalismo (Tusell, 1998: 9-13), que concebía que el orden (entendido como virtud en sí mismo) sólo se alcanzaría con una autoridad fuerte y un pueblo sometido (ya sea por cooptación de voluntades, ya sea por rigor y represión) a los genuinos dueños del poder, “los que habían hecho la patria”. Una derecha a la que el poder efectivo siempre le resultó escurridizo –quizás porque, como ha señalado Raymond Williams (1984: 21), los hombres, al no alcanzar a tener un control cierto sobre el futuro generaban (y suelen generar), una cultura de la nostalgia, de la insatisfacción– y, al mismo tiempo, diseñaba una política que no podía pensarse mucho más allá de las tácticas inmediatas.

### ¿Cómo citar este artículo?

Olga Echeverría, “¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Anderson, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, Leonor (comp.) (2005) *Identidades, sujetos, subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

Aróstegui, Julio (1995) *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.

Barletta, Ana María y Bejar, María Dolores (1988) “Nacionalismos, nacionalistas... ¿un debate historiográfico?”, *Anuario del IEHS*, 3, Tandil.

Beramendi, Justo (1994) “Ethnos versus Polis? On method and nationalism”, en Beramendi, Maíz y Núñez Seixas: *Nationalism en Europe: Past and Present*, USC, Santiago de Compostela.

Bertoni, Lilia Ana (2001) *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE.

Blengino, Vanni (1990) *Más allá del océano*, Buenos Aires, CEAL.

Bobbio, Norberto (1998) *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus.

Bohoslavsky, Ernesto (2009) *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Prometeo.

Botana, Natalio (1991) *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituto Di Tella.

Bourdieu, Pierre (1991) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.

Buchrucker, Cristian (1987) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana.

Cárdenas, Eduardo José y Payá, Carlos Manuel (1978) *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.

Devoto, Fernando (2002) *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

---- y Barbero, María Inés (1983) *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL.

- Dolkart, Ronald (2001) "La derecha durante la década infame, 1930 -1943"; en: AAVV, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Ed. Vergara.
- Echeverría, Olga (2009) *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*; Rosario, Prohistoria.
- Hall, Stuart (1996) "Who needs identity" en Hall, S. y Du Gay, P: *Questions of cultural identity*, London, Gage.
- Herf, Jeffrey (1990) *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, FCE.
- Ibarguren, Carlos (1933) *Dictamen dirigido al Directorio del Banco de la Nación, 17 de abril de 1933*, Buenos Aires.
- Kocka, Jürgen (2002) *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons.
- Kozel, Andrés (2008) *La Argentina como desilusión*, México, Nostromo.
- Lionetti, Lucía (2008) *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la República*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Lvovich, Daniel (2006) *El nacionalismo de derecha*, Buenos Aires, Capital intelectual.
- (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945*, Buenos Aires, Javier Vergara.
- Lugones, Leopoldo (1932) *El Estado equitativo (Ensayo sobre la realidad argentina)*, Buenos Aires, La editora argentina.
- Mutsuki, Noriko (2004) *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos.
- Navarro Gerassi, Marisa (1969) *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Núñez Seixas, Xosé (1998) *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- Rocchi, Fernando (2000) "El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916", en Mirta Lobato: *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rock, David (1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel.
- Rubione, Alfredo (1983) *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, Buenos Aires, Capítulo.
- Smith, Anthony (1995) "Gastronomy or geology? The role of nationalism in the reconstruction of nations", *Nations and Nationalism* 1, no. 1.
- Tato, María Inés (2004) *Vientos de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tusell, Javier (1997) "Introducción" en Tusell, Javier, Montero, Feliciano y Marín, José María: *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona, UNED-Anthropos.
- Williams, Raymond (1984) *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica-Grijalbo.
- Zanatta, Loris (1996) *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo*, Universidad Nacional de Quilmes.
- Zimmermann, Eduardo (1995) *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1880-1916*, Buenos Aires, Sudamericana.

## La derecha brasileña y la política asistencial (1945-1964)

Rosana Martín

En este trabajo intentamos mostrar algunas de las discusiones políticas y prácticas en materia de política social en el período de vigencia de la democracia en Brasil entre 1945 y 1964. Nuestra intención es dar cuenta de cómo dos partidos de derecha, União Democrática Nacional (UDN) y Partido Social Democrático (PSD), abordaban el problema de la asistencia social por parte del Estado. Los materiales que utilizamos para este trabajo son principalmente los discursos parlamentarios y las publicaciones partidarias. A efectos de una mejor comprensión nos parece necesario esquematizar en la primera parte del trabajo el contexto histórico y la conformación del sistema político brasileño en esa época. En la segunda parte se ofrece un recorrido por los principales debates del período en materia social, principalmente en lo que respecta al problema de la unificación de la seguridad social y su extensión hacia los trabajadores rurales. En la tercera sección abordamos algunas de las discusiones que parlamentarios del PSD y la UDN desplegaron en torno a la relación de instituciones dedicadas a la asistencia social y la intervención del Estado, particularmente nos centramos en los casos del *Serviço Social Rural* y la *Fundação das Pioneiras Sociais*. Por último, en las conclusiones se esbozan algunas cuestiones para volver a debatir la postura de la derecha en relación a las políticas de asistencia social.

Aludir en un trabajo a la política social es aludir a un tipo de política pública que interviene directamente en las condiciones de vida de una población determinada. Entre estas políticas encontramos tres áreas (Falappa y Andrenacci, 2009: Introducción):

a) las políticas de trabajo, compuestas por un conjunto de intervenciones estatales que regulan el modo en que una determinada población ejerce actividades remuneradas, formales o informales. El Estado capitalista intervino en esta esfera de dos maneras: por un lado, reguló por medio de la ley las condiciones bajo las cuales se establecían las relaciones laborales, y por el otro lado, generalizó los sistemas de seguros obligatorios para hacer frente a los riesgos del ciclo económico y la vida activa;

b) las políticas de servicios universales se refieren a la intervención del Estado en la distribución de servicios mínimos para el desarrollo social, en su mayoría de carácter

gratuito. Estos servicios incluyen la educación pública que permitió conformar lo que hoy conocemos como los estados-nación por medio de la socialización de ciertos símbolos y pautas culturales; el acceso a la salud pública, que refiere tanto a las políticas de prevención como de prestaciones y cuidados básicos; y la provisión de infraestructura social y servicios públicos como vivienda, energía, agua y transporte, entre otras. El avance de estas dos áreas de la política social permitió crear ciertas nociones de necesidad y vulnerabilidad que definían de cierta forma qué es la pobreza y qué es ser pobre. Es así como en la sociedad moderna se considera que una persona es pobre cuando la regulación del trabajo y la provisión de servicios universales no llegan a satisfacer las necesidades del individuo;

c) las políticas asistenciales, desplegadas por un conjunto de instituciones profesionalizadas, públicas y privadas, que gestionan la supervivencia, el sostén y la resocialización de los “desafiliados” y los vulnerables a través de la provisión de bienes y servicios (Falappa y Andrenacci, 2009: 12).

Según José Murilo de Carvalho (1995: 10-11) el desarrollo de estas políticas le ha permitido a las sociedades modernas avanzar sobre los derechos sociales para disminuir la desigualdad excesiva y garantizar un mínimo de bienestar, junto con los derechos civiles que garantizan la vida en sociedad y los derechos políticos que garantizan la participación en el gobierno. Para Falappa y Andrenacci (2009: 7-8) la ciudadanía plena es el ejercicio de estos derechos que hacen tolerable cierto nivel de desigualdad civil, política y social, legitimado por el respeto a los derechos básicos y la existencia de canales de participación política y asistencia social.

### **El nuevo sistema de partidos (1945-1964)**

El año 1945 es clave en la historia del Brasil contemporáneo y se suele considerar una bisagra política. Ese año comienza una experiencia de vida democrática en el país, que enfrentó simultáneamente diversos desafíos a lo largo de dos décadas. El primero de ellos fue constituir por primera vez un sistema de partidos políticos de alcance nacional, que fuera capaz de organizar, consensuar y vehicular los diferentes y desiguales intereses de los grupos dominantes regionales, y simultáneamente aprovechar y controlar a un electorado numéricamente creciente, y socialmente en vías de complejización. El segundo desafío consistía en mantener la expansión industrial y

algunas de las transformaciones operadas durante la experiencia varguista sin que eso condujera a una activación del movimiento obrero, o al menos a una activación política autónoma respecto al Estado. De hecho, la restauración de la democracia entre 1945 y 1946 desató muchas esperanzas entre los trabajadores urbanos en el sentido de que se reducirían las condiciones de represión policial que pesaban sobre el accionar sindical. Las elecciones prometían traer más libertad y mejores condiciones para negociar los salarios. Entre un año y el otro se produjo una explosión en el número de trabajadores sindicalizados, que pasaron de 474.000 a 797.000 (Pomar, 2002: 32). La (corta) legalización del *Partido Comunista Brasileiro* (PCB) a finales de 1945 incentivó la actividad huelguista, especialmente entre los trabajadores industriales. El hecho de que ambos desafíos (esto es, la democratización política y la necesidad de mantener el ritmo de industrialización y el nivel de control sobre los trabajadores) se dieran de manera simultánea complicaba el proceso, y forzaba a que el Estado tuviera que jugar un papel relevante como regulador de intereses económicos, organizador de la vida laboral (urbana e industrial) y promotor de un modelo de expansión económica de tipo expansivo, vigente hasta inicios de la década de 1990.

El juego político descansó entre 1945 y 1964 principalmente sobre tres grandes partidos políticos que funcionaban legalmente, y un cuarto, el comunista, que permaneció en la ilegalidad desde 1947. Lo novedoso del sistema de partidos era que incluía a partidos de alcance nacional, que intentaban aglutinar a los disímiles intereses regionales y sociales<sup>7</sup>. Por un lado, estaban los dos partidos creados por Vargas durante su último año de gobierno. Se trataba, primero, del *Partido Social Demócrata* (PSD). A lo largo de sus quince años de gobierno, Getúlio Vargas consolidó una red de líderes y grupos desde la estructura municipal al gobierno central. El primero de estos grupos lo constituían los políticos y burócratas que se beneficiaban con las políticas de Vargas y que preferían un mínimo de modificaciones en el sistema que conocían. El segundo

---

<sup>7</sup> El Código Electoral 7.586 del 28 de mayo de 1945, exigía que los partidos políticos tuvieran una estructura nacional y un programa acorde a los principios democráticos, establecía también la creación de la Justicia Electoral (Tribunal Superior Electoral y Tribunales Regionales) en todo el país, el establecimiento del sufragio universal y secreto para los mayores de 18 años de edad (aunque con restricción a los analfabetos), entre otros aspectos más puntuales. Para obtener el registro de partido nacional, la organización tenía que conseguir un mínimo de diez mil electores en cinco o más circunscripciones electorales. A su vez los candidatos que se presentaran por el partido de su preferencia debían estar afiliados previamente. Por otra ley (nº 9.258) en mayo de 1946, se aumentó a cincuenta mil electores para obtener el registro nacional y se decretó que se cancelaría el registro a cualquier partido que recibiese contribución financiera del exterior (Olavo, 1983: 37-40; Triches, 1994: 56; Ferreira, 2001: 108).

grupo eran los banqueros, los hombres de negocios y los propietarios de tierras e industrias que habían prosperado bajo el período varguista, como los *fazendeiros* del café. Estos dos grupos constituyeron las bases del PSD, el principal partido del período democrático (Skidmore, 1975: 81; Benavides, 1976: 62; Dulci 1986: 32; Hippolito, 1985: 22).

En segundo lugar, se contaba el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB) que agrupaba a los dirigentes sindicales y a los trabajadores urbanos agremiados, que se habían visto beneficiados por la legislación laboral del período varguista y que temían que el alejamiento del poder de Vargas, o un triunfo de sus adversarios, condujera a una eliminación o reducción de la legislación social y laboral. Según Skidmore (1975: 82) el PTB representaba el esfuerzo de Vargas para atacar la marcha de los comunistas en particular, y la izquierda en general, asegurando el voto de las clases trabajadoras, de importancia creciente.

Por el otro lado, se encontraba la *União Democrática Nacional* (UDN), el partido liberal que aglutinaba los intereses de sectores medios y altos, y sobre todo el espíritu contrario al populismo varguista<sup>8</sup>. Desde 1945 la UDN extraía parte sustancial de su fuerza electoral de las clientelas rurales o semi-rurales (disputadas con el PSD) a la vez que logró resultados positivos con las clases medias de las zonas urbanas-industriales (Dulci, 1986: 33-34). La principal diferencia entre el PSD y la UDN durante las dos décadas de vigencia del régimen democrático fue la distancia con respecto a Vargas –y a algunos de sus seguidores como João Goulart– antes que sus principios ideológicos: en términos de relación con respecto a la herencia varguista, la división era PSD-PTB contra UDN, pero en términos ideológicos y de proyectos económicos, la UDN tenía mucha más afinidad con el PSD de lo que *a priori* se podría imaginar. Según Souza (1990), el clivaje que separaba a los partidos era coyuntural (distancia con respecto al poder) y no tenía que ver con los intereses socio-económicos que defendían o el origen social de sus votantes.

Durante los veinte años de restauración democrática se desarrolló un esquema político particular. Por un lado, el régimen tuvo algunas de las características de una democracia multipartidaria (de pluralismo acotado), incluyendo la alternancia de

---

<sup>8</sup> Los restantes partidos que se constituyeron a partir del Código Electoral y que tuvieron a lo largo del período democrático representación en el Congreso Nacional fueron el Partido Demócrata Cristão, el Partido Social Progressista, el Partido de Representação Popular, el Partido Socialista Brasileiro, el Partido Republicano, el Partido Libertador, el Partido Trabalhista Nacional, Partido Social Trabalhista, Partido Rural Trabalhista y el Movimento Trabalhista Renovador.

partidos en el gobierno. Entre los déficit que tenía esta democracia debemos destacar dos: en primer lugar, la exclusión de la ciudadanía de los analfabetos (que no consiguieron el derecho a voto sino hasta la Constitución de 1988). En segundo lugar, la ya mencionada prohibición de las actividades del PCB a lo largo de todo el período y la sistemática tarea de represión de las organizaciones obreras. Según Pomar (2002: 99), la presidencia de Dutra fue una democracia liberal, pero fundada en un terrorismo de Estado que se expresaba en la supresión de las libertades y garantías individuales. De hecho, una de las tareas a las que el gobierno de Dutra dedicó más tiempo fue, precisamente, la represión de los sindicatos y de los afiliados, diputados y dirigentes sindicales (comunistas o no). Si bien la Constitución de 1946 aseguró el derecho a huelga, este derecho estaba intrincadamente regulado por el *Decreto-lei 9070*, promulgado por el presidente Dutra, que permitió la detención de huelguistas y la expulsión de activistas extranjeros.

Mucho antes que Dutra terminara su mandato, Vargas comenzó su campaña para las elecciones de 1950. Crítico de las políticas del oficialismo, se presentó como el defensor de los trabajadores y del progreso nacional. En tanto, los anti-getulistas nucleados en la UDN, y que habían apoyado a Dutra por medio de un acuerdo partidario, percibían ese regreso como una grave amenaza (Dulci, 1986: 101). Las urnas finalmente le dieron el triunfo al ex dictador. Una vez en el gobierno, Vargas anunció que buscaría el equilibrio y la conciliación entre todas las corrientes políticas. A pesar de ello, apenas consiguió limitar el conflicto. La oposición tenía libertad de acción, ya no era como en el *Estado Novo* (1937-1945). Según Dulci (1986: 110) mientras que la UDN adoptó una postura opositora con el gobierno, el PSD se caracterizó por un estilo conciliatorio y persuasivo.

Desde el inicio de su gobierno retomó la práctica de los discursos presidenciales dirigidos a grandes concentraciones populares, que reivindicaban sus políticas de gobierno y que recomendaba la afiliación de los trabajadores a los sindicatos oficiales organizados por el Estado. El objetivo era la integración controlada de las masas al juego político, a través del encuadramiento de dos tipos de iniciativa. Por un lado, una política social de concesiones a los trabajadores, como la mejora de los salarios mínimos en 1951. Por el otro lado, ese esfuerzo de integración de las masas al juego político comprendía una operación ideológica de mistificación política nacional-reformista. A pesar de estas políticas los trabajadores llevaron a cabo varias huelgas, entre ellas la que fue conocida

con el nombre de *A greve dos 300 mil* que llevó al gobierno a replantearse su política de integración de las masas. En medio de la creciente ola de oposiciones sumada a un contexto externo desfavorable para la economía brasileña, Vargas se suicidó el 24 de agosto de 1954.

Luego alcanzó la primera magistratura Juscelino Kubitschek (JK). Su gobierno –apoyado políticamente por el PSD y el PTB– es reconocido en la historia brasileña principalmente por su política económica. Proyectó desde el comienzo de su gestión un “Plan de Metas” que contaba con 31 objetivos, distribuidos en seis grandes grupos: energía, transporte, alimentación, industrias de base, educación y la construcción de Brasilia. A su vez el gobierno de JK implementó un programa de estabilización económica para hacer frente a los continuos problemas de la balanza de pagos y la inflación. A pesar de ello, para 1958 los problemas económicos continuaron a medida que crecía el descontento social. En el sector de los trabajadores organizados, las resistencias provenían de dos factores principales. Por un lado, el programa de estabilización estaba sospechado de ser un arreglo “con el imperialismo” para el PTB y la izquierda. Por el otro lado, los sindicatos temían que los trabajadores fuesen los más perjudicados por las restricciones a las que conducía el programa de estabilización.

En medio de este contexto se lidió la batalla de los candidatos para la sucesión presidencial de 1961. Electo gobernador de São Paulo en 1959, Jânio Quadros, propuesto como candidato por la democracia cristiana y apoyado por la UDN, finalmente obtuvo el triunfo. Quadros implementó una política de corte ortodoxo que implicaba una fuerte devaluación de la moneda y la contención del gasto público: la reducción de los subsidios a la importación de trigo y de petróleo provocó un aumento del 100% en el precio del pan y los combustibles. El gobierno Quadros duró sólo siete meses, dejando paso a João Goulart, lo cual significó una vuelta al modelo populista de Vargas. En el plano social se destacó la propuesta de la reforma agraria y la nacionalización de empresas, entre otras políticas. A pesar de ello, la ola de huelgas, por un lado, y la oposición de las clases medias y altas representadas políticamente por la UDN y el PSD, por el otro, ofrecieron una fuerte resistencia a las políticas desplegadas por el gobierno que no hicieron más que conducir a una escalada inflacionaria. La situación de crisis económica, de creciente movilización social y de políticas consideradas “demagógicas” llevadas a cabo por el gobierno, fueron usadas por la oposición, incluso por sectores militares que lo denunciaron como parte de una “conspiración comunista” que

intentaba usurpar al Estado brasileño. El golpe de Estado del 31 de marzo de 1964 marca el final de la etapa democrática.

## La seguridad social

Tras la apertura política en 1945, el sistema de seguridad social brasileño no se modificó con respecto a los años anteriores, sino que por el contrario se fueron profundizando algunos de sus rasgos anteriores y se replicaron debates que ya se habían sucedido. La unificación de las cajas de seguridad social y la irrupción de sectores hasta entonces no comprendidos por la legislación social, como los trabajadores rurales, fueron las cuestiones más discutidas a partir de la década de 1940.

En 1947, el diputado Aluizio Alves, de la UDN, presentó un proyecto de ley que proponía nuevamente la unificación del sistema de seguridad social, conocido con el nombre de *Lei Orgânica da Previdência Social* (LOPS). El proyecto incluía en el sistema de seguridad a trabajadores rurales y empleados domésticos. A su vez, la ley establecía la creación de un seguro y los servicios de rehabilitación, así como la creación de un fondo de seguridad social, la unificación de la asistencia médica y la elección de los representantes por los propios sindicatos. Los principios esgrimidos por este diputado udenista fueron apoyados por algunos representantes del PSD como Pereira da Silva que en 1948 declaró la necesidad de mejorar el financiamiento de las estructuras de seguridad social ya existentes: las llamadas *Caixas de Aposentadoria e Pensões* (CAPs)<sup>9</sup> creadas en la década de 1920 y que habían sido reemplazadas en su mayoría por *Institutos de Aposentadoria e Pensões* (IAPs)<sup>10</sup> en el *Estado Novo*. A pesar de los avances que el proyecto de Alves implicaba en lo que respecta al reconocimiento de los

---

<sup>9</sup> En 1923 bajo la presidencia de Artur Bernardes se habían creado las cajas de seguridad para ferroviarios, llamadas *Caixas de Aposentadoria e Pensões* (CAPs), cuyo funcionamiento era relativamente autónomo con respecto al Estado. La CAP de los ferroviarios fue creada luego de la promulgación del Decreto nº 4.682, conocido con el nombre de su promotor (“Ley Elói Chaves”), que sentó las bases para la creación posterior de otras instituciones de seguridad social. En 1926, el sistema de CAPs se extendió a los trabajadores marítimos y a otras categorías. Sin embargo, esos intentos de ampliación de la protección social adolecían de estar restringidos a determinadas categorías laborales urbanas, por lo general de los trabajadores mejor pagos.

<sup>10</sup> Durante el Estado Novo, la primigenia estructura de las CAPs fue reemplazada por los *Institutos de Aposentadoria e Pensões* (IAPs), cuyo principal rasgo de diferencia giraba en torno a la explícita intervención que tenía el Estado en la regulación de sus actividades. Con la creación de los *Institutos* el Estado terció directamente en la relación de la empresa con las categorías profesionales que estructuraban a las CAPs. Por tomar un ejemplo, todos los empleados bancarios se encontraban vinculados al *Instituto de Aposentadoria e Pensões dos Bancários* (IAPB), independientemente del banco en el cual trabajaran. Ello se repetía con cada IAP y con cada profesión.

empleados domésticos y rurales, el proyecto fue rechazado en el Congreso. De hecho, el tema se convirtió en uno de los que generó mayores debates y enfrentamientos, especialmente con los representantes del PSD. Cuando volvió a presentarse otra versión del proyecto de Alves, a finales de la década de 1950, se abandonó la idea de ampliar la seguridad a los trabajadores rurales y domésticos (Benavides 1981: 187).

En 1953 se alcanzó una "mini-unificación" de las CAPs y de las IAPs. Estas estructuras fueron agrupadas en sólo seis IAPs: bancos, industria, comercio, ferrocarriles y servicios públicos, marítimos y transporte (Malloy, 1979: 103; Cohn, 1980: Capítulo 1). Un año más tarde Vargas emitió un decreto que retomaba en parte lo propuesto por el proyecto de Alves, pero esa modesta reforma no se concretó por el suicidio del presidente. Su sucesor, Café Filho, revocó la ley alegando que constituía un ejercicio anticonstitucional legislar por decreto (Malloy, 1979: 102). En 1957 la situación continuaba siendo la misma. El diputado Alves recordó en el Congreso Nacional que su proyecto de unificación de la seguridad social había sido rechazado por diputados oficialistas. En esa ocasión señaló que:

A comissão de Legislação social considerou, entretanto, que a proximidade do pleito eleitoral para a sucessão presidencial de 1950 desaconselhava a remessa a plenário de um projeto que, pela sua repercucão, poderia permitir uma série imensa e prejudicial de emendas de caráter eleitoral, e preferiu aguardar o resultado do pleito para voltar ao exame da matéria (Diario del Congreso, 10 de diciembre de 1957).

Con la llegada de JK al gobierno, el problema de la reforma de la seguridad social surgió nuevamente. El Plan de Metas propuesto por el gobierno de Kubitschek no sólo se comprometió con el desarrollo económico sino que también intentó una ampliación del sistema de seguridad social y de los beneficiarios. Esa expansión del gasto social fue fuertemente criticada por la UDN puesto que la crisis financiera por la que pasaban las 6 IAPs creadas pasó a liderar la agenda de las discusiones parlamentarias sobre previsión y seguridad social. En mayo de 1956, el presidente formó una comisión legislativa, más una compuesta con tecnócratas expertos en seguridad social para apreciar los proyectos de ley presentados desde 1947 (Malloy, 1979: 105). La LOPS fue promulgada finalmente en 1960, luego de amplias negociaciones en el poder legislativo, con una importante intervención de los tecnócratas especialistas en seguridad social y la movilización de los trabajadores.

El escenario de la seguridad social era complejo por las grandes diferencias existentes entre los ingresos de las categorías profesionales y entre las regiones, que dificultaron los diversos intentos de unificación y las discusiones sobre el financiamiento de la seguridad social (Cohn, 1980: Capítulo II). Esos problemas quedaron explicitados en los Congresos sobre Seguridad Social que tuvieron lugar en la década de 1950. El I Congreso Brasileño de Seguridad Social (1953) congregó a trabajadores de todo el país y puso en cuestión el problema de la unificación de los distintos *institutos*. A grandes rasgos, la discusión llevó a tres posiciones principales. La primera sostenía que la unificación generaría concentración de servicios y de contribuciones y que ello aumentaría la rapidez y la eficiencia del sistema de seguridad social. La segunda postura justificaba la unificación de la administración, pero no de los ingresos ya que prefería que siguiera primando la diferencia entre regiones y categorías profesionales. Finalmente la tercera corriente de opinión se oponía a la unificación por entender imposible la fusión de los IAPs. Dentro de este esquema los trabajadores del norte de Brasil fueron más favorables a apoyar la primera opinión, a diferencia de los del sur que fueron más proclives a sostener la tercera (Cohn, 1980: 56). Ello no sólo da cuenta de los fuertes regionalismos dentro del país, sino también de las diferencias que se establecían dentro de las categorías profesionales de carácter más urbano (concentradas en las zonas industriales del centro-sur) y las más rurales y empobrecidas, asentadas con mayor fuerza en las regiones del norte y noreste. Al igual que en lo ocurrido en Argentina en la década de 1940, los grupos de trabajadores que tenían mejores servicios sociales y de salud se resistían a perderlos en nombre de los hipotéticos beneficios provenientes de la unificación (Flier, 2006: 218; Lvovich, 2006: 163). En palabras de Murilo,

Desde el final del Estado Nuevo, los técnicos de la previsión social buscaban, con el apoyo de Getúlio Vargas, unificar y ampliar el sistema de manera que abarcara a todos los trabajadores. Pero a ello se oponían grandes obstáculos. Como cada instituto tenía burocracia y reglamentos propios, los que estaban en mejor situación, como los bancarios y los ferroviarios, se oponían a la unificación. Además, la burocracia de los institutos temía perder poder e influencia (Murilo, 1995: 112)

El gobierno de Goulart continuó en la dirección de mejorar las prestaciones de seguridad social y de ampliar el número de beneficiarios. Una de las primeras concesiones a los trabajadores fue en 1962 cuando se estableció la edad mínima de 55 años para jubilarse después de cumplir 35 años de servicio. En 1963, el gobierno garantizó una gratificación anual de un mes de salario, además del incremento del salario familiar. En lo que respecta a los trabajadores rurales, el gobierno creó un fondo a ser administrado por el *Instituto de Aposentadoria y Pensões dos Industriários* (IAPI) para promover la asistencia al trabajador rural, conocido con el nombre de *Fundo de Assistência ao Trabalhador Rural* o FUNRURAL. Aquella fue una de las pocas iniciativas desarrolladas en el siglo XX por parte del Estado brasileño para atender la situación de los pobladores rurales. En general, el Estado federal y los diversos Estados se mostraron sistemáticamente respetuosos de las enormes desigualdades económicas y de acceso a la tierra que se verificaban en los ámbitos rurales (Vaselezk Ribeiro 2008: 27-84).

El incremento de los gastos de la seguridad social durante la presidencia de Goulart agravó los problemas de financiamiento del Estado. La crisis de insolvencia financiera de la seguridad social estimuló y tornó más violentas las críticas al gobierno, especialmente las provenientes de partidos de derecha y de asociaciones de propietarios rurales, ya preocupadas por las *Ligas Camponesas*<sup>11</sup>. Tales ideas fueron compartidas por tecnócratas de la seguridad social que brindaron su apoyo al golpe en 1964 (Malloy, 1979: 129).

### La UDN y el PSD frente a las políticas de asistencia social

Las discusiones sobre las reformas en los sistemas de seguridad social y la extensión del Estado de Bienestar estaban inmersas en un contexto internacional particular. La democratización del Estado y el fuerte peso e intervención creciente de los trabajadores en la vida económica del Occidente capitalista llevaron a las clases dirigentes a implementar estrategias de intervención del Estado social como en Europa o EEUU, sea por emulación o simplemente por imitación adaptativa (Falappa y

---

<sup>11</sup> Su líder principal era un miembro de la clase media, abogado y político de Pernambuco, Francisco Julião. Promovió las ligas al margen de los sindicatos y trató de organizar a los campesinos. Entre otros puntos, abogaba por la defensa de los campesinos ante las expulsiones de tierras, el aumento del precio de los arrendamientos y de las prácticas de *cambo*, por la cual el colono debía trabajar sin remuneración un día por semana para el dueño de la tierra. Las ligas surgieron en varios puntos del país, pero se concentraron en el noreste en los Estados de Pernambuco y Paraíba (Fausto, 2003: 217-218).

Andrenacci, 2009: 24). En el caso de Brasil, sostiene Cohn (1980) que las clases dominantes se encontraban más receptivas a la implementación de medidas para mejorar las condiciones sociales de vida. En un contexto democrático y de competencia multipartidaria, todos los partidos tendieron a buscar el voto de las clases asalariadas y para ello no dudaron en recurrir a propuestas de reforma social y previsional.

Entender cómo la UDN y el PSD pensaban los problemas de la seguridad social, supone partir del reconocimiento de que ambos partidos mostraban intereses económicos y sociales similares. Tanto el PSD como la UDN sostenían en sus programas que el desarrollo económico era la fuente para el bienestar social. Asimismo, ambos partidos señalaban la necesidad de reconocer derechos a la familia y al trabajador; en lo que respecta a este último: las remuneraciones, derecho a huelga, asistencia, salario, entre otros puntos (Chacón, 1998). La política de provisión de servicios universales (educación, salud, infraestructura y provisión de servicios básicos) también se encuentra en los programas, pero no así la noción de asistencia social. Ésta fue definida en líneas precedentes como el conjunto de políticas que tienen por objetivo compensar a los individuos que no pueden satisfacer sus necesidades materiales básicas por medio de las políticas de trabajo y la provisión de servicios universales. No hay referencias explícitas sobre este particular en ninguno de los programas partidarios, aunque el PSD establece en el punto 137 de su programa de 1945 la necesidad de ampliar los niveles de cobertura de la seguridad social:

Planificação e efetivação do seguro social, em termos amplos que garantam a todos contra as contingências naturais que causem privação ou considerável redução dos meios de subsistência, socorrendo-os, reabilitando-os ou amparando-os nas necessidades decorrentes de doença, acidente, invalidez, velhice, orfandade, viuvez, maternidade, natalidade e falta de trabalho, elevando-se progressivamente a pensão mensal do seguro até atingir o salário percebido nos últimos doze meses da plena atividade do segurado (Chacón, 1998: 440).

De la misma forma este punto podría estar contemplado en el apartado IX del programa de 1957 de la UDN:

A previdência social deve ser aprimorada com a efetivação dos seguros sociais, inclusive contra o desemprego, aplicação preferencial dos recursos nas fontes de arrecadação e contratação da assistência hospitalar com as Santas Casas e

instituições especializadas locais, objetivando o seu custo real e indispensável eficiência.

Os órgãos de previdência devem ser afastados da influencia política e dotados de recursos para o pronto atendimento de obrigações assistenciais.

Impõe-se a extensão da previdência social ao trabalhador do campo (Chacón, 1998: 462).

A lo largo del período 1946-1964 hubo en la Cámara de Diputados una gran cantidad de intervenciones de representantes de la UDN y el PSD respecto a cuestiones de carácter asistencial. Dentro de esa diversidad hemos fijado nuestra atención principalmente en dos cuestiones: el *Serviço Social Rural* y la *Fundação das Pioneiras Sociais*. Debemos recordar que la intervención del Estado en lo que respecta a la cuestión social se centró fundamentalmente en las zonas urbanas, más que en las zonas rurales. El propósito de anticiparse a las reivindicaciones concretas y contener las posibles agitaciones sociales que podrían emerger de las masas populares urbanas, permitió cierto avance en la materia. Mientras que el proceso de maduración de la legislación social extensiva al trabajador urbano tuvo raíces históricas en los movimientos de la clase obrera, los trabajadores rurales estuvieron más exentos en este proceso. Con la ampliación en la década del cuarenta de la legislación laboral por medio de la *Consolidação das Leis do Trabalho*<sup>12</sup> (1943), los trabajadores rurales obtuvieron algunos derechos como un salario mínimo, vacaciones, entre otros aspectos. Así también la Constitución de 1946 aseguraba al trabajador rural estabilidad en el empleo e indemnización en el caso de despido sin causa justa. Más allá de estos ejemplos, los avances de la seguridad social para estos sectores eran prácticamente nulos (Ferrante, 1976).

En los últimos años del gobierno de Dutra tuvo inicio en el Congreso una discusión en torno a la creación de un *Serviço Social Rural*. Según el diputado pesedista Galeano Paranhas el proyecto fue presentado el 11 de noviembre de 1948 por otro miembro del

---

<sup>12</sup> La *Consolidação das Leis do Trabalho* (CLT), vigente desde mayo de 1943, constituyó la reunión, coordinación y sistematización de la amplia legislación laboral producida después de 1930. Con ella se intentó organizar el caótico e incoherente proceso legislativo que había producido múltiples iniciativas en legislación laboral, sin preocuparse por su unidad interna. Entre los aspectos que fueron regulados se contaban las relaciones entre patronal y empleados, horarios, vacaciones, seguridad e higiene laboral. Simultáneamente, la CLT le aseguraba a la cartera de Trabajo una fuerte presencia en la regulación de la vida y conflictividad sindical de allí en adelante (CPDOC, 1997).

partido, el diputado Eduardo Duvivier (Diario del Congreso, 24 de mayo de 1949 y 16 de abril de 1951). El principal objetivo del *Serviço Social Rural* era prestar asistencia médica en zonas rurales del país. Sus recursos provendrían de las contribuciones de las empresas de seguros, del *Serviço Social de Indústria* y del *Serviço Social do Comércio*. Representantes de ambos partidos argumentaron a favor del proyecto apelando a la necesidad de dar solución a uno de los problemas más importantes de Brasil. En esta línea uno de los representantes del PSD paulista, Novelli Júnior, sostuvo la necesidad de la creación del *Serviço Social Rural* que tendría la tarea de asistir al trabajador rural y por lo tanto brindar una solución al mayor problema social del país:

A razão principal (...) reside na falta de Assistência por parte dos poderes competentes: assistência técnica, assistência financeira, assistência educacional e de assistência sanitária (...) De nada adiantará inverter todo o dinheiro do Banco de Brasil nas mãos dos homes que habitam o meio rural, se esses homens continuam fantasmas de gente, não tem saúde, nem resistência física para o trabalho produtivo (Diario del Congreso, 20 de junio de 1951).

En palabras de uno de los representantes de la UDN carioca, Tenório Cavalcanti, la asistencia es uno de los problemas más importantes de Brasil en lo que se refiere a la vida política, social y económica del país:

melhoramos as condições de vida do trabalhador rural e aumentando sua capacidade de realização, elevamos a produção (...). Grita-se todos os dias que nossa situação se agrava no campo da economia. Agrava-se muito mais no campo social, político (...) exatamente pela deficiência do amparo à terra e da proteção ao homem da lavoura (Diario del Congreso, 6 de abril de 1951).

Se destaca en los discursos la descripción del trabajador rural, como quien lleva a cabo un trabajo productivo para el país. En virtud de ello, la situación de estos trabajadores se lee en base a las repercusiones sobre el total de la economía. En otras palabras, se hace explícita la necesidad de atender las condiciones de vida de los trabajadores rurales para mejorar la productividad del sector, y por lo tanto, el crecimiento de la economía nacional.

En el caso de la *Fundação das Pioneiras Sociais*, la misma fue creada el día 22 de marzo de 1960 por medio de la ley n° 3.736. En el artículo 4to se hace mención a sus

objetivos: “assistência médica, social, moral e educacional da população pobre, em suas variadas formas, e as pesquisas relacionadas com suas finalidades”. La propuesta de esta ley estuvo a cargo del pesedista, Janduhy Carneiro. A diferencia del *Serviço Social Rural*, la discusión que giró en torno a la Fundación enfrentó en el Congreso al PSD y a la UDN. Cada uno de estos partidos apeló a distintos mecanismos para justificar su postura. El PSD lo hizo a través de la apelación a principios morales y religiosos, así como a la mención de las tareas realizadas por la esposa del presidente JK, Sarah Kubitschek. En palabras de Carneiro:

Toda essa vasta obra social e humana Sr. Presidente, realmente extraordinária, é fruto do espírito cristão (...) as ‘Pioneiras Sociais’ representam apenas um desdobramento para o âmbito nacional da ‘Associação das Voluntárias’ [sue] “missão (...) salvar mães de família, de poupar a vida de crianças, que também alfabetiza e educa, de aliviar e remediar os sofrimentos dos pobres, de promover a recuperação física, moral, espiritual e profissional da juventude brasileira, através de sua conhecida e livrada instituição filantrópica –as ‘Pioneiras Sociais’ (Diario del Congreso, 5 de octubre de 1959).

Por su lado, la UDN giró la discusión en torno al financiamiento que la ley le otorgaba a la institución, señalando su carácter privado. En palabras del diputado Menezes Cortes:

Interessante é que se refere à associação privada já existente e declarada de utilidade pública por decreto de executivo.

Convém relembrar à Casa, porque por certo os nobres colegas o conhecem, como surgiu esta entidade de assistência social. Surgiu no início deste governo. E pôr que? Simplesmente porque a Senhora do Sr. Presidente (...) não desejava continuar na atividade de organização criada em 1946, o clamada Organização das Voluntárias organização também privada, que nunca contou com qualquer auxílio de poder público. Há poucos dias, este plenário aprovou, pela primeira vez, emenda do Senado (...) ao Orçamento, dando a esta entidade uma subvenção.

E perfeitamente lícito que várias pessoas se reúnam numa entidade de assistência social (...) o que não parece razoável é que isso sirva de pretexto para carrear recursos da Fazenda Pública.

A assistência social em nosso País precisa ser cada vez mais bem organizada e dirigida, afastado-se daquele rumo que compreendemos, porque tem fundamento no espírito de fraternidade (Diario del Congreso, 4 de diciembre de 1959).

Mientras que la intervención pesedista apela a principios morales y religiosos para apoyar la sanción del proyecto de ley, el representante udenista presta mayor atención al financiamiento de la Fundación por medio de recursos del Estado. Para entender la posición de este udenista, es necesario, como sostiene Benavides (1981: 187), ir más allá del programa partidario que defendía la “justicia social y todas las medidas de amparo al trabajador”. La coherencia se encontraría, en tanto, con la línea tradicional del partido; la posición del partido en este sentido, deriva de dos preocupaciones principales: la “moralización” de la seguridad social y los altos costos que acarrearía para la economía nacional.

### Preguntas finales

Con este trabajo intentamos mostrar cómo la derecha udenista y pesedista abordó el problema de la asistencia social llevada adelante por el Estado brasileño. Inmersas en un contexto de época estos sectores dirigentes, como sostienen Falappa y Andrenacci (2009: 24) por deseo de imitar o replicar los patrones de seguridad desarrollados en Occidente, llevaron a cabo estrategias de ensayo y error en política social. Estas intervenciones a lo largo del período 1946-1964 distaron de ser regulares. Es por ello que nos interesa apuntar algunas cuestiones. En primer lugar: ¿se puede establecer una continuidad ideológica entre lo que la UDN y el PSD establecen en sus programas partidarios con respecto a la asistencia social y sus acciones desplegadas por sus representantes a lo largo del período? En segundo lugar, en lo que respecta al *Serviço Social Rural*, ¿por qué la UDN y el PSD impulsaron y apoyaron la intervención asistencial del Estado entre los trabajadores y sus familias? ¿Tendría más que ver con sus estructuras partidarias y los beneficios que este tipo de política le permitiría obtener, que con beneficios directos para esa población? En tercer lugar, para el caso de la *Fundação das Pioneiras Sociais*, la postura de rechazo que adoptó la UDN, ¿se debía al enfrentamiento con las figuras y las instituciones que pudieran encarnar el varguismo como JK o al miedo de una posible “peronización” de la asistencia social en Brasil?

Finalmente, ¿podría pensarse que la oposición udenista a la ampliación de la asistencia social y las reformas derivaba más de quiénes las impulsaban y en qué momento lo hacían que del contenido de las políticas en sí mismas? Este trabajo no espera responder a estas cuestiones –algunas más claras que otras– sino simplemente a formularlas para seguir pensando cómo la derecha –nucleada por la UDN y el PSD para el caso de Brasil–, interpretó, llevó adelante y se opuso a determinadas políticas asistenciales.

### ¿Cómo citar este artículo?

Rosana Martín, “La derecha brasileña y la política asistencial (1945-1964)”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Benevides, Maria Victoria de Mesquita (1976) *O governo de Kubitschek. Desenvolvimento econômico e estabilidade política 1956-1961*. Rio de Janeiro, Editorial Paz e Terra.

---- (1981) *A UDN e o Udenismo. Ambiguidades do liberalismo brasileiro*. Rio de Janeiro, Editorial Paz e Terra.

Carvalho, José Murilo de (1995) *Desenvolvimento de la ciudadanía en Brasil*. México, FCE.

Chacon, Vanireh (1998) *Historia dos partidos brasileiros*. Brasília, UnB, 3º edición.

Cohn, Amélia (1980) *Providencia social e processo político no Brasil*. São Paulo, Ed. Moderna.

CPDOC-FGV (1997) "A era Vargas - 1º tempo - Dos anos 20 a 1945", CD-Rom. Disponible en [http://www.cpdoc.fgv.br/nav\\_historia/htm/ev\\_apresentacao.htm](http://www.cpdoc.fgv.br/nav_historia/htm/ev_apresentacao.htm), visitado el 3 de abril de 2008.

Diário do Congresso de Diputados, varios años. Disponible en [www.camara.com.br](http://www.camara.com.br)

Dulci, Otávio Soares (1986) *A UDN e anti-populismo no Brasil*. Belo Horizonte, UFMG.

Falappa, Fernando y Andrenacci, Luciano (2009) *La política social en la Argentina democrática (1983-2008)*. Colección “25 años, 25 libros”, nº 25. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Biblioteca Nacional.

Fausto, Boris (2003) *Historia concisa de Brasil*. Buenos Aires, FCE.

Ferrante, Vera Lúcia Silveira Botta (1976) “O estatuto do trabalhador rural e o Funrural: ideología e realidade”. *Perspectivas. Revista de Ciências Sociais*, (1-1), UNESP. Disponible en <http://seer.fclar.unesp.br/perspectivas/article/viewFile/1490/1194>

Ferreira, Ana María Schiavinato (2001) *Transição democrática e pacto político. Estúdio comparativo do sistema partidário e eleitoral no Brasil e Argentina 1964-2001*. Brasília, UnB.

Flier, Patricia (2006) “Las organizaciones internacionales y las recomendaciones de política de seguridad social para América Latina: el caso de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social”, en Lvovich, Juan y Suriano, Juan (eds.) *Las políticas sociales en perspectiva histórica*. Argentina (1870-1952). Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo Libros, pp. 197-225.

Hippolito, Lúcia (1985) *De raposas e reformistas: o PSD e a experiência democrática brasileira (1945-1964)*. Rio de Janeiro, Terra e Paz, Coleção Estudos Brasileiros, vol. 85.

Lvovich, Daniel (2006) “Sindicatos y empresarios frente al problema de la seguridad social en los albores del peronismo”, en Lvovich, Juan y Suriano, Juan (eds.) *Las políticas sociales en perspectiva histórica*. Argentina (1870-1952). Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo Libros, pp. 135-167.

Malloy, James (1979) *A política da previdência social no Brasil*. Ed. Graal. Brasil.

Motta, Rodrigo Patto Sá (2002) *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*; São Paulo: Editora Perspectiva: FAPESP.

Olavo, Brasil (1983) *Partidos Políticos brasileiros do 45 a 64*. Rio de Janeiro, Biblioteca de Ciencias Sociales, Greal.

Pomar, Pedro Estevam da Rocha (2002) *A Democracia intolerante: Dutra, Adhemar e a repressão do Partido Comunista (1946-1950)*. São Paulo, Coleção Teses e Monografias.

Skidmore, Thomas (1975) *Brasil de Getúlio Vargas a Castelo Branco (1930-1964)*. Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra, 4º edición.

Souza, Maria do Carmo Campello de (1990) *Estado e partidos políticos no Brasil (1930 a 1964)*; São Paulo: Editora Alfa-Omega (ed. original de 1976).

Triches, Janete (1994) *As oligarquias dos partidos*. Brasilia, UnB.

Vazelesk Ribeiro, Vanderlei (2008) *Cuestiones agrarias en el varguismo y el peronismo. Una mirada histórica*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

# **Circulaciones sociales y enfrentamientos políticos en la Argentina de los '60-'70: ¿dinámicas, trayectorias y representaciones organizacionales más allá de la derecha (y de la izquierda)?**

Humberto Cucchetti

## **Los inicios: derechas e izquierdas en la Argentina de los '60-'70**

Me gustaría dar inicio a estas reflexiones con dos aclaraciones que marcan la distancia temática y espacial de mi aporte en relación al contenido del taller. Dicha explicitación refuerza incluso la importancia de debatir y discutir en este ámbito alrededor de algunas ideas existentes. Entonces, en primer lugar, actualmente mi investigación se desarrolla a partir de una comparación norte/sur sobre el eje nacionalismo y militatismo. Norte/sur involucra trayectorias organizacionales nacionalistas en Argentina, Francia y España. También, ya que como se puede apreciar es un proyecto a largo plazo, me interesa ampliar la cantidad de *casos nacionalistas* observados en Argentina justamente en el período del cual remitiré en mi exposición de hoy –explicaré en mi conclusión esta necesaria extensión de casos a reflejar en Argentina. Si el análisis comparativo, que incluye en bastantes casos los *transferts* entre modelos político-culturales de diferentes sociedades, se focaliza (justificadamente) en el presente Taller sobre el Cono Sur, el estudio de los nacionalismos en sociedades de diferentes enclaves continentales puede aportar otros datos igualmente esclarecedores. En segundo lugar, y vinculado específicamente a la problemática de las derechas, mi discusión se dirige más al clivaje en su conjunto que a la delimitación de una sola familia política o ubicación general en el tópico izquierda/derecha. Como pretendo mostrar, esta elección formó parte de un “resultado” de investigación: los datos empíricos que encontraban hacía difícil clasificar el objeto del cual hablaré en la familia de las derechas.

Estas diferencias no morigeran, sino al contrario, la importancia de este tipo de evento, y agradezco así a los organizadores del mismo, en especial a Ernesto Bohoslavsky, por la invitación. Más aún, las diferencias recién citadas entre mi presentación y la línea del taller refuerzan la posibilidad de discutir y problematizar determinados argumentos. El caso empírico que voy retomar, usualmente abordado bajo la denominación de *Guardia de Hierro*, y el área problemática de investigación al que remite, ofrece notables reflexiones y posibles cuestionamientos a los estudios sobre la derecha, las derechas y la relación entre derechas e izquierdas y puede contribuir en precisar la pertinencia (o falta de pertinencia) de dicho tópico espacial y la forma misma de explicación de lo político a partir del mismo.

Dicho esto, no voy a presentar, evitando cualquier sociologismo, una teoría general sobre “la” derecha. En cambio, me propongo realizar un cuestionamiento de cierta utilización, que yo denomino *partisana*, del clivaje. En esta utilización, la *derecha* asume un status peyorativo: calificar a alguien de derecha puede significar, al mismo tiempo, connotarlo negativamente, invalidar su posible autoridad discursiva en función de un –a veces supuesto– compromiso político. Asimismo, la idea de derecha puede operar como una enunciación exageradamente simplificadora de los conflictos políticos, generalizando particularidades que ocultan antagonismos internos (Poulat, 1977) entre actores fácilmente aglutinados. De este modo, la idea de derecha no da cuenta acabada de la realidad. Pero algo más complicado supone pensar acriticamente en la existencia de una derecha o de derechas. Si tomásemos, por ejemplo, el criterio operacional que utiliza Omar Acha para realizar su estudio sobre las izquierdas en el siglo XX en Argentina (Acha, 2009: 19), una historia de las derechas sería en Argentina virtualmente imposible. En efecto, si el criterio de abordaje y definición reposa en la auto-calificación *de derecha*, en la sociedad argentina las derechas parecerían una denominación frecuente con un actor prácticamente ausente. ¿Quiénes se han reclamado dicha herencia o asumido la representación de una *derecha* “auténtica”? El caso que presentaré fue acusado de *pertenecer a...* sin reclamar en ningún momento para sí la filiación pretendida por los adversarios o algunos observadores externos.

Me gustaría comentar y presentar ciertas dificultades que surgieron en mi investigación doctoral y, en la conclusión de este trabajo, formularé reflexiones más generales, dudas e inquietudes que pueden ofrecerse para continuar pensando el tema de las derechas. En relación a las circulaciones, trayectorias y representaciones sociales,

de un lado, y las dinámicas organizacionales en las décadas de 1960 y 1970, del otro, el estudio sobre Guardia de Hierro –organización que no era marginal a pesar de ser en gran medida desconocida en los relatos académicos– permite rehacer una comprensión más global sobre aquellos años. La reconstrucción de este caso, adelantando una conclusión, hace posible objetar cierto relato que explica los acontecimientos políticos a partir de la presencia esclarecedora de un doble linaje: revolucionario vs. no-revolucionario (tildados en ocasiones de reformistas, ortodoxos, incluso reaccionarios) e izquierda vs. derecha.

### **Guardia de Hierro, FEN, Trasvasamiento Generacional: ¿obstáculos empíricos o académicos?**

Guardia de Hierro, en efecto, es la denominación común y espontánea de un conjunto de tejidos organizacionales y procedencias individuales que se unificaron a partir de 1971-1972 en la Organización Única del Trasvasamiento Generacional (OUTG). La OUTG, asimismo, tendía a firmar sus consignas desde una doble pertenencia organizacional con origen universitario: FEN-OUP –la primera sigla en alusión al Frente Estudiantil Nacional, la segunda a la Organización Universitaria Peronista, brazo universitario de Guardia de Hierro. Ciertas percepciones periodísticas y *relatos adversarios* ven en Guardia de Hierro una de las expresiones de la derecha peronista (Tarruella, 2005). Aquí la idea de derecha hace inteligible el recorrido de la organización y de los actores. En esta misma filiación, el nombre del grupo, cuyo antecedente procede del universo nacionalista rumano, sería otro elemento de inteligibilidad.

Así, ciertos obstáculos aparecen al momento de abordar un tema inexplorado. Uno de ellos tiene que ver con el propio desconocimiento del tema cuyo silenciamiento exigiría un análisis particular, y la existencia de un *relato adversario militante* que manifiesta un rechazo hacia este caso. Si adherir a la perspectiva de los actores-protagonistas puede ser improductivo en términos de sociológicos, la reconstrucción de la vida y decisiones de esos mismos protagonistas retomando las perspectivas antagonistas no podrá conducir a afirmaciones históricas y sociológicas plausibles. Tales connotaciones evidencian conflictos de memorias sobre aquellos años en los mismos medios académicos. En una dirección similar se manifiesta la creencia que el objeto *Guardia de Hierro*, mucho menos visible que las redes y actividades de los *partidos*

*armados*, es ilegítimo ya que no habría alcanzado en su momento de mayor esplendor relevancia histórica. Poco clara en sí, la idea de “relevancia” parecería fijada y reducida a las formas violentas y paroxísticamente espectaculares de la politización durante aquellos años y excluiría, en este sentido, otros criterios de adhesión y participación juvenil y generacional en la política, en particular la desarrollada en el movimiento peronista.

Entonces, ¿qué hacer con esta “derecha”? No abordaremos en este momento todo un tema de reflexión, a saber el carácter refractario que de por sí presenta el peronismo en general a una comprensión típica en términos de izquierda/derecha (Buchrucker, 1999). El trabajo empírico podía ser, en el momento de iniciar mi investigación, el medio satisfactorio de encontrar una solución a los obstáculos sin caer en definiciones esenciales ni en teoricismos. La definición metodológica intentaba, por un lado, recuperar avances metodológicos y concretos realizados por la historiografía (James, 2004; Joutard, 1995 y 1999; Burke, 1980; Ginzburg, 1976, 1991; Torre, 1990 y 2004; Amaral y Plotkin, 1993; Romero, 2007). Por otro lado, desde un punto de vista sociológico y extendiendo las estrategias de investigación en sociología histórica, los métodos cualitativos, en particular haciendo hincapié en las biografías militantes, brindaban la oportunidad de rehacer caminos políticos en el peronismo de la segunda mitad del siglo XX (Ferrarotti, 1983; Forni-Gallart-Vasilachis, 1992; Mallimaci, 1992; 1996). Los relatos fueron completados y triangulados con fuentes escritas que pude ir encontrando a lo largo de la investigación.

### **Trayectorias, relatos y representaciones**

Relatos biográficos y documentos (prensa militante, panfletos, diseños reglamentarios de la actividad política, noticias en otros medios gráficos o publicaciones políticas) hicieron posible una reconstrucción a largo plazo de las trayectorias individuales y de las organizaciones, de las representaciones y recorridos de los actores, en definitiva, de la vida de las organizaciones y los derroteros anteriores y posteriores de sus miembros. En el largo plazo biográfico aparecen elementos novedosos que nutren de nuevos datos a una sociología de las elites democráticas, las transformaciones en el peronismo, el problema de la secularización y la conversión religiosa, etc. (Cucchetti, 2011). Sin embargo, no me detendré en todo el período biográfico de los actores

concentrándome, en cambio, en un momento particular, los decenios de 1960 y 1970, lo cual nos brinda pistas para re-comprender esos años y ampliar el conocimiento histórico.

A partir de algunos relatos recopilados en entrevistas, en obras autobiográficas, escritos personales y revistas militantes, podemos decir que la Guardia de Hierro nace como un desprendimiento del Comando Nacional de la Resistencia Peronista liderado por César Marcos y Raúl Lagomarsino. En algún momento no muy definido cronológicamente de 1961 y 1962 formó esta organización un grupo reducido de jóvenes resistentes peronistas que buscaban crear un espacio autónomo de militancia, diferenciándose de los viejos dirigentes de la llamada *resistencia* así como de los pares de la *primera juventud peronista*. En la formación de Guardia de Hierro confluían no sólo *peronistas de origen* sino además ex comunistas y ex anarquistas. Los unía una militancia territorial, “de vez en cuando un ñoca”, según un entrevistado, y los vínculos sindicales con los “gremios combativos” –por ejemplo, el sindicato de Farmacia de Jorge Di Pasquale, o la presencia del sindicalista anti-vandorista Héctor Tristán. Algunos de ellos habían ya participado en la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre –fines de 1958, principios de 1959.

El nombre constituye uno de los tantos enigmas en la historia de la organización. Una versión radica en las connotaciones militantes del mismo y la función del grupo en el peronismo: ser la Guardia de Hierro de Perón. Pero al mismo tiempo se habría adherido a tal nombre para evitar las acusaciones de trotskistas:

Mirá, por varias razones, hay algunas periféricas. Las razones periféricas son que era un nombre para golpear, para diferenciarse y también un homenaje a la legión del Arcángel San Miguel, que había sido víctima de las amenazas y también de los comunistas. Estaban como nosotros, en medio de todos estos hijos de puta. Pero había otra razón, y yo nunca dije, que fue lo que nos movilizó. Nosotros veníamos del Comando Nacional, y el vandorismo y el nacionalismo adentro nos acusaba de trotskistas, cosa que no negaban los frondicistas (...). Entonces el nombre nos cubría. Por eso cuando a mí me dicen: “*usted era de izquierda*”, ¿izquierda de qué? (Entrevista a Alejandro Álvarez, 2005).

Sin llegar a determinar la plausibilidad mínima del nombre, y si en esa época el fundador de Guardia de Hierro, Alejandro Álvarez, pensaba en un secreto homenaje a la

Guardia de Hierro rumana, la diferenciación con respecto a la acusación de “ser de izquierda” tiene un asidero importante. En efecto, el dirigente peronista pasado al frondicismo Ramón Prieto (1963) acusaba en *El Pacto* a los jóvenes activistas del Comando Nacional que confluían en la fundación de Guardia de Hierro: *anarcosindicalistas, enceguecidos de la violencia, sectarios, insurreccionalistas*.

Algunos relatos sostienen que durante la década de 1960, en los niveles de conducción de la organización, se leían los escritos de Cornelius Cordreanu, fundador de la homónima rumana. Esta lectura no parece haber sido incongruente, al menos para los actores, con la recuperación de fuentes maoístas. La *organización de cuadros* era el elemento organizativo disciplinado que sucedía al movimiento de masas, agregándose esta concepción a la idea de cuño maoísta que preconizaba una guerra prolongada con arraigo en las masas. Las organizaciones de militantes podían realizar estas lecturas a nuestros ojos heteróclitas. ¿Cuál era la conexión de sentido que unía tales fuentes? Si ampliamos la mirada e incluimos un abanico extenso de propuestas radicales, a veces hostiles entre ellas como el debate entre insurreccionalismo y foquismo, podemos ver que en la reaprehensión de autores como Cordreanu, Ernesto Guevara, Régis Debray, Mao-Tsé-Tung, Frantz Fanon, José Antonio Primo de Rivera, etc., se intentaba responder a la pregunta sobre la relación entre el partido revolucionario, la transformación social-radical y la sociedad en su conjunto. En otras palabras, fuentes teóricas que pueden parecer “irreconciliables” o “heterogéneas” alimentaban diferentes *teorías del compromiso* y determinaban qué rol debía asumir el “militante revolucionario”.

En su particularidad como organización peronista, ¿qué quería Guardia de Hierro? Diremos básicamente que su planteo, reflejado en la revista *GH*, se pergeñaba en el regreso de Perón “a la Argentina y al poder” a través de la *guerra revolucionaria de masas*. En este contexto político, aniquilar la “antipatria”, en especial la “traición” neoperonista y vandorista, se erigía como un objetivo primordial (Anónimo, 1966), aniquilación de dirigentes sindicales que años después terminó consumando Montoneros. Un encuentro de la conducción de Guardia con Perón en 1967 es utilizado como argumento para justificar el no-ingreso en la lucha armada. La comitiva, encabezada por Alejandro Álvarez, le habría solicitado al líder en su residencia de Puerta de Hierro la facilitación de contactos para promover el entrenamiento militar de la organización. Perón habría sido reacio a la propuesta de sus seguidores y, finalmente, les

habría indicado que la tarea de ellos debía ser la “retaguardia”, el trabajo político en los sectores populares y en los barrios. Independientemente del testimonio ofrecido, profundizó entonces una visión no armada del trabajo político. Guardia de Hierro amplió una línea comenzada pocos años antes, ensanchando las bases de reclutamiento de militantes y promoviendo una implantación político-territorial. El encuentro con el FEN, que se inicia en 1971, se explica dentro de tales objetivos.

En el Frente Estudiantil Nacional abrevaban otras singularidades. Responde generacionalmente a una camada de jóvenes y estudiantes universitarias sin raigambre en el peronismo. El FEN llegó a ser una federación que agrupó a diferentes agrupaciones universitarias. El contexto de politización de los campos (Sarlo, 2001), en particular el universitario pero también el religioso, atravesó dichas organizaciones. La presencia del FEN era fuerte en Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Mar del Plata y Mendoza, por citar sólo algunas de las ciudades donde tuvo asiento. Uno de sus fundadores, Roberto Grabois, de orígenes judíos y proveniente del socialismo, rompió con el Partido Socialista Argentino. Muy cercano a intelectuales guevaristas tuvo, por diferentes razones, una visión contraria a la hipótesis del “foco”. Sus diferencias con el guevarismo lo llevan a ver en las formas nacionales la “solución política” a adoptar. Para citar algunos casos, en el la Línea Nacional Mendoza (LN), agrupación local vinculada al FEN, uno de sus dirigentes y creadores, Roberto Roitman, es también de orígenes judíos. Según su relato, “la lectura de Martin Buber me llevó a Perón”. Roitman reivindica la participación de la LN en las jornadas de protestas conocidas como el “Mendozazo”:

Y en esos días tenemos una reunión de la conducción de la Línea Nacional para ver qué hacemos. Y decidimos encabezar la lucha. Bajamos y nos pasó por arriba la manifestación pero no sabés cómo. Así quedó la vanguardia esclarecida... Muy bueno. Un baño de humildad nunca viene mal (entrevista a Roberto Roitman, 2009).

En muchos casos se trató de jóvenes provenientes del “catolicismo de la liberación”. Una entrevistada nos manifestó lo importante que había sido para ella la experiencia en los Campamentos Universitarios de Trabajo del padre José Llorens. En el caso mendocino, había fuertes contactos con el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un futuro dirigente político, en esos años joven socializado en un colegio

católico, manifestó su temprano interés por el siloísmo<sup>13</sup> y la renovación de ideas católicas. En su momento, fue tentado para ingresar en la organización Montoneros. En definitiva, hablamos, para muchas situaciones, de “nuevos peronistas”, jóvenes provenientes de familias donde se había vivido dicho movimiento político con una marcada hostilidad. La peronización de los hijos de estas familias pudo significar acontecimientos conflictivos. Los “nuevos militantes”, recién llegados, involucraban con el mismo nivel de intensidad una peronización radical, en nombre de la necesidad de liberación nacional, y el reconocimiento de que eran portadores de un peronismo sin linaje.

El caso de Guardia de Hierro y del FEN, que participaron de diferentes olas de protestas sociales o reivindicaciones acérrimas de la lucha política, muestra a su vez un derrotero que no llega al foquismo –antes bien, se pudo definir en gran medida como anti-foquista. Esto confirma que la lucha armada no absorbió el militantismo político revolucionario de los decenios de 1960 y 1970. Por diferentes caminos, a veces paradójicos, dichas redes no llegaron a la formación de *partidos armados*. La relectura memorial termina en muchos casos transformando la necesidad en virtud y el no paso a la violencia se significa como una opción casi natural –lo cual constituye un claro anacronismo por parte de los actores. En su momento, la violencia formaba parte de opciones posibles y cercanas. La aparición de Montoneros y las competencias organizacionales para obtener mayores lugares de poder devino en posicionamientos especulares. A mayor auge de Montoneros, las redes peronistas de jóvenes militantes contrarias a dicha organización más insistirían en el anti-montonero y en presentar la línea militar de ésta como el producto de una infiltración –calificada abiertamente de marxista a partir de 1973.

Entre 1971 y 1972, Guardia de Hierro y sus organizaciones vinculadas, y el FEN, con sus agrupaciones universitarias locales, formaron la OUTG como *congregación fidelista* (las referencias teóricas de esta interpretación histórica pueden encontrarse en Séguy, 1977; Duverger, 1951): el apoyo a Perón estaba inextricablemente unido al rechazo a Montoneros. En su momento, la OUTG era calificada, por los otros, como “peronistas ortodoxos”, en alusión a la lealtad a Perón y en defender banderas calificadas de “tradicionales” por ciertos sectores auto-proclamados de izquierda. Esa ortodoxia, vale

---

<sup>13</sup> El siloísmo fue un movimiento humanista con fuerte presencia en Mendoza liderado por Mario Rodríguez Cobo.

aclarar, incluía la asunción de una identidad “revolucionaria” que sus portadores juzgaban como “auténtica”. Para este caso, ¿la idea de derecha resulta esclarecedora? ¿Constituye una hipótesis heurística? Los actores mismos parecen no tener problemas en asumir virtuosamente que “en comparación a la [Concentración Nacional Universitaria] CNU y López Rega, estábamos a la izquierda, y en comparación a Montoneros, a la derecha” (Entrevista a Alfredo, 2004). Sin embargo, los relatos de los actores, las trayectorias individuales, los recorridos efectuados y las redes sociales que fueron el caldo de cultivo de la militancia juvenil de aquellos años, más que hablarnos de una bipartición de lo político entre izquierda y derecha, nos remite a una *nebulosa militante*.

Las trayectorias de los actores muestran una fuerte proximidad con trayectorias de militantes Montoneros –relaciones de amistad, parentesco, alianza, círculos de sociabilidad comunes y directos. La explicación no se centra en un simple “lugar del agente en la estructura productiva” sino en los lazos concretos y directos de las relaciones sociales. En ese marco, un joven con inclinaciones políticas podía verse tentado de ingresar a diferentes organizaciones, pasar de una a otra, o recorrer círculos y proto-organizaciones dentro de un abanico diverso, dinámico y próximo: agrupaciones universitarias, círculos de reflexión intelectual, publicaciones, reuniones y discusiones en bares, parroquias, experiencias de compromiso social, participación en jornadas de protesta, discusiones sobre los vínculos “intelectual comprometido/pueblo”, formas de inserción en medios obreros y populares. Vale decir que esta *nebulosa* no resiste la polarización y el clima de antagonismo que marcó el ascenso de Montoneros, su disputa con Perón y el incremento de la violencia en un contexto democrático, polarización y antagonismos que contribuyeron a crear la visión de las organizaciones como bloques cerrados, unidos sólo por una lógica de aversión. Sin embargo, la gestación del militantismo revolucionario fue algo menos evidente de lo que aparece en ciertas explicaciones (ver por ejemplo, Pozzi, 2000; Marín, 1996).

Convendría al mismo tiempo especificar el caso de la vida política de la OUTG en relación a otras organizaciones que en la misma época compartían con ella un exaltado anti-montonero. Tomando criterios de análisis de la *implantación partisana* como la *base social de composición* –enclaves reales y concretos de la procedencia de los militantes– y *las regiones y zonas de influencia*, podemos decir que dicha base socio-geográfica tiende, en el caso señalado, a ser el mismo que de numerosas redes de la

Tendencia Revolucionaria del peronismo. Si los adherentes concretos que a través de esta última llegaron a identificarse con los Montoneros fueron superiores en cantidad de efectivos que los de la OUTG, ésta llegó a tener una presencia significativa en importantes ciudades del país. Las relaciones entre sus miembros y militantes montoneros no fueron, a la luz de relatos encontrados, para nada despreciables. En este balance, puede decirse que fueron diferentes los tejidos sociales y enclaves concretos de otras organizaciones enemigas de Montoneros. Un análisis al mismo plano de diferentes trayectorias militantes es toda una tarea a realizar y ella deberá incluir el rastreo de casos todavía no vistos rigurosamente, como el Comando de Organización (CdeO) –con una base social más plebeya y con presencia en sectores del conurbano bonaerense–, la Concentración Nacional Universitaria –con fuerte presencia en la carrera de derecho de la Universidad de Mar del Plata, en algunos casos con miembros vinculados familiarmente a militares de la Aeronáutica–, los Comandos Tecnológicos –allí sobresale la figura de Julián Licastro, compuesta por universitarios con proyección de “cuadros políticos”, de los que emergieron figuras como Carlos Grosso y José Octavio Bordón–, el Encuadramiento de la Juventud Peronista (DEMETRIOS) –con el liderazgo de ex militantes trotskistas. Sus retiros espirituales en la isla del Tigre evidencian el sentido sacrificial que tenían de la vocación política: en su último libro, Bárbaro (2009) relata un acontecimiento *vox populi* entre los militantes de esos años.

Entonces, rehacer trayectorias sociales de la OUTG contribuye a llenar algunas de las lagunas que existen sobre las décadas de 1960 y 1970. A partir de allí podemos decir que, en sus antecedentes organizacionales, no sólo habían compartido el *ethos insurreccional* del decenio de 1960 sino que incluso habían anticipado las características urbanas que debía adquirir la lucha armada (Cucchetti, 2010)<sup>14</sup>. Asimismo, un rasgo común en el militantismo de la época consistía en atribuirle a la organización un carácter paroxístico. El individuo, al mismo tiempo, también tenía una significación elevada: como sostenía un líder juvenil peronista, el militante debía ser formado para devenir en “cuadro político-revolucionario” (Licastro, 1971). La sacralización tanto del individuo como de la organización, engranajes “consagrados” para la lucha política, ¿puede ser pensada como un rasgo de derecha... o de izquierda?

---

<sup>14</sup> En las discusiones sobre el guevarismo y la idea de foco, Alvarez había insistido en el carácter urbano de la lucha revolucionaria y de la insurrección popular.

## Reflexiones finales

Hasta aquí lo particular. Algunas reflexiones generales pueden ser realizadas para analizar el caso propuesto en una perspectiva más amplia. Raymond Aron (1955) reconocía los riesgos de criticar la vigencia de la oposición izquierda/derecha retomando la frase del filósofo radical Alain (seudónimo de Emile Chartier) que después, con leves modificaciones, asumió Emmanuel Mounier. Cuestionar la validez del clivaje izquierda/derecha y señalar los límites de esta modalidad de explicación de la vida política, ¿reenvía necesariamente a una soterrada identificación con características de derecha? Mi intención no consiste en objetar el clivaje en sí, tarea imposible de realizar a partir de una única investigación, sino en señalar su utilización abusiva y simplificadora cuando no conformista –si ubicar a alguien en *la derecha* supone descalificarlo, a la inversa, el posicionamiento en *la izquierda* puede resultar para determinados intelectuales una forma de auto-legitimación que ratifica en gran medida la vigencia de actitudes conformistas y de un progresismo auto-complaciente. En relación a la época aludida, un desafío actual consiste, por mi parte, en ampliar la base de testimonios y biografías que provienen del militanteismo de esos años. Si podemos analizar al mismo nivel casos diferentes podremos reconocer la naturaleza de las diferentes particularidades políticas y no caer en los relatos militantes que valoran los antagonismos de la época a partir de categorías morales. Diferentes casos, sean organizaciones aún inexploradas, sean trayectorias individuales *incómodas* –esas que ponen a la luz cómo fueron nutridas diversas experiencias políticas a partir de la trayectoria de sus actores, los pasajes de *izquierda* a *derecha* o su camino inverso, las proximidades diversas entre individuos de diferentes facciones–, las solidaridades soterradas entre proyectos que supuestamente se relacionan a partir de una aparente aversión manifiesta, las influencias heteróclitas y jamás claras ni unívocas que alimentan la vida política *partisana*.

La pregunta puede formularse de la siguiente manera. Descartando de plano la validez teórico-interpretativa de las relecturas *virtuosas* del pasado político, si hablar de *derecha e izquierda* tiene aún sentido, y no sólo para remitir a las realidades posteriores al hundimiento de las sociedades comunistas-soviéticas, sino para releer dinámicas de décadas anteriores, ¿puede significar ese sentido pensar las posiciones espaciales como bloques delimitados? ¿Pueden considerarse dichos elementos como antagonistas

viscerales, ubicados en campos completamente heterogéneos? ¿Es tan claro identificar a los actores de uno y de otro? ¿Son lineales las trayectorias de los hombres y mujeres, de las organizaciones e ideas que podría definirse inmutable e inteligiblemente qué se encuentra de un lado y qué del otro? Agreguemos otros interrogantes lindantes, que complejizan cualquier abordaje: ¿qué sucede a nivel de sistema político cuando nos encontramos con un *centro* o una *conjunción de centros* (Duverger, 1964)? Esto es, si los comportamientos políticos se establecen en función de la proximidad a un centro y, contrariamente, de la proximidad a los extremos, ¿el carácter dominante de la explicación estriba en la ubicación *izquierda/derecha* o en el antagonismo *centro/extremo*?

Todas estas preguntas parecen en gran medida retóricas, pero las respuestas concretas, es decir, en función de problemas específicos de investigación, lo son bastante menos. Algunas soluciones alternativas. Podemos citar la propuesta, válida para el caso francés y al menos durante algún período, de *las derechas*. René Rémond pluralizó el problema haciendo posible otros enfoques para encontrar dinámicas históricas específicas a cada familia (Rémond, 1954; 2005). Siempre existe, por otro lado, la posibilidad de abordar los objetos a partir de las denominaciones políticas y pensar como *derecha* todo actor que se identifique con esta tradición –lo cual, como dijimos previamente, puede dar algunos resultados decepcionantes que no dejan de tener significado histórico. Otra estrategia consiste en los estudios de sociología electoral analizando cuerpos de votantes, valores cuantitativamente formulados. Finalmente, y para citar sólo algunos de los atajos epistemológicos posibles, concentrar la atención en los métodos de las organizaciones políticas puede contribuir a sostener que el elemento específico no se encuentra en el carácter espacial del mundo político sino en la metodología propuesta por los actores, su radicalidad, sus posibles acentos teológico-políticos (Sternhell, 1978). En esta última dirección se ha orientado una gran parte de los argumentos ofrecidos en esta intervención.

### **¿Cómo citar este artículo?**

Humberto Cuchetti, “Circulaciones sociales y enfrentamientos políticos en la Argentina de los ’60-’70: ¿dinámicas, trayectorias y representaciones organizacionales más allá de la derecha (y de la izquierda)?”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento. Los Polvorines. 2011.

- Acha, Omar (2009) *Historia crítica de la historiografía argentina*, Vol. 1 “Las izquierdas en el siglo XX”, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Amaral, Samuel y Plotkin, Mariano (1993) *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro.
- Anónimo (1966) “Proceso a la Traición”, *Revista Guardia de Hierro. La Argentina será grande o no será*, 5, enero.
- Aron, Raymond (1955) *L’opium des intellectuels*, Paris, Pluriel, 2002.
- Bárbaro, Julio (2009) *Juicio a los 70. La historia que yo viví*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Buchrucker, Cristian (1999) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Burke, Peter (1980) *Sociología e historia*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Cucchetti, Humberto (2010) “Socialización intensiva y violencia en el peronismo: el problema de la lucha armada en Guardia de Hierro”, *Anuario de Lucha Armada*, Buenos Aires.
- (2011) *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Buenos Aires, Prometeo Bicentenario.
- Duverger, Maurice (1951) *Les partis politiques*, Paris, Armand Colin, 1981.
- (1964) «L’eternel marais. Essai sur le centrisme français », *Revue française de science politique*, (14-1), París.
- Ferrarotti, Franco (1983) *Histoire et histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales*, Paris, Librairie des Méridiens.
- Forni, Floreal, Gallart, María y Vasilachis, Irene (1992) *Métodos cualitativos. La práctica de investigación*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Ginzburg, Carlo (1976) *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Ediciones Península, 2001.
- (1991) *Le juge et l’historien. Considérations en marge tu procès Sofri*, Torino, Editions Verdier.
- James, Daniel (2004) *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial.
- Joutard, Philippe (1995) “El testimonio oral y la investigación histórica francesa: ¿progreso o declive?”, *Historia y fuente oral*, 14, Barcelona.
- (1999) *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Licastro, Julián (1971) “El poder es el todo... el gobierno sólo una parte”, *Las Bases*, Nº 2, 7 de diciembre.
- Mallimaci, Fortunato (1992) “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”, en Forni, Floreal y otros, *500 años de cristianismo en Argentina*, Buenos Aires, CEHILA- Nueva Tierra.
- (1996) “Catolicismo y militarismo en Argentina (1930- 1983)”, *Revista de Ciencias Sociales*, 4, UNQuilmes.
- Marín, Juan Carlos (1996) *Los hechos armados. Argentina 1973- 76. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2007.
- Poulat, Emile (1977) *Eglise contre la bourgeoisie, Introduction au devenir du catholicisme actuel*, Paris, Casterman.
- Pozzi, Pablo (2000) “Por qué el ERP no dejará de combatir. El PRT-ERP y la cuestión de la democracia”, en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *De la revolución libertadora al menemismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003.
- Prieto, Ramón (1963) *El Pacto. Ocho años de política argentina*, Buenos Aires, En marcha.
- Rémond, René (1954) *Les droites en France*, Paris, Aubier, 1982.
- (2005) *Les droites aujourd’hui*, Paris, Éditions Louis Audibert.
- Romero, Luis Alberto (2007) “La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión”, en Anne Pérotin-Dumon (dir.), *Historizar el pasado vivo*, Santiago de Chile, Edición electrónica.
- Sarlo, Beatriz (2001) *La batalla de las ideas (1943- 73)*, Buenos Aires, Ariel Historia.

Séguy, Jean (1977) «Sattler et Loyola, ou deux formes de radicalisme religieux au XVI<sup>e</sup> siècle », en Séguy, Jean, *Conflit et utopie, ou réformer l'Église. Parcours wébérien en douze essais*, Paris, Les Éditions du Cerf, 1999.

Sternhell, Zeev (1978) *La droite révolutionnaire. 1885- 1914. Les origines françaises du fascisme*, Paris, Gallimard, 1997.

Tarruella, Alejandro (2005) *Guardia de Hierro. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Sudamericana.

Torre, Juan Carlos (1990) *Perón y la vieja guardia sindical. Los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Torre, Juan Carlos (2004) *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina, 1973- 1976*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

## El nacionalismo argentino: observaciones teórico-metodológicas a partir del caso de *Azul y Blanco* (1956-1961)

María Valeria Galván

En el período inmediatamente posterior a la caída de Perón se desencadenó una serie de cambios en diversas corrientes de pensamiento que, en última instancia, acabarían por generar importantes transformaciones de las identidades políticas tradicionales (Altamirano, 1992; Sarlo, 2001; Terán, 1993 y 2008; Sigal, 2002; Spinelli, 2003; Neiburg, 1988). El nacionalismo no permaneció ajeno a este proceso. Como sostienen algunos autores, el nacionalismo se vio atraído hacia el polo definido por la cuestión peronista. En este contexto, el descubrimiento por parte de los actores políticos de la época de una mayoría política sin representación llevó también a los nacionalistas a replantearse sus posturas tradicionales en torno a la democracia, el pueblo y, finalmente, el peronismo mismo (Fares, 2007 y Melon Pirro, 2009). Al igual que ocurrió con otras corrientes ideológicas, el nacionalismo sufrió modificaciones fundamentales en estos años, pero –a diferencia de lo ocurrido con el campo de la izquierda– los cambios de concepciones suscitados en el nacionalismo no han sido debidamente estudiados. Pese al silencio de la historiografía respecto de las transformaciones experimentadas por el campo del nacionalismo argentino inmediatamente después de la caída del segundo gobierno de Perón por el golpe autodenominado “Revolución Libertadora”, éstas se pueden rastrear en las páginas de la principal publicación política de aquella época, el semanario dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo, *Azul y Blanco* (AyB). Al menos esa es la hipótesis principal de mi investigación doctoral en curso titulada “Publicaciones periódicas nacionalistas de derecha: las tres etapas de *Azul y Blanco* (*Azul y Blanco* 1956-1960, *Segunda República* 1961-1963, *Azul y Blanco* –segunda época– 1966-1969)” en donde se enmarca el presente trabajo.

Al intentar comenzar a rastrear la huella dejada por la problemática peronista entre los nacionalistas en el discurso de *AyB*, se presentaron tres problemas de índole teórico-metodológico. El primero de ellos remite a la pregunta más básica: ¿por qué observar el nacionalismo de este período a través del discurso del semanario *AyB*? Es decir, ¿basta con la popularidad del semanario para justificar su representatividad?, ¿era reconocido como representativo también por los actores contemporáneos a él? En segundo lugar, surge el interrogante ineludible acerca de la especificidad histórica del problema de acceder al discurso nacionalista desde *AyB*. En este sentido, este problema llama la atención acerca de la relevancia analítica de este semanario en particular, considerado en su contexto histórico, más allá de las generalidades que justifiquen el uso de publicaciones periódicas para estos fines. Finalmente, se presentó el problema de los prejuicios propios acerca de la tradición de pensamiento nacionalista. Este último punto hace referencia específicamente a la cuestión planteada más arriba sobre las falencias de la literatura sobre el nacionalismo en este período. En ella predomina una tendencia a pensar las ideas nacionalistas como un bloque homogéneo, desligado de las prácticas, invariable y ahistórico y esto, a su vez, conlleva el riesgo de considerar los aparentes cambios discursivos –en el mejor de los casos– como cambios ideológicos. La diferencia entre uno y otro es constitutiva de la llamada “nueva historia intelectual”, la cual redefine el objeto de la vieja historia de las ideas, en la medida en que se concentra en el estudio de los lenguajes políticos.

Los lenguajes políticos determinan lo que es pensable o no en un determinado momento histórico y esto no se reduce al plano de las ideas, ya que un mismo lenguaje puede atravesar diversas ideologías, como también cambios y contradicciones en una misma ideología. Determinar las transformaciones en el plano de los conceptos o lenguajes implica traspasar el plano de las ideas y observar la dimensión pragmática de los discursos, sus condiciones de enunciación. De este modo se podrá definir un vocabulario político común a los actores de una misma época. Una vez resuelto este paso, se podrá diferenciar si los aparentes cambios discursivos de los nacionalistas de *AyB* respecto de sus antecesores ideológicos son efectivamente cambios ideológicos o si meramente

responden a un fenómeno más amplio ubicado en el plano de los lenguajes políticos. La resolución de esta incógnita obligará, entonces, a recurrir a las herramientas teóricas de la nueva historia intelectual (cf. Palti, 1999; 2007 y 2009), basada en los trabajos de Quentin Skinner, J. G. A. Pocock (escuela inglesa), Reinhart Koselleck (*Begriffsgeschichte*), Michel Foucault y Pierre Rosanvallon (nueva historia política francesa).

En este sentido, el presente texto pretende dar cuenta particularmente de las dificultades teórico-metodológicas encontradas en la primera aproximación al discurso de *AyB* en su etapa inicial definida entre su fundación (1956) y su clausura (1960). A partir de este objetivo se buscará indagar en torno a tres interrogantes principales. El primero de ellos busca ahondar desde algunas herramientas teórico-metodológicas básicas en la hipótesis principal de la investigación, es decir, en la justificación del análisis de este período del nacionalismo desde el discurso de *AyB*. El segundo, por otra parte, intenta ir un poco más allá y delinear históricamente la especificidad del problema de acceder al discurso nacionalista desde esta publicación en particular. Finalmente, se intentarán explicar en el último punto los principales inconvenientes encontrados, debido a una idea errónea sobre el nacionalismo como tradición de pensamiento.

### **¿Por qué observar al nacionalismo argentino en este período desde las páginas de *AyB*?**

*AyB*, fundado y dirigido por conocidas personalidades del campo nacionalista del período, salió a la calle por primera vez en junio de 1956. Desde su primer número, el semanario se caracterizó por una retórica fuertemente crítica del gobierno de facto del general Pedro E. Aramburu de la autodenominada “Revolución Libertadora”. Los fundadores de esta revista se reconocían partidarios del recientemente derrocado general nacionalista Lonardi (Beraza, 2005). Así, el grupo *AyB* adscribía ampliamente a un nacionalismo no confesional con “voluntad conciliatoria” respecto del peronismo (*AyB*, 6, 13, 20 y 27 de junio de 1956). Progresivamente las páginas del semanario dejan ver cómo

estos intelectuales nacionalistas acrecentaban las filas de actores políticos de la época que aspiraban a representar a la mayoría peronista que, habiendo sido despojada de su líder con el golpe de 1955, había quedado excluida del juego político legal.

En este sentido, el semanario se caracterizó por defender siempre una postura clara frente a los principales acontecimientos políticos del período, primero durante la presidencia de Aramburu y posteriormente en la de Arturo Frondizi. Respecto de este último –luego de un tibio apoyo inicial que se resquebrajó rápidamente con la firma de los contratos petroleros– *AyB* se ubicó nuevamente entre los opositores al gobierno y la dureza de sus constantes críticas a la política frondicista le valió finalmente el cierre y el encarcelamiento del director en 1960<sup>1</sup>.

Con el endurecimiento de las restricciones simbólicas y de la represión a peronistas, *AyB* se había erigido ante la opinión pública de la época como una de las pocas publicaciones opositoras al régimen de facto de Aramburu (Melon Pirro, 2002). Uno de los principales beneficios de esa posición política fue su gran popularidad (inusual para una publicación nacionalista)<sup>2</sup>. Sin embargo, más allá de la llegada de esta publicación a un importante número de lectores, resulta interesante observar previamente las ventajas que ofrece en general el estudio de publicaciones periódicas para el análisis de los discursos de intelectuales. Este tipo de publicaciones constituye un espacio de sociabilidad intelectual y funge como punto de confluencia de trayectorias individuales, tradiciones culturales y un proyecto colectivo específico. En este sentido, las revistas estructuran el campo intelectual por medio de fuerzas antagónicas de adhesión y exclusión (Sirinelli, 2003). Asimismo, no carece de relevancia agregar lo afirmado por Beigel (2003) acerca del modo en que las revistas a cargo de intelectuales nos conectan

---

<sup>1</sup> Debido a ello, *AyB* salió por última vez en diciembre de 1960. Sin embargo, al año siguiente, la publicación volvió a la calle con dos ediciones especiales tituladas *Azul y Blanco prohibido*. Éstas estuvieron a cargo de los autodenominados “amigos de *Azul y Blanco*” y se editaron durante el cautiverio de su director (*AyB*, 4/1/61 y 5/2/61).

<sup>2</sup> Esto se tradujo no sólo en el alto número de su tirada máxima (160.000 ejemplares), sino también en las colaboraciones particulares de dinero, papel y opiniones (cartas de lectores) y hasta en un apoyo popular tal que, cuando el grupo editorial fundó el Partido Azul y Blanco, logró en sus actos una importante convocatoria.

de un modo ejemplar con las principales discusiones del campo intelectual de una época, así como también con los modos de legitimación de nuevas prácticas o programas políticos. Esto se debe a que las trayectorias de sus directores y colaboradores, que confluyen en el proyecto editorial, se caracterizan por cristalizar las principales categorías que organizan el discurso social de una época determinada (Beigel, 2003). A partir de estas definiciones teóricas, se considera que *AyB* cumplió con el rol de ser agente aglutinador y catalizador de ideas, debates y personalidades (o trayectorias) en el campo del nacionalismo de forma inigualable, si se lo compara con otras publicaciones –por cierto, muy escasas– similares de la época. Prueba de ello es el resultado que arroja el análisis de algunos elementos constitutivos de este semanario.

En primer lugar, si se considera la diagramación que caracterizó a *AyB* en estos años, llama la atención la exclusividad y la importancia dada a publicidades y avisos de actos, misas, libros, conferencias y charlas de intelectuales nacionalistas, no necesariamente vinculados al grupo editorial. Esto da cuenta del peso específico del semanario de Sánchez Sorondo como espacio de discusión, difusión y síntesis de las ideas nacionalistas. Estas características de la revista se ven reforzadas por el prestigio dentro del micro-mundo nacionalista de quienes escribían en ella. *AyB* fue fundada por los principales representantes del pensamiento nacionalista de aquel momento, quienes además eran amigos personales: Mario Amadeo, Máximo Etchecopar, Juan Carlos Goyeneche y Marcelo Sánchez Sorondo, con la colaboración de Tulio Jacovella. Éstos habían apoyado a Lonardi y participado de su gobierno, pero decidieron pasar a las filas de la oposición a la “Libertadora” cuando Aramburu se apoderó de la presidencia (Sánchez Sorondo, 2001: 115). La mayoría de los colaboradores, editores, periodistas y el director tenían una relación de tipo personal entre sí y ninguno cobraba por escribir en el periódico (Beraza, 2005). Durante los primeros años, la sección “7 días en política”, era escrita por el secretario de redacción, Mariano Montemayor, Raúl Puigbó, se encargaba de la sección de contratapa “7 días en los gremios”, Ricardo Curutchet de “Visto y oído” y Lino Palacio (Flax) era el responsable de la viñeta semanal de humor gráfico de la portada (Beraza, 2005). Por otra parte, Roberto Etchenique, dirigente de la agrupación nacionalista y

ultra-derechista Guardia Restauradora Nacionalista, desprendida del Movimiento Nacionalista Tacuara, escribía la columna “Información Topo” o “Notitopo” (Fondo CEN, caja 1424). Entre los colaboradores también se encontraban reconocidos personajes de las filas nacionalistas y otros militantes de las agrupaciones Tacuara. Por último, es necesario recordar que el director de *AyB*, Marcelo Sánchez Sorondo era un reconocido intelectual y periodista nacionalista, hijo del político conservador, Matías Sánchez Sorondo.

Finalmente, el último de los elementos relevantes al momento de considerar la influencia y representatividad de *AyB* en el campo nacionalista es su popularidad. Según numerosas referencias en las páginas del semanario sobre la tirada, la llegada al interior de ejemplares, la falta de cuota de papel, sumadas de la sección “Cartas de lectores” y de las colaboraciones externas (tanto de otros periodistas y escritores, como de los mismos lectores), indican que esta revista tuvo una amplia recepción en el público. Debido a esto, puede afirmarse que la influencia en la opinión pública de la época de *AyB* le ganó un lugar privilegiado al interior del campo como difusor y referente de las ideas nacionalistas.

### **¿Cuál es la especificidad del problema de acceder al discurso nacionalista desde las páginas de *AyB*?**

En estrecha relación con la popularidad del semanario, mencionada en el punto anterior, se encuentra la pregunta acerca de la especificidad histórica de esta revista para el estudio del nacionalismo. En primera instancia, es importante recordar que *AyB* salió a la calle por primera vez el mes de los fusilamientos a civiles y uniformados luego del levantamiento de militares peronistas contra el gobierno de facto de Aramburu. Este hecho marcó el punto más alto de represión y censura contra todo aquello relacionado, tanto directa como indirectamente, con el peronismo. En este sentido, *AyB* se erigió como testigo de cómo la política aramburista se caracterizaba por echar por la borda las intenciones conciliatorias con los “vencidos” del nacionalista Lonardi. El correlato lógico de esta actitud repercutió, precisamente, en un incremento de las tensiones latentes entre esa mayoría excluida del juego político “legal” y quienes habían quedado a cargo del

gobierno de “la Libertadora”. Este contexto de fuerte censura afectó asimismo (según acusaban los redactores de *AyB*) a la libertad de prensa<sup>3</sup>.

En este marco, *AyB*, que había sido fundado por numerosos simpatizantes y colaboradores del gobierno de Lonardi, se presentó a sí mismo como un semanario político opositor al gobierno a “la Libertadora”, a quien pretendía “adoctrinar acerca del buen gobierno” desde sus páginas (Sánchez Sorondo, 2001: 116). De la corta lista de publicaciones opositoras al régimen (ver Melon Pirro, 2002), *AyB* se destacó por aspirar al acceso a un público general, desde un discurso abiertamente nacionalista. Esta especificidad del semanario de Sánchez Sorondo se deduce del análisis de las estrategias discursivas adoptadas por el grupo editorial, analíticamente agrupadas en torno a los conceptos de contrato de lectura y lector modelo.

El contrato de lectura entre un grupo editorial y su lector es un conjunto de estrategias discursivas definidas por el nexo de lectura entre dos partes, determinado por el medio utilizado (Verón, 1985). Al respecto, Eliseo Verón afirma que

El estudio del contrato de lectura implica [...] todos los aspectos de la construcción de un soporte de prensa, en la medida en que ellos construyen el nexo con el lector: coberturas, relaciones texto/imagen, modo de clasificación del material redactado, dispositivos de “apelación” (títulos, subtítulo, copetes, etc.), modalidades de construcción de las imágenes, tipos de recorridos propuestos al lector (por ejemplo: cobertura–índice de temas–artículo, etc.) y las variaciones que se produzcan, modalidades de compaginación y todas las otras dimensiones que puedan contribuir a definir de modo específico los modos en que el soporte constituye el nexo con su lector (Verón, 1985: 6)

En este sentido, el contrato de lectura de *AyB* y sus lectores es susceptible de ser reconstruido a partir de una sistematización de su diagramación

---

<sup>3</sup> Durante todo su primer año *AyB* presentaba recuadros con aclaraciones, solicitudes de colaboraciones privadas y pedidos de disculpa por no aumentar la tirada, debido a la carencia de papel, administrado a través de una cuota a cargo de la Secretaría de Prensa. En algunos números, esta denuncia, relegada generalmente a un lugar marginal de la página, pasaba al plano de noticia o nota de opinión, donde se relacionaba el mecanismo de cuotas con la ausencia de libertad de prensa (Ver, por ejemplo, *AyB* Nro. 9).

(secciones, temáticas, enunciación y estilo de las notas, lugar, temáticas y uso de los anuncios; tapas, titulares y subtítulos y el uso de imágenes en distintos soportes) y el tipo de enunciador que presenta. Así, es posible dar cuenta de un lector tipo o “Lector Modelo” a quien la publicación interpelaría. Umberto Eco, al respecto, sostiene que

para organizar su estrategia textual, un autor debe referirse a una serie de competencias (expresión más amplia que “conocimiento de los códigos”) capaces de dar contenido a las expresiones que utiliza. Debe suponer que el conjunto de competencias a que se refiere es el mismo al que se refiere su lector. Por consiguiente, deberá prever un Lector Modelo capaz de cooperar en la actualización textual de la manera prevista por él y de moverse interpretativamente, igual que él se ha movido generativamente (Eco, 1993: 80)

El Lector Modelo y su contraparte, el Autor Modelo, son papeles actanciales del enunciado (roles determinados e interdependientes en una estructura narrativa). En este sentido, mientras el Lector Modelo es previsto en el texto a través de la selección de un idioma, un determinado conocimiento enciclopédico, cultural y político, un patrimonio léxico y estilístico específicos, el Autor Modelo se caracteriza por un estilo e idiolecto reconocibles y por su aparición como operador de las fuerzas ilocutorias y perlocutorias del enunciado.

Según estas estrategias discursivas, *AyB* buscó ser un refugio para intelectuales nacionalistas y difundir sus ideas entre un público más amplio, al mismo tiempo. Con este fin, estableció, durante este período, un contrato con sus lectores cuya característica más llamativa parece haber sido la preocupación por mostrar distancia política tanto del gobierno de Aramburu como del de Frondizi, unos meses después. El semanario de tan sólo cuatro páginas era una de las publicaciones semanales más baratas del mercado (Melon Pirro, 2002). De diagramación variable, *AyB* contaba con ciertas secciones fijas: “7 días de política”, “7 días en los gremios”, “Glosas políticas”, “El tablado de los políticos”, “Visto y oído”, “Topolino gremial”, “Información topo”, “Politiquerías” (estas últimas cinco secciones eran un resumen en un lenguaje más llano de las

opiniones políticas expresadas en las primeras secciones), “Cartas al director”, “Seis preguntas a...” y una columna editorial firmada la mayoría de las veces por su director.

El semanario no escatimaba en el uso del humor gráfico político, la ironía, el doble sentido, los juegos de palabras y la enunciación objetiva y pedagógica. En sus portadas o primeras páginas se presentaban las notas políticas más relevantes de la semana (correspondiente a la sección “7 días en política”) y un recuadro en el margen inferior con una nota de opinión. En la tapa así diseñada, el semanario expresaba su postura política con respecto a la situación política del momento. Como encabezado de página se encontraba el titular de esta nota en letras grandes y debajo (mitad de la parte superior), rodeado por la nota, el logo de la revista. El logo estaba formado por las letras impresas (en un tamaño menor a las del titular) del nombre y una línea debajo con información acerca del año, número, lugar y fecha de publicación del ejemplar, además del precio. El estilo sobrio del logo quedaba opacado por la asidua inclusión en esta primera página de una viñeta de humor gráfico de tamaño considerable (el tamaño de la viñeta superaba el recuadro del logo).

La viñeta de humor siempre se relacionaba directamente con la nota principal, satirizando su temática. La caricatura política representaba, de este modo, un vehículo masivo de difusión de los posicionamientos políticos del semanario, que por su estructura cómica escapaba con facilidad a las redes de la censura de este período. Sobre este tema, Ladeuix y Contreras (2007:181) sostienen que las viñetas de humor de *AyB* reflejaban de manera sintética e incisiva el contenido de la nota de tapa y que la importancia que el editor le otorgaba se evidenció aún más cuando en octubre de 1956 se decidió cambiar el dibujante, debido a un viraje en la línea de la publicación.

El recurso de la historieta en *AyB* se valía de elementos estilísticos específicos del género, tales como la hipérbole o exageración, la utilización de nombres propios o de referencias obvias combinada con la representación en el dibujo de esos personajes<sup>4</sup>, la universalización del enunciado a través de las

---

<sup>4</sup> En las ediciones consultadas, existían guiños figurativos específicos para Aramburu, su vicepresidente, el almirante Isaac Rojas y Frondizi. Así, el primero siempre era representado por

oraciones sin sujeto o el uso de versos, proverbios o refranes<sup>5</sup>. Con estas herramientas, la caricatura política tenía la capacidad de proponer una crítica más abierta, que motivase al lector a cuestionarse lo obvio y a desmontar la realidad. Asimismo, el recurso figurativo combinado con el humorístico y un lenguaje simple, llegaban a un público masivo y no necesariamente erudito, pero sí, debidamente informado (Do Nascimento, 2003).

La diagramación de la primera página del semanario resaltaba, principalmente, la nota política más importante de la semana (y la opinión del semanario al respecto). Las carátulas o primeras páginas de una publicación son, según Oscar Steimberg (1997), una “carta de presentación”; es decir ya no sólo “presentan” el contenido de la revista o semanario, sino que “representan” su línea editorial; o como sostiene Marília Scalzo (2003, citado en Do Nascimento, 2003), son una suerte de “marca registrada” que encierra tanto las formas de presentación gráficas, como los padrones de diagramación adoptados que pasan a ser reconocidos por el público. De esta forma, ya desde la portada, *AyB* formulaba un contrato de lectura y un lector modelo específicos, que excluían a quien no estuviese embebido de la situación política nacional y a quien no contase con las destrezas necesarias para saber interpretar el lenguaje figurado de los titulares y las viñetas de humor.

En síntesis, podría decirse que el uso frecuente de recursos tales como las ironías, las personificaciones, las sinécdoques, metonimias, metáforas y los juegos

---

una vaca de cara vacía y quijada ancha. Rojas, por su parte, era siempre un pingüino petiso, flaco, de cara angulosa y hocico prominente, con anteojos oscuros. Finalmente, Frondizi podía ser cualquier objeto inanimado o animado pero siempre se lo identificaba con un par de anteojos de marco grueso (que incluso a veces aparecían en el aire, solos) y con una nariz ganchuda, extremadamente larga. Esto se acentuó en las representaciones de Frondizi del año 1959, probablemente a modo de alusión a las acusaciones de comunista que recibía por los periodistas de *AyB* (*AyB*, 8/7/58, 12/8/58, 21/1/58, 2/9/58, 15/7/58, 26/8/58, 27/1/59, 28/4/59, 12/11/57, 2/1/57, 14/5/57, 6/3/57, entre otros).

<sup>5</sup> “Todo es según el color del cristal...” (*AyB*, 26/8/58), “Debe el que quiera ganar, llegar antes a la meta. Cada Valvin en su teta es el modo de mamar” (esto acompaña el dibujo de Balbín como un bebé, chupando la teta de la vaca, símbolo de Aramburu: *AyB*, 21/1/58, representando de esta manera el apoyo de Aramburu a la candidatura de Ricardo Balbín por sobre la de Arturo Frondizi), “Ahora que el merengue empieza veremos de qué es capaz; si no pierde la cabeza será un martillo eficaz” (acompañando la representación de Frondizi con un martillo con anteojos, *AyB*, 8/7/58; de este modo se alude a las altas expectativas por el anuncio del nuevo presidente de su plan económico), “La actitud prescindente llegó a este fin y comenta la gente: ¡pobre Balbín!” (en relación al fracaso de la Convención Constituyente de 1957, *AyB*, 12/11/57).

de palabras<sup>6</sup> en el humor gráfico, en titulares y en el cuerpo de los artículos de las cuatro páginas del periódico dan cuenta de un lector modelo maduro, con capacidad para interpretar los juegos de doble sentido y de reconocer en el lenguaje figurado los contenidos presentados (es decir, la información extra-lingüística). Esto se ve reforzado con el estilo erudito de escritura (incluso con frases en idioma inglés o citas literarias<sup>7</sup>), con constantes referencias a la situación política del momento, lo que –de nuevo– estaría apelando a un lector culto. Por otra parte, la presencia de eslóganes daba cuenta de la referencia a una especie de “Gran Ausente”, cuya autoridad es indiscutible (su función en el texto es similar a la de la cita de autoridad)<sup>8</sup>. A esto también se le sumaba muchas veces un tipo de enunciación objetiva, la cual pretendía legitimarse tras un “discurso verdadero”, libre de ambigüedades, impersonal y no modalizado<sup>9</sup>. Finalmente, en los ejemplares observados, también aparece un enunciador pedagógico, responsable de la formación de su enunciatario (lo que parece contradictorio con el lector modelo culto al que apuntaban) y fácilmente identificable por la presencia de secciones más cortas que resumían o comentaban las notas largas de opinión, el uso del imperativo, de la primera persona, de preguntas retóricas y de exhortaciones directas al lector<sup>10</sup>.

En este sentido, en un marco de represión política y censura mediática, el objetivo principal de las estrategias enunciativas de la redacción de AyB fue el lector maduro, culto e informado de la actualidad política nacional e internacional, no necesariamente nacionalista, pero sí dispuesto a ser

---

<sup>6</sup> “Las fuerzas armadas y la ‘fuerza desarmada’ (AyB, 29/7/58), “Que hablen los contratos” (AyB, 29/7/58), “Democracia contra la mayoría y la más amplia libertad para adular” (AyB, 6/3/57), “La doble versión ‘Laika’” (al seudónimo tomado de la perra Laika que la URSS envió al espacio, aludiendo así al tinte comunista de la propuesta por la educación laica, AyB, 9/9/58), “Aquelarre laico” (AyB, 15/7/58), “Historia e Histeria” (AyB, 24/6/58), “Poco a poco, como la luz que se cuele entre la bruma, empezó a advertirse que AF, en materia económica tenía un programa ‘inédito’ más bien distinto del ‘édito’” (sobre la firma de los contratos petroleros del gobierno de Arturo Frondizi, AyB, 2/9/58), “El ejército guarda las fronteras... de las cárceles (AyB, 26/4/60).

<sup>7</sup> Ver AyB del 18/8/58, 2/9/58, 3/5/60, 10/5/60, 12/5/59, 23/6/59, 26/5/59.

<sup>8</sup> Los eslóganes se encontraban generalmente en el recuadro de humor político, complementando el dibujo. También se los utilizaba como epígrafes: “Otra vez será” (AyB, 21/1/57), e incluso insertos en un cuadro de humor gráfico: “Hasta cuándo” (AyB, 23/6/59), inserto en un brazo inquisidor que señala la cara de Frondizi, con su nariz y sus anteojos característicos.

<sup>9</sup> “Nuestra prédica parte de certezas” (AyB, 29/8/58).

<sup>10</sup> “Quién es quién en los gremios” (AyB, 24/6/58), “¿Qué debe hacerse en la CGT?”, “Seguimos esclareciendo” (AyB, 10/6/58), “Advertimos al país: cuidado con el petróleo” (AyB, 22/7/58), “Que se anulen los contratos” (AyB, 5/8/58).

adoctrinado. Es decir que las estrategias definidas por *AyB* sugieren el interés por la difusión de las ideas nacionalistas entre un público lego, a partir de la tematización de los principales acontecimientos políticos del momento. Esto resulta de interés para el campo de estudio del nacionalismo debido a que, una vez más, se refuerza la importancia de la publicación como vía de acceso privilegiado a las ideas nacionalistas. Sin embargo, esto último requiere de una consideración más profunda y conduce, por lo tanto, al tercer problema planteado al comienzo de este trabajo, acerca de los prejuicios sobre las ideas nacionalistas.

### **El problema de los prejuicios acerca de las ideas nacionalistas (o de lo que era esperable encontrar)**

Los estudios existentes hasta el momento sobre el nacionalismo argentino se encuentran principalmente concentrados en las primeras décadas del siglo XX (época de oro, si se quiere, de este grupo). Aún así, existen trabajos que analizan lateralmente a los nacionalistas luego de la caída de Perón en 1955 y, en este marco general, se refieren brevemente a *AyB* (Navarro Gerassi, 1968; Troncoso, 1957; Rock, 1993; Senkman, 2001; Beraza, 2005; Spinelli, 2003; Fares, 2007; Melon Pirro, 2002 y 2009; Ladeuix y Contreras, 2007 y Goebel, 2010). A pesar de que estos trabajos destacan la importancia de *AyB* en su contexto histórico-cultural, la mayor parte de ellos se refiere a este semanario de modo general y lateral, dejando fuera del análisis aspectos fundamentales, principalmente, en relación a su carácter de difusor y articulador de ideas en el campo nacionalista. En este sentido, tanto los aspectos ideológicos como sus lenguajes políticos quedan excluidos del análisis. Uno de los principales problemas de este sesgo en el estado de la cuestión sobre *AyB* es que, en una primera aproximación a su contexto ideológico, se presenta el riesgo inevitable de caer en la simplificación y en la asimilación a la ideología característica de los nacionalistas de la primera mitad de siglo y, como consecuencia de ello, todo aquel elemento discursivo que se distancie de ese ideario, se presenta con el rótulo de cambio ideológico.

Como sostienen Ladeuix y Contreras (2007) y Melon Pirro (2002) el semanario presentaba un discurso anti-semita, católico, anticomunista, antiliberal, republicano y corporativista, al igual que sus predecesores de la década de 1930<sup>11</sup>. Sin embargo, a primera vista, el análisis del discurso del semanario delata un cambio, principalmente, respecto de las predominantes ideas antidemocráticas y antipopulares del nacionalismo de comienzos de siglo XX. Lo llamativo de este cambio (en el marco de una rígida continuidad con casi todo el resto de las ideas de las generaciones nacionalistas anteriores), sumado a las deficiencias del estado de la cuestión sobre el nacionalismo en este terreno, obligan a recurrir a los estudios de las ideas y los intelectuales de izquierda en este período (Altamirano, 1992; Sarlo, 2001; Terán, 1993 y 2008 y Sigal, 2002). El principal aporte de estos trabajos reside en que permiten observar la importancia del denominado “hecho peronista” en los procesos de transformación identitaria y de ruptura con las tradiciones ideológicas heredadas. A pesar de que este –si se quiere– “factor de cambio” común a los actores políticos de fines de la década de 1950 y de la siguiente no había pasado del todo desapercibido para el estado de la cuestión sobre el semanario (ver en particular Melon Pirro, 2009; Fares, 2007 y Ladeuix y Contreras, 2007), no ha sido aún considerado en el marco de la historia intelectual.

Las transformaciones discursivas en *AyB*, respecto de su herencia ideológica, aparecen en primer lugar asociadas a la importancia que tenía para el grupo editorial la llegada a un público masivo en primer término y peronista en segundo término. Esto se puede deducir de la importancia creciente de la sección dedicada a las actividades sindicales, y de las críticas a los fusilamientos de 1956, a las proscripciones, a los encarcelamientos de los opositores políticos, a los despidos a peronistas en sindicatos y universidades y los cuestionamientos a los partidos tradicionalmente antiperonistas (principalmente el Partido Socialista), entre los aspectos más desarrollados por *AyB*. Asimismo, resulta llamativa la

---

<sup>11</sup>Esta corriente de pensamiento ha sido definida en sentido amplio como un movimiento político de derecha, antiliberal, anticomunista, autoritario y centrado en la importancia de la nación, con rasgos típicos tales como el revisionismo histórico, el catolicismo, el corporativismo, el antisemitismo y el antiimperialismo, entre otros (Navarro Gerassi, 1968; McGee Deutsch, 2005; Lvovich, 2003 y 2006; Buchrucker, 1999).

férrea oposición a la Convención Constituyente convocada por Aramburu, la crítica a la derogación de la Constitución peronista de 1949 y a otras leyes nacionales promulgadas durante las presidencias de Perón (como, por ejemplo, la Ley de Asociaciones Profesionales y la nacionalización de los créditos). Sin embargo, el apego a la constitución y a las leyes no es algo novedoso entre los nacionalistas argentinos. Ya los neorrepblicanos del periódico *La Nueva República* de la década de 1920 se habían manifestado como defensores de la Constitución Nacional, por sobre todas las cosas (al respecto ver Lvovich, 2003 y 2006 y Devoto, 2005). El legalismo del grupo *AyB* es la temática claramente predominante en sus páginas durante la presidencia de Aramburu y, aunque en menor medida, subsistió durante la presidencia de Frondizi, hasta su clausura en 1961. En este sentido, los fusilamientos fueron fuertemente criticados debido a que estos implicaban una vuelta a un estado pre-legal de lo político: “Desde que fue consolidada nuestra Organización, jamás hasta el presente en nuestras luchas internas se castigó con pena de vida al adversario vencido” (*AyB*, 6/6/56). Sin embargo, la crítica a la legitimidad de las reformas estatales que emprendió el gobierno “desperonizador” de Aramburu, se basaba principalmente en la “exclusión de la mayoría”, denuncia que se articuló a través de la oposición entre “país real” (pueblo) vs. “país legal” (gobierno provisional de facto).

De este modo, con metáforas acerca de la existencia de un “país de papel maché” vs. un “país real” visiblemente excluido de la contienda política legal (*AyB*, 14/5/57), *AyB* se opuso a las pretensiones democráticas de la presidencia de Aramburu, que era llamada por la redacción el “Provisoriato” o la “Prescindencia”, haciendo alusión por un lado al carácter supuestamente provisorio del gobierno militar, y por otro a la prescindencia de la mayoría en la construcción de su débil legitimidad, lo que, según el semanario, quedó demostrado con el fracaso de la Convención Constituyente (*AyB*, 12 /11/57). La crítica a la legitimidad de Aramburu se reiteraba en varias notas, viñetas y titulares y a través de un colorido número de estrategias retóricas. Por ejemplo, con metáforas como “Confirmado: el garrote es ley”, oposiciones como “Subsistir no es gobernar” o ironías tales como “Los profesores que perdió la universidad ‘recuperada’”, en relación con los profesores apartados de sus cargos en las universidades nacionales por el

gobierno luego del golpe (*AyB*, 6/3/57) o como la que incluye el cuadro de humor de contratapa del mismo ejemplar, donde se alude a la posibilidad de convocar a elecciones, con el término “botaciones” jugando con el sentido de las botas militares que Aramburu (representado en el dibujo) debería sacarse para cumplir con una propuesta supuestamente democrática. Sobre este tema, en el editorial del 15 de octubre de 1957, Sánchez Sorondo afirma que

Las elecciones suponen una posibilidad de diálogo cívico que no existe. Las elecciones por sí mismas, antes que un recurso de normalización, son reflejo de una vida pública fundada en una unánime aceptación de las reglas políticas de juego. Preguntamos pues: ¿hay acuerdo?, ¿hay tales reglas de juego?, ¿no resulta un secreto a voces que la mayoría del pueblo ha vuelto, aunque fuere por espíritu de oposición, por virtud de su actual desconfianza, a sus primeros amores?, ¿y puede entonces confiarse razonablemente en la eficacia de las elecciones y en la realidad del proceso democrático?

En este sentido, el ferviente rechazo del grupo *AyB* hacia la “Libertadora” se articula en las páginas del semanario a través de un discurso, a primera vista, defensor de los valores democráticos. Sin embargo, lo que para este grupo más animosidad despertaba era la orientación liberal del gobierno. En este mismo sentido, *AyB* criticó duramente el llamado a constituyentes para la restauración de la Constitución liberal de 1853<sup>12</sup>, a pesar de lo cual, esta crítica se justificaba a través de un discurso exclusivamente legalista y republicano. Así, Marcelo Sánchez Sorondo más tarde declararía al respecto que la defensa al texto constitucional de 1949 respondía a motivaciones de naturaleza estrictamente jurídica: “¿cómo podía derogarse, anularse, por simple decreto de una autoridad desnuda y precaria la reforma de 1949 sancionada por una convención promovida por el Congreso según el procedimiento establecido en la Constitución de 1853?” (Sánchez Sorondo, 2001: 122). La denuncia intentaba, de este modo, poner en evidencia frente a los lectores la gran contradicción en la que se basaba el gobierno de Aramburu que, por un lado, se vanagloriaba de haber restituido la

---

<sup>12</sup> El partido político Azul y Blanco llamó a sus seguidores a votar en blanco (Fares, 2007).

democracia, mientras que por otro, excluía del juego político a la mayoría popular.

De la misma manera, más adelante, y a pesar de que la publicación había considerado, en un comienzo, el triunfo de Arturo Frondizi como una salida “bastante aceptable” de la “ficción democrática” que se vivía durante el gobierno de la “Libertadora”<sup>13</sup>, con el abandono que el presidente hizo de su plataforma de defensa de los “intereses nacionales”, se lo acusa de continuar con la ficción democrática del último gobierno.

A las pocas semanas de la asunción, *AyB* comenzó a preguntarse acerca del verdadero plan de acción de gobierno y a pedir definiciones concretas. En este sentido, el 8 de abril de 1958 *AyB* iniciaba la semana con el título: “Cuidado con dar un paso en falso”, cuya nota aludía a la posible continuidad entre el programa de Frondizi y la política de Aramburu. Esta situación se describe figuradamente y, en el mismo estilo, resulta llamativa la referencia al refrán francés *cherchez la femme* (el cual indica la causa de los comportamientos inexplicables o ilícitos de los hombres) que se aplica, según *AyB*, a la actitud política de Frondizi, a pesar de que (se aclara), en el caso del presidente “no son las faldas, sino los uniformes” a quienes él obedece. Este ejemplo que deslegitima la figura presidencial de Frondizi, refuerza así la idea de una continuidad entre su gobierno y el gobierno anterior, ilegítimo y producto de la ficción democrática, la misma que, por otra parte, había avalado la elección del presidente actual. En este contexto, el semanario comienza a cuestionarse más enfáticamente en las primeras tapas si el régimen que asumiría en mayo realmente representa un quiebre respecto de la “Revolución Libertadora”: “1º de mayo ¿hacia una nueva política?” (*AyB*, 15/4/58).

Un mes más tarde, motivado por su intención de impulsar el desarrollo industrial en el país a cualquier costo, y frente a la crisis de YPF, Frondizi autorizó al capital extranjero a explorar y explotar los pozos petrolíferos nacionales. En este marco, casi todas las compañías extranjeras se vieron beneficiadas con privilegios impositivos, amplia disponibilidad de movilidad del capital y ganancias extraordinarias (Tcach, 2003). Ante esta situación, *AyB* estalló en

---

<sup>13</sup> “Pensamos que Frondizi no ha llegado al gobierno en virtud de un contubernio, sino en razón de un sufragio que otra vez volvió a actualizar la decidida voluntad del país real” (*AyB*, 1/4/58).

críticas hacia el otrora autor de *Petróleo y Política*. En este sentido, la publicación tituló el 29 de julio: “Que hablen los contratos”. En el correspondiente artículo *AyB* denunciaba que la esencia del programa petrolero que Frondizi acababa de presentar no era (como había prometido durante su campaña) el desarrollo nacional de los recursos naturales, sino la explotación por consorcios financieros foráneos. Así el redactor no podía sino escandalizarse ante el “desnivel entre las palabras y los hechos del presidente de la República” (*AyB*, 29 /7/58).

Con el correr de las semanas la indignación ante la “traición” de Frondizi fue en aumento. Esto se expresó en la publicación a través de un uso más asiduo del imperativo y de la ilusión de explicar una verdad absoluta: “Que se anulen los contratos” (*AyB*, 5/8/58), “El petróleo, símbolo nacional” (*AyB*, 12/8/58), “*Seven Days of Petroleum: a dark explanation*” (*AyB*, 18/8/58). Por lo tanto, desde este momento, *AyB* se volvió uno de los actores del momento más críticos de la política frondizista, por lo que continuó ocupando el rol privilegiado de prensa opositora al igual que lo había hecho con Aramburu. De hecho, el grupo de Sánchez Sorondo llegó a sospechar que las negociaciones con las compañías petroleras extranjeras habían comenzado antes de la asunción de Frondizi (Beraza, 2005). Pero más allá de la firmeza de esta hipótesis, lo importante es que ella funcionaba como sustento de la argumentación que acusaba a la nueva gestión de “continuista”:

Hay muchas cosas falsas del régimen recién instalado. Es menester superarlas atendiendo al sinceramiento con el país real (*AyB*, 22/7/58).

Y así hemos vuelto cargados de incertidumbres a esa etapa anterior al 23 de febrero. La legalidad de Frondizi es una vana entelequia frente a la realidad de los fines de la revolución (*AyB*, 26/8/58).

De este modo, las metáforas acerca de un país real opuesto a un país ficticio seguían poblando las páginas de *AyB*, como había sucedido durante el gobierno de Aramburu. Es decir, la llegada de Frondizi a la presidencia a través de elecciones que hasta el momento parecían ser aceptables, se comenzó a cuestionar en la publicación debido a la orientación “extranjerizante” de la política económica. Pero lejos de caer en una contradicción, *AyB* justifica esta

traición de Frondizi a su programa al entenderla como una consecuencia esperable, resultado de un proceso de elección y legitimación que, a pesar de haber apelado al juego democrático en lo formal, en realidad había sido una mera quimera, en la cual la mayoría había quedado excluida nuevamente. Más allá del cerrado legalismo, el semanario presentó un cambio en el orden de prioridades de valores “a defender” y con los cuales “adoctrinar”.

De una larga lista de acontecimientos “noticeables” (cfr. Wolf 2007), *AyB* se preocupó por enfatizar en los temas que tenían que ver a su criterio con los intereses nacionales y con las formas republicanas de gobierno. Así, por ejemplo, cuando Frondizi firmó los contratos petroleros, se les otorgó un sentido global a las críticas en defensa de los intereses nacionales a través del eje temático “imperialismo”. En este sentido, Frondizi fue acusado de traidor y de “imperialista”. Este “gran cambio” en el programa frondicista, fue interpretado por el semanario por un lado como traición, pero también como entrega indiscriminada de los recursos nacionales a capitales imperialistas. Así, por ejemplo, en la nota “Fraude de lo ‘nacional y popular’” *AyB* acusa a través de una ironía a Frondizi por haberse pasado a las filas del imperialismo:

...nuestro único delito consiste en habernos mantenido fieles a la posición pública y notoria del nacionalismo, en no haber revisado automáticamente a partir del 1º de mayo el programa nacional y sus temas de doctrina; en no haber comprendido a tiempo, como Frondizi, por ejemplo, que el imperialismo es enemigo visto desde la oposición, pero no desde el gobierno (*AyB*, 16/12/58).

La traición de Frondizi (tanto a sus votantes, como a sus propias ideas) despertó la imaginación de las plumas de *AyB*<sup>14</sup>, pero su “flamante” imperialismo, despertó la ira. En este sentido, el semanario estaba más preocupado por los efectos políticos del nuevo rumbo de la economía, que con las consecuencias

---

<sup>14</sup> Ver por ejemplo “Frondizi versus Frondizi. El gobierno de Frondizi juzgado por el diputado Frondizi” (*AyB*, 16/12/58). Asimismo, a partir de esta fecha surgiría una nueva sección en el semanario titulada “Ayer-Hoy”. En ella se citaban ya sea discursos de Frondizi o notas de la revista *Que* del año 1957 (en la columna “Ayer”) y del año 1958 (en la columna “Hoy”), con esto se buscaba evidenciar las profundas contradicciones del dirigente de la UCRI y de sus copartidarios en torno a temas puntuales.

económicas en sí mismas (Beraza, 2005)<sup>15</sup>. Así, el humor gráfico que seguiría dominando el lugar central de las primeras páginas de cada número y que comenzaría a representar el perfil de Frondizi con la forma de la hoz del escudo comunista, en diversos contextos y situaciones (generalmente mezclado con simbologías antisemitas y otras representativas de los Estados Unidos), denunciaba, a través de la ironía, la metonimia y otros recursos de este tipo, la cooptación del presidente argentino por los capitales norteamericanos, a costa de sus supuestos ideales pasados y a cambio del sacrificio de “la patria” misma.

La filiación con el comunismo (que explicaba, además, el apoyo que recibía de sectores de izquierda), por otro lado, parecía funcionar discursivamente como explicación de todos los aspectos negativos de la personalidad de Frondizi. En este sentido, a partir de agosto de 1959 se comenzó a publicar una serie de notas tituladas “El comunismo de Frondizi”. Estas consistían en una especie de biografía del presidente, en la cual se destacaba su filiación con el partido comunista en su juventud.

En síntesis, esta evidente preocupación por defender el juego democrático amplio e inclusivo, al igual que el cambio de prioridades, son novedosos dentro del esquema de pensamiento de los nacionalistas. Sin embargo, lo que a primera vista parece ser un cambio ideológico importante, puede, en realidad, tratarse simplemente de un cambio en los lenguajes políticos.

## Conclusiones

Luego de haber recorrido los principales obstáculos teórico-metodológicos encontrados en las primeras incursiones en el discurso de los nacionalistas en las páginas del semanario *AyB*, es necesario destacar la importancia explicativa que tiene esta publicación, no sólo para el fenómeno del nacionalismo, sino para el

---

<sup>15</sup> En relación con el imperialismo se pueden citar las notas “Ha muerto el programa nacional”, “YPF al servicio de compañías extranjeras” (*AyB*, 30/9/1958), “La Vuelta de Obligado y su significado político” (*AyB*, 18/11/58), “Los peligros de una política impuesta desde afuera” (*AyB*, 25/11/58), “El Fondo dicta condiciones. Del Carril acepta” (*AyB*, 16/12/59), “Los obreros saben que fue a entregar el país” (*AyB*, 22/1/ 59), “1946: Braden o Perón/1959: Ganó Braden”, “Un plan elaborado por extranjeros en beneficio del Extranjero” (*AyB*, 13/1/59), “En vez de soberanía rendición incondicional” (*AyB*, 6/1/59).

campo de estudio de las derechas en general. Las dos primeras cuestiones planteadas en este trabajo abordaban desde una perspectiva teórica y general, por un lado, y desde una perspectiva histórica, por otro, la riqueza explicativa que ofrecen las particularidades de *AyB*. En primer lugar, se pudo demostrar que, en base a los trabajos sobre intelectuales y revistas de Sirinelli y Beigel, *AyB* cumplía con los requisitos para ubicarla en el lugar privilegiado de difusor y articulador de las ideas principales del campo del nacionalismo. Por otra parte, en relación a la segunda problemática planteada, se destacó que, según las estrategias discursivas desplegadas en la revista, *AyB* se define como una publicación destinada a un público general, maduro, informado políticamente y opositor a los gobiernos de turno, no necesariamente nacionalista, aunque receptivo al claro programa político que desde estas páginas se intentaba difundir. Todo esto, a su vez, aparece de manera oblicua en *AyB*, debido al contexto de proscripción y censura política del momento.

Finalmente, la última problemática planteada en el presente trabajo no sólo es la que aun más desarrollo requiere, sino también la más importante para la historiografía sobre derechas. Según lo que se planteó en el último punto, la consecuencia de considerar las ideas nacionalistas como un bloque homogéneo y –coincidiendo con el trabajo incluido en este libro de Sergio Morresi sobre el campo de las derechas– hasta cierto punto desvinculado de las prácticas y de los contextos en que estas prácticas se desarrollan, conduce no sólo hacia una banalización del nacionalismo, sino que lleva a presuponer sus cambios discursivos como cambios ideológicos, cuando, en realidad, puede tratarse de cambios en los lenguajes políticos. Es decir, la presencia en *AyB* de elementos tales como un aparente acercamiento hacia el peronismo o la defensa de posturas democráticas y populares ¿significan un alejamiento del plano retrógrado que ocupaban los nacionalistas de comienzos de siglo, un acercamiento a posturas progresistas más típicas de otras tradiciones ideológicas?, ¿podría hablarse incluso de una “peronización”? ¿O todo esto se trata, en realidad, de un cambio más abarcador que cruza al nacionalismo, entre otros, y que nada dice acerca de las “ideas nacionalistas” en particular?

Asimismo, estos cuestionamientos inconclusos que destacan la relevancia de los contextos lingüísticos, recuerdan que el caso de *AyB* es un buen ejemplo de cómo una definición esencialista de “derechas” puede conducir a una tipificación equivocada de la orientación ideológica de la revista. Más claramente, si para definir a un “actor de derechas” se consideran características tales como antisemitismo, anticomunismo, conservadurismo, elitismo, anti-democratismo, etc. (como sucede en algunos trabajos sobre el tema), se corre el riesgo de que *AyB*, por el hecho de intentar seducir a un público masivo o de defender la representatividad de “las mayorías”, sea catalogada erróneamente<sup>16</sup>. Sin embargo, entender el concepto de derechas de forma histórica y relacional, otorgándole la debida importancia al contexto sociohistórico, al lugar específico que el actor en cuestión ocupa en el marco de relaciones respecto de los actores contemporáneos (Eatwell, 1990) y a los lenguajes políticos que lo atraviesen, libera al objeto de análisis de las constricciones conceptuales que impiden estudiarlo en relación a los actores contemporáneos y a las circunstancias materiales y discursivas específicas que lo rodean y así, en la medida de lo posible, lo resguardan de atribuciones identitarias equívocas.

#### ¿Cómo citar este artículo?

María Valeria Galván, “El nacionalismo argentino: observaciones teórico-metodológicas a partir del caso de *Azul y Blanco* (1956-1961)”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Altamirano, Carlos (2001) *Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.

*Azul y Blanco*, 1956 a 1961.

Beigel, Fernanda (2003) “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, enero-marzo vol. 8, nro 20, Maracaibo, pp. 105-115, Universidad del Zulia.

Beraza, Luis Fernando (2005) *Nacionalistas. La trayectoria de un grupo polémico (1927-1983)*. Buenos Aires, Puerto de Palos.

Buchrucker, Cristián (1999) *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana.

Devoto, Fernando (2005) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI.

---

<sup>16</sup> A modo comparativo, se puede consultar en este mismo volumen el trabajo de Olga Echeverría sobre la simplificación de la identidad del nacionalismo de comienzos de siglo XX.

- Do Nascimento Garcia, Sheila (2005) "Revista Careta: um estudo sobre humos visual no Estado Novo (1937-1945)" Tesis presentada en la Maestría en Historia de la UNESP, sede Assis.
- Eatwell, Roger y O'Sullivan, Noël (1990) *The Nature of the right: American and European politics and political thought since 1789*. Boston: Twayne Publishers.
- Eco, Umberto (1993) *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- Fares, María Celina (2007) *La Unión Federal: ¿Nacionalismo o democracia cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1960)*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Fondo CEN (ex archivo Frondizi), caja 1424, del Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional.
- Goebel, Michael (2010) *Argentina's Partisan Past: Nationalism and the Politics of History*: Liverpool University Press.
- Ladeuix, Juan Iván y Contreras, Gustavo Nicolás (2007) "Entre los generales y las masas. Un derrotero nacionalista durante la 'Libertadora', *Azul y Blanco (1956-1958)*", en M. Liliana Da Ordem y Julio C. Melón (comps.) *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas, 1943-1958*, Rosario: Prohistoria.
- Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones B.
- (2006) *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- McGee Deutsch, Sandra (2005) *Las Derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Melon Pirro, Julio César (2002) "La prensa de oposición en la Argentina post-peronista", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe*, 12, julio-diciembre.
- (2009) *El Peronismo después del Peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Navarro Gerassi, Marysa (1968) *Los Nacionalistas*. Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez.
- Neiburg, Federico (1988) *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Palti, Elias José (2007) *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2009) *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba.
- (1999) "El malestar y la búsqueda. Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana", *Prismas*, 3, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 225-230.
- Rock, David (1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires, Ariel.
- Sánchez Sorondo, Marcelo (2001) *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*. Buenos Aires, Sudamericana.
- (1970) *Libertades Prestadas. La Argentina del tiempo perdido*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- Sarlo, Beatriz (2001) *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel.
- Senkman, Leonardo (2001) "La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976" en AA.VV., *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- Sigal, Silvia (2002) *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sirinelli, Jean F. (1996) "Os Intelectuais", en Rémond, R. *Por uma história política*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ.
- Spinelli, María Estela (2003) "Ideas fuerza en el debate político durante los años de la 'Libertadora', 1955-1958", *Estudios Sociales*, 24, Santa Fe, pp. 61-88.
- Steimberg, Oscar (1997) "Para una pequeña historia del lenguaje gráfico argentino", en *Estilo de época y comunicación*. Tomo 1, Buenos Aires, Atuel.

Tcach, César (2003) "Capítulo I: Golpes, proscripciones y partidos políticos", en *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX. Buenos Aires, Sudamericana.

Terán, Oscar (1993) *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1996*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

----- (2008) *Historia de las ideas políticas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Troncoso, Oscar (1957) *Los nacionalistas argentinos: antecedentes y trayectoria*. Buenos Aires, SAGA.

Verón, Eliseo (1985), "El análisis del contrato de lectura: un nuevo método para los estudios de posicionamiento en los soportes de los media", en *Les Médias: expériences, recherches actuelles, applications*, Paris, IREP. Traducción de Lucrecia Escudero para su cátedra de Semiótica II de la UBA.

Wolf, Mauro (2007) *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas* Buenos Aires, Paidós

## Los aspectos corporativos de la dictadura chilena (1973-1990)

Gabriela Gomes

El objetivo principal de este texto es analizar la influencia de las tradiciones corporativistas durante la vigencia del régimen pinochetista, un tema poco estudiado a la fecha<sup>1</sup>. El propósito de este artículo no es proporcionar una explicación “definitiva” –y mucho menos generalizada– sino más bien poner de manifiesto algunas de las dificultades y potencialidades halladas para atender a esta pregunta de investigación.

Existe una amplia bibliografía dedicada a describir e interpretar los rasgos fundamentales de las últimas dictaduras en el Cono Sur, que han sido definidas con una amplia gama de adjetivos: “dependientes”, “burocráticas”, “corporativas”, “fascistas”, “bonapartistas”, “militaristas”, “policiales”, etc. (Cardoso, 1985:40). Las dictaduras no se agotaban en su dimensión represiva, sino que tuvieron aspectos propositivos que han recibido menos atención. En efecto, los dictadores hicieron uso de varias tradiciones ideológicas para fundar una nueva institucionalidad, que expresaba en algún sentido un proceso de radicalización de derecha. Y dentro de las ideologías que usaron las dictaduras, el neoliberalismo ha sido la más estudiada. Sin embargo, al estudiar la creación de nuevas instituciones y de acuerdos sociales, se percibe el peso de las tendencias corporativistas (Bustamante, 1988; Campero y Valenzuela, 1981; Pucciarelli, 2004). Contrariamente a lo que ha postulado Carlos Ruiz (1992a:120; 1992b:34), sostengo que la hegemonía de los liberales en la cartera de Economía durante la dictadura pinochetista, no implicó el abandono completo de las políticas y declaraciones inspiradas en principios corporativistas. Para ello ofrezco una revisión de dos dimensiones del régimen: la discursiva (presente en la

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de una investigación más amplia dedicada al estudio de la influencia del corporativismo en las dictaduras de Argentina (1966-1973) y Chile (1973-1990). Mi agradecimiento a Ernesto Bohoslavsky por el apoyo que le brinda a mi trabajo.

Declaración de Principios de 1974 y en la Constitución de 1980) y la práctica institucional (a través de la creación y funcionamiento de organismos específicos, que canalizarían de una manera “orgánica” la participación política y el accionar estatal).

El presente trabajo está dividido en tres partes. En la primera, se da cuenta del modo en que se ha utilizado el concepto “corporativismo”, prestando especial atención al vínculo entre el corporativismo y el autoritarismo en América Latina. En la segunda, se aborda la impronta corporativa en el período que va desde la dictadura de Ibáñez (1927) hacia el golpe de Estado (1973). En la tercera, se analizan los aspectos corporativistas de la dictadura pinochetista. Finalmente, se expone un breve balance del tema presentado.

### **Sobre el uso del concepto “corporativismo”**

El primero de los problemas al que inevitablemente se debe enfrentar el investigador es el significado de “corporativismo”, puesto que posee una enorme polisemia. Así, por corporativismo se ha entendido a la identidad profesional, al intervencionismo de Estado o al proteccionismo económico, entre otros fenómenos. Podemos hablar, inicialmente, del corporativismo como una doctrina social fundada, históricamente, que propugna la organización política y económica de la vida social sobre la base del pluralismo de asociaciones representativas de los intereses y actividades profesionales (corporaciones) (Incisa, 1982). Nació como propuesta política en la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII en 1891, en la cual se plantea como finalidad declarada la mediación entre trabajo y capital, protagonistas de la moderna “cuestión social”, con el propósito de obtener armonía social.

A pesar de que el concepto de corporativismo ha sido aplicado a una gran variedad de fenómenos, hay un creciente consenso respecto a considerarlo un sistema de representación de intereses y una forma de relacionar al Estado y la sociedad. Pese a la polisemia del concepto y para los fines de este trabajo, consideramos útil retomar las definiciones estructurales que presentan Schmitter y O’Donnell. Aunque salvando las diferencias y las distintas perspectivas teóricas,

ambos autores entienden al corporativismo como un tipo de representación de intereses basado en grupos no competitivos, oficialmente autorizados y supervisados por el Estado, en oposición al modelo pluralista basado en grupos autónomos que siguen sus intereses (cf. Collier y Collier, 1998:173). El corporativismo propone, gracias a la solidaridad orgánica de los intereses y a las fórmulas de colaboración que de ellos pueden derivar, la remoción o la neutralización de elementos conflictivos como la competencia en el plano económico, la lucha de clases en el plano social y la diferenciación ideológica en el plano político (Bobbio, 2007:372). En el ámbito económico, los sistemas corporativistas requieren de una fuerte intervención estatal en las relaciones productivas, pero no cuestionan el predominio de la propiedad privada de la producción. De hecho, la asignación de recursos está en gran parte basada en el funcionamiento del mercado, así que de hecho es una forma de capitalismo muy intervenido. Estos sistemas se basan en el contrato de grupos corporativos –agrícolas, de negocios, laboral, militar, científico, religioso, etc. – en un cuerpo colectivo. En el ámbito político, se caracteriza por la ausencia de partidos políticos, por lo que la participación política de los ciudadanos se limita al lugar que ocupan en la actividad económica, ámbito en el que eligen a sus representantes. Este modelo es conocido, en sus propias palabras, como una democracia “orgánica”, a diferencia de la “partidocrática”.

Aunque el corporativismo parece haber estado presente de diversas maneras en varias ideologías (absolutismo, conservadurismo, fascismo e incluso la social-democracia), no ha encontrado cabida en ninguna experiencia política concreta en su doble dimensión de sistema político y económico. Las experiencias europeas que comúnmente se asocian al corporativismo son la Italia de Mussolini, la España de Franco, el Portugal de Salazar y la Alemania de Hitler. Según Buchrucker (2008:188) las economías fascistas terminaron por asumir alguna forma de corporativismo, que pretendía ser una autogestión concertada entre empresarios y asalariados, bajo la supervisión equitativa del Estado. Sin embargo, ninguno de estos regímenes llegó a implementar un sistema corporativista en el plano político, ni siquiera Salazar, quien en 1933 dictó la primera constitución de carácter corporativista en el mundo. Muchos regímenes

que llegaron al poder en América Latina en el medio siglo posterior a 1930 mostraban algún grado de influencia corporativista en los códigos laborales, el sistema de bienestar social, los programas de política pública, etc. Hubo gobiernos con rasgos corporativos ubicados tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político: Cárdenas en México; Ibáñez, Frei y Pinochet, en Chile, Velasco en Perú, Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Stroessner en Paraguay, etc. Estos regímenes no se autodenominaban corporativistas y en muchos casos se asignaban como misión la defensa del orden “democrático”. ¿Cómo explicar esta ubicuidad del corporativismo en América Latina?

Según Collier y Collier (1998:181), las estructuras corporativas han jugado un papel muy importante bajo tan distintos regímenes porque las elites políticas las han utilizado como un medio para conquistar y consolidar el poder político. Estudios norteamericanos, usando la perspectiva de la modernización, han señalado al corporativismo como causa del autoritarismo y el “subdesarrollo” político y económico en América Latina. Corporativismo y autoritarismo son considerados características inherentes al paisaje político latinoamericano, y por lo tanto generadores principales del “atraso” político y del “desvío” del desarrollo económico. Autores como Newton (1974) sostuvieron que en América Latina existía un “corporativismo natural”. El predominio de los valores e instituciones tradicionales, derivados del pasado colonial, sería el principal obstáculo para la modernización de la región puesto que los valores predominantes quedan asociados a la religiosidad, las jerarquías, el estatismo económico y el autoritarismo, en definitiva, una cultura política incompatible con la democracia (Wiarda, 2001:8).

Por el contrario, O'Donnell (1975) sostuvo que el corporativismo latinoamericano no era un producto del “atraso”, sino de los sucesivos impulsos modernizadores desarrollados con la profundización del capitalismo del sur del continente. Para O'Donnell, el corporativismo no sería un fenómeno estático e inherente a América Latina sino que tuvo variaciones de un país a otro y a lo largo del tiempo, de acuerdo a los cambios del Estado y su vínculo con la sociedad civil. En este trabajo, analizaremos los aspectos corporativos de la dictadura chilena partiendo de la tesis de O'Donnell, quien considera que existe

una forma de corporativismo que corresponde a un tipo específico de Estado capitalista, el burocrático-autoritario (EBA), lo cual permite establecer una diferenciación con otros corporativismos que corresponden a otros tipos de Estado<sup>2</sup>. Así, el corporativismo del EBA, se diferenciaría del presente en las democracias de los países capitalistas centrales o en los populismos. El corporativismo del EBA implica la exclusión política y económica del sector popular. Es un módulo bifronte y segmentario porque posee dos componentes simultáneos y diferentes. Por un lado hay una dimensión privatizante que supone la apertura de áreas del Estado a la intervención de los sectores económicamente dominantes. Por el otro, hay una dimensión estatizante, que supone la penetración del Estado sobre la sociedad civil, mediante distintos mecanismos como la supresión de los canales electorales, la represión, la manipulación ideológica y la corporativización de organizaciones de clase a través de la cooptación de dirigentes y la vinculación de los sindicatos al aparato público (O'Donnell, 1998; 2009).

### **El corporativismo en Chile: de la dictadura de Ibáñez al encuentro con el neoliberalismo (1927-1973)**

La ideología corporativista se desarrolla en Chile tras el fracaso del proyecto autoritario de Ibáñez (1921-1931). Buena parte de los partidarios de una “democracia orgánica” provenía de sectores católicos que compartían un espíritu anti-liberal promovido por la encíclica *Quadragesimo Anno* (1931). Este ideario comienza a difundirse como una alternativa a la democracia liberal en la revista *Estudios* dirigida por Jaime Eyzaguirre y en la revista *Lircay*, órgano de expresión de la Juventud Conservadora. La opción corporativa se expresa en organizaciones políticas como el Movimiento Nacional Socialista de Chile (1932-38), en la

---

<sup>2</sup> Para O'Donnell (2009), los EBA se caracterizan por ser sistemas de exclusión política y económica, que intentan -mediante la represión y el control corporativo- desactivar políticamente al sector popular y sus aliados, al tiempo que reducen y postergan las aspiraciones de participación económica de dicho sector. Los principales actores de la coalición dominante del EBA son los militares y tecnócratas civiles sitos dentro y fuera del entramado estatal que colaboran en estrecha asociación con el capital extranjero.

Juventud Conservadora, en la Falange Nacional (1935-1957) y en el Partido Agrario-Laborista (1945-1958). La fórmula corporativa también fue bien recibida en empresarios agrupados en la Confederación de la Producción y el Comercio en 1934 como Jaime Larraín García-Moreno. Ello parece confirmar la tesis de Fariña (1990), de que el corporativismo de los años '30 comenzó a debilitarse a comienzos de la década de 1940 y que permaneció en estado de latencia en diversos grupos y movimientos. Este silencio se rompió cuando el sistema político entró en crisis en la década de 1960, proponiendo la refundación de la sociedad sobre nuevas bases.

Los años que transcurren entre 1960 y 1970 estuvieron inmersos en un contexto histórico internacional caracterizado por la disputa bipolar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética; las luchas anticoloniales en el Tercer Mundo; el triunfo de la Revolución cubana y el retroceso del imperio estadounidense en Vietnam. Una palabra que circuló comúnmente en diferentes ámbitos fue "revolución". En ese contexto, las derechas y las extremas derechas se vieron enfrentadas a una serie de nuevos problemas y redefiniciones de sus identidades, algunas de ellas vinculadas al neofascismo, pero también al neoliberalismo y al corporativismo.

En el marco de la experiencia reformista de la Democracia Cristiana (1964-70) y el posterior gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), se asiste al nacimiento de una "nueva derecha" con un nuevo estilo programático y proyectual (Valdivia, 2008). En 1966 se formó el Partido Nacional, que representó un intento de renovación política e ideológica mediante una mixtura entre corporativismo y neoliberalismo. Sus miembros, al tiempo que rechazaban el mundo surgido de la Revolución Francesa y adherían a posiciones organicistas, defendían la institucionalidad liberal y reivindicaban al capitalismo. Esta nueva derecha estuvo caracterizada por la mixtura de neoliberalismo, pensamiento católico tradicional y el corporativismo proveniente del "gremialismo" (Valdivia, 2006).

En el caso del neoliberalismo, encontró su puerta de entrada a través de alumnos de la Escuela de Economía de la Universidad Católica (UC), quienes durante la década de 1960 hicieron posgrados en la Universidad de Chicago. Estos

economistas ocuparon cargos en el Instituto de Economía de la UC y asesoraban a grandes empresas en las décadas de 1960 y 1970. Los “Chicago Boys”, seguidores estrechos de Milton Friedman y de Arnold Harberger, elaboraron, meses antes del golpe, un programa de reconstrucción económica junto a oficiales navales (Correa, 2004: 289).

En lo que se refiere al corporativismo, en ese tiempo es posible apreciar una revitalización de su ideario. Intelectuales vinculados ideológicamente al franquismo como el filósofo Osvaldo Lira y el historiador Jaime Eyzaguirre, adquieren una creciente influencia entre académicos y estudiantes de la UC. Este resurgimiento de las ideas corporativistas se cristalizó en el Movimiento Gremialista, fundado por Jaime Guzmán<sup>3</sup> en 1966 y que se convirtió en el núcleo ideológico del régimen militar y estuvo detrás de la Constitución de 1980 (Gazmuri, 1996; Correa, 1985; Valdés, 1989; Cristi, 2000). En un comienzo el “gremialismo”, bajo el discurso del apoliticismo, sostuvo ideas próximas al primer franquismo, para ir derivando, después de 1973, hacia la noción de una “democracia protegida”. El “gremialismo” representó un giro drástico respecto de la derecha tradicional, en cuanto abandonaba explícita y activamente el liberalismo y reivindicaba un capitalismo libre y un corporativismo anti-estatal, de raíz en el tradicionalismo católico (Valdivia, 2010: 13-14). El corporativismo, resurgido en los estrechos ambientes de la UC, se difundió a través del diario *El Mercurio* y de nuevas publicaciones de derecha como las revistas *Portada*, *Qué Pasa* y *Polémica económica-social* (Ruiz, 1992:105-106; Cristi, 2000).

Diversos autores coinciden en que, desde el punto de vista teórico, el principio de subsidiariedad fue el nexo ideológico que permitió la confluencia entre grupos ideológicos tan disímiles como el corporativismo católico y el neoliberalismo (Valdés, 1989; Cristi, 2000). El principio de subsidiariedad del

---

<sup>3</sup> Conservador devoto y crítico de la democracia liberal, su actividad política empieza en la UC como estudiante de derecho. Luego de unos años, el “gremialismo” controló los principales centros de alumnos de la UC, y luego la Federación de Estudiantes. A partir de allí, los estudiantes universitarios construyen un núcleo de seguidores incondicionales de Guzmán (Cristi, 2000). Como señala Renato Cristi (2000), el pensamiento político de Guzmán experimentó una curiosa evolución ya que inicialmente asumía un pensamiento corporativista conservador vinculado al integrista español y las ideas de Carl Schmitt. Sin embargo, a principios de los setenta, Guzmán, fuertemente influenciado por Hayek, tiene una concepción restringida de la democracia, ya que la concibe como un método para generar la representación política, en el cual se puede contemplar el sufragio universal.

Estado tenía dos lecturas posibles. La primera de cuño corporativista y franquista, acentuará en la subsidiariedad la crítica a los partidos y su reemplazo por otras formas de hacer política. En esta lectura, que primó sobre todo entre 1970 y 1973, la idea de subsidiariedad del Estado se funda en una concepción de la política como un florecimiento natural de asociaciones y de cuerpos intermedios, la Iglesia, las universidades, las regiones, las municipalidades, etc. Debido a que cada cuerpo intermedio tiene fines naturales, el poder político no debe intervenir en la sociedad sino en “subsidio” de las debilidades de estos cuerpos. La segunda lectura es neoliberal y quiere decir, sencillamente, el fin de la intervención del Estado en la economía (Ruiz, 1992a: 109).

### **La “Revolución” de 1973: la dictadura pinochetista**

Los grupos civiles que ejercieron mayor influencia en el régimen de Pinochet fueron, por un lado, los “Chicago Boys” y los gremialistas. Por el otro, había ministros y colaboradores del ex presidente Jorge Alessandri, y personalidades del Partido Nacional como Sergio Onofre Jarpa, que ejercieron una menor influencia en el régimen (cfr. Huneeus, 2005: 66-67). El apoyo que le otorgó la derecha –sus partidos, empresarios y prensa– a la dictadura fue total. Quienes trataron de constituir un partido de derecha contrario a la dictadura no lograron apoyo electoral. La derecha fue pinochetista durante la dictadura y por algunos años más. Más aún, fueron sectores de la derecha los que imprimieron los contenidos sustantivos que tuvo el régimen militar y que prevalecieron, tanto respecto de sus transformaciones económico-sociales como de la nueva institucionalidad política (Correa, 2005: 270). La alianza entre civiles de derecha y Fuerzas Armadas estuvo presente desde el primer momento, ya que se necesitaban mutuamente. Los segundos pondrían la autoridad y el orden, mientras que los políticos y técnicos de derecha le darían forma a ese proyecto histórico. Las Fuerzas Armadas necesitaban del éxito económico y político para adquirir una dimensión “nacional” plausible y convincente y convertirse en los sujetos creadores de un “nuevo Chile” (Moulian, 2002: 234).

A efectos de percibir el peso de las tradiciones corporativistas en la dictadura chilena se ofrecen dos conjuntos de referencias: a) aquellas provenientes de discursos y textos producidos por la dictadura (la Declaración de Principios de 1974, la Constitución Política de 1980) y b) las instituciones creadas y las prácticas desplegadas por el régimen para ordenar de manera corporativa y verticalista a la sociedad chilena, con la convicción de que había vivido un proceso de hiper-politización.

a) Textos y discursos

La “nueva institucionalidad” fue el resultado del triunfo del proyecto histórico de la “nueva derecha”, que se fundamentaba en la combinación de autoritarismo político, economía liberal, sociedad jerarquizada y cultura conservadora. La figura central en el diseño e instalación de una “nueva institucionalidad” en la dictadura fue Jaime Guzmán, quien luego del golpe fue llamado para redactar una nueva constitución (Correa, 2005: 275). Redactó la “Declaración de principios de la Junta de Gobierno” del 11 de marzo de 1974, con la cual se propuso legitimar la toma y el ejercicio del poder de los militares, sirviéndose de principios corporativistas católicos (Correa, 2004: 291). Este texto es el que manifiesta la fusión ideológica del nacionalismo, el corporativismo y el neoliberalismo que promulgaban los distintos sectores que apoyaban a la Junta Militar en sus inicios (Cristi y Ruiz, 1992a: 13 y 121; Correa, 2004; 2008). Allí se puede leer:

La consolidación e institucionalización de un auténtico poder social como el descrito ha de considerarse como el medio más eficaz para constituir en Chile una sociedad tecnificada, en que la palabra de los que saben prevalezca por sobre las consignas, y de una sociedad de verdadera participación, en que la voz del pueblo organizado emerja sin desfiguraciones partidistas y sin mezquindades que la empobrezcan. *Nuestra democracia será entonces orgánica, social y de participación* (p. 32. Cursiva en original).

Según Huneus (2005: 270), la Declaración de Principios se inclinó por el establecimiento de una “nueva y moderna institucionalidad”, influida por las ideas corporativistas de la “España franquista”. Sin embargo, como señala el autor, los militares no llevaron a la práctica los criterios corporativistas contenidos en la *Declaración de Principios*, ya que su aceptación habría implicado abrir espacios de participación a los civiles, instancia que en esos momentos no era deseada por los uniformados, por sentirse los únicos capaces de gobernar (Huneus, 2005:271).

El nuevo texto constitucional pudo conjugar elementos corporativistas y neoliberales, instaurando un régimen económico liberal y a la vez conservador en el ámbito político, pues busca frenar las demandas sociales a través del autoritarismo y la desvalorización de la ciudadanía. Con la Constitución Política de 1980, el régimen militar introdujo una serie de elementos institucionales funcionales que pretendieron recoger una representación distinta de la política liberal, bloqueando la posibilidad de reformar aspectos sustanciales del ordenamiento legal<sup>4</sup>. La nueva institucionalidad a la que aspiraban las Fuerzas Armadas era de una democracia protegida y autoritaria, la cual incluía componentes corporativistas tomados del franquismo (Huneus, 2005: 39)<sup>5</sup>. La influencia corporativista se evidencia en este nuevo “sistema de participación” que tiene dos rasgos definitorios centrales como la separación tajante entre lo político y lo social que es propia de la tradición corporativista. El énfasis sobre la participación, ligado a la exigencia de despolitización de las organizaciones intermedias fue una invariable del discurso militar.

Ahora bien, ni en la Constitución Política ni en la Declaración de Principios no aparece ni una sola vez la palabra corporativismo. Sin embargo lo que hay es una nueva concepción de la política y la “participación social”, en la

---

<sup>4</sup> La Constitución establece una serie de “enclaves autoritarios” que dificultan su reforma. Se exigen mayorías parlamentarias calificadas para reformar aspectos institucionales claves como las bases de la institucionalidad (Capítulo I), los derechos y deberes constitucionales (Capítulo III), el Tribunal Constitucional (Capítulo VII), las Fuerzas Armadas (Capítulo X) el Consejo de Seguridad Nacional (Capítulo XI), etc. Se establece un sistema electoral binominal, por medio del cual con un poco más de un tercio de los votos se consigue la mitad de los parlamentarios, a la vez que se evita la representación de sectores minoritarios de la izquierda (Correa, 2005).

<sup>5</sup> Véase el discurso de Chacarillas de julio de 1977, en el cual Pinochet promovía la idea de una democracia protegida y autoritaria de auténtica participación social.

que nociones caras a las tradiciones corporativistas aparecen frecuentemente. La Declaración de Principios dice:

Punto capital de esa nueva institucionalidad será la descentralización tecnificada y de verdadera participación social. (...) La nueva institucionalidad que hoy se está creando distinguirá entre el poder político y el poder social, separando claramente sus titulares y su forma de ejercicio. El *poder político* o facultad de decidir en los asuntos de interés general para la nación, constituye propiamente la función de gobernar al país. El *poder social*, en cambio, debe entenderse como la facultad de los cuerpos medios de la sociedad para desarrollarse con legítima autonomía hacia la obtención de sus fines específicos (pp. 26-27. Cursiva en original.).

Este “poder social” es concebido como la fórmula de participación social limitada al ámbito de los gremios y de los municipios ya que impide a los ciudadanos la participación política directa. La “sociedad de verdadera participación” solo puede interpretarse como una alusión más al sistema corporativo. El “poder social” estaba “llamado a convertirse en el cauce orgánico más importante de expresión ciudadana”, y por tanto debía ser despolitizado, así como todas las asociaciones intermedias porque de otra manera no podían ser cauce del poder social (Correa, 2008: 478). Siguiendo la diferenciación entre “poder político” y el “poder social” el artículo 23 de la Constitución establece:

Los grupos intermedios de la comunidad y sus dirigentes que hagan mal uso de la autonomía que la Constitución les reconoce, interviniendo indebidamente en actividades ajenas a sus fines específicos, serán sancionados en conformidad a la ley.

Como se observa, la despolitización de las asociaciones intermedias también tuvo rango constitucional. Se prohibió a los dirigentes gremiales intervenir en “actividades político partidistas” y a los dirigentes de los partidos intervenir en el “funcionamiento de las organizaciones gremiales y demás cuerpos intermedios”. Se declaró la incompatibilidad de “los cargos directivos de las organizaciones gremiales con los cargos directivos superiores, nacionales y regionales, de los partidos políticos”.

En las “Bases de la Institucionalidad” (artículos 1º al 9º), se resume la filosofía política de la Constitución, en cuanto toca a la relación del hombre con el poder y contiene diversos principios inspiradores de la organización política del Estado. Aquí los rasgos corporativistas son sustantivos y apuntan justamente a restringir los efectos del sufragio universal. Así, por ejemplo el art. 1 establece:

Las personas nacen libres e iguales en dignidad y derechos. La familia es el núcleo fundamental de la sociedad. El Estado reconoce y ampara a los grupos intermedios a través de los cuales se organiza y estructura la sociedad y les garantiza la adecuada autonomía para cumplir sus propios fines específicos.

La asociatividad es un derecho inherente a la soberanía y no un derecho “permitido” o “conferido” por la Constitución. Sin embargo, la Constitución de 1980 reconoce “autonomía” a las asociaciones civiles que declaran “fines específicos” de tipo económico, cultural y religioso, etc., pero no político. La autonomía de la sociedad civil se acepta en todo lo que no es político. Se acepta la libre iniciativa frente al mercado, pero no frente al Estado. Lo político es un campo minado y cercado, abierto solo a los “expertos”. Por tanto, los movimientos sociales que surjan de “lo social” y se proyecten en “lo político” serán considerados inconstitucionales y por ende serán sancionados (Salazar y Pinto, 1999: 107). En el art. 5º se establece:

La soberanía reside esencialmente en la Nación. Su ejercicio se realiza por el pueblo a través del plebiscito y de elecciones periódicas y, también, por las autoridades que esta Constitución establece. Ningún sector del pueblo ni individuo alguno puede atribuirse su ejercicio. El ejercicio de la soberanía reconoce como limitación el respeto a los derechos esenciales que emanan de la naturaleza humana.

Lo dicho apunta a desprenderse de la idea de soberanía del pueblo, pues la nación, en el pensamiento corporativista y nacionalista, tiene una personalidad propia diferente del conjunto de sus integrantes. Asimismo, se deja institucionalizada la posibilidad de calificar y descartar decisiones de mayorías soberanas (Correa, 2004).

Hasta el 2005 el Senado tuvo representación corporativa a través de los senadores designados. El Senado tenía una integración mixta: por un lado había senadores que representaban a las regiones y que eran elegidos en éstas a través del sufragio universal, por el otro lado había senadurías vitalicias para quienes hubiesen sido presidentes de la República y finalmente había senadores designados entre quienes hubiesen ejercido los cargos de comandante en jefe de alguna de las Fuerzas Armadas, contralor general de la República, rectores universitarios, ministro de Estado o ministros de la Corte Suprema (Correa, 2004). La fórmula de representación corporativa a través de senadores designados y vitalicios también limita los alcances del sufragio universal, y sirve de dique a las demandas populares (Correa, 2005)<sup>6</sup>.

#### b) Instituciones y prácticas

El anclaje de la nueva derecha como bloque de poder del régimen comenzó en la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN), en la cual se impulsaron reformas “modernizadoras” desde 1979. Ellas implicaron el achicamiento del Estado mediante la aplicación del Plan Laboral, la privatización y mercantilización de los servicios de salud, educación y seguridad social, y que favorecieron a los grandes grupos económicos con dichas privatizaciones. Estas reformas junto al principio de subsidiariedad del Estado quedaron amarradas en la Constitución de 1980 con rango constitucional, siendo la pieza que garantiza la permanencia e inalterabilidad de las relaciones de mercado.

La dictadura impulsó permanentemente la descentralización. Ésta quedó consagrada en las bases de la institucionalidad. A medida que se consolidaba el modelo neoliberal, la regionalización era concebida en sus orígenes como un proceso de reforma de Estructura del Gobierno y de la Administraciones Interiores del Estado, que perseguía la descentralización funcional y territorial del poder político y social en vista de una sociedad tecnificada y de verdadera

---

<sup>6</sup> En el 2005, mediante la Ley Nº 20.050 se eliminaron los senadores designados y vitalicios, se redujo el mandato presidencial, se le otorgó al presidente la facultad de remover a los Comandantes en Jefe, se modificó el Consejo de Seguridad Nacional, etc.

participación, que permita alcanzar el desarrollo económico y una efectiva integración nacional de manera armónica (Lira y Marianovic, 1999).

El régimen de Pinochet se esforzó por obtener el respaldo de amplios sectores de la sociedad. La movilización política no se consiguió sólo por la acción de los medios de comunicación sino por la utilización de recursos institucionales. La principal organización dedicada a la movilización de los apoyos políticos al régimen militar fue el Ministerio Secretaría General de Gobierno<sup>7</sup>. Para ello se creó en ese ministerio la Dirección de Organizaciones Civiles, que se estructuró a partir de cuatro secretarías: de la Mujer (Valdivia, 2010), de los Gremios, de la Juventud y de Cultura (Huneeus, 2005: 352-353).

La Secretaría Nacional de los Gremios fue creada en abril de 1974. Los militares creyeron que era posible integrar en una misma entidad los intereses de los pequeños y medianos empresarios con los de los sindicatos, idea tomada del corporativismo español que resaltó “la unidad nacional” y que buscó la integración del capital y el trabajo a través de los sindicatos verticales (Huneeus, 2005: 355). Sin embargo, de las secretarías dependientes de la División de Organizaciones Civiles, ésta fue la más débil ya que no contó con un grupo de colaboradores con capacidad para impulsarla, a diferencia de la Secretaría de la Mujer liderada por Lucía Hiriart (la esposa de Pinochet) y la de la Juventud por Guzmán, ambas secretarías adquirieron una gran capacidad de organización. Según Huneeus, la Secretaría de la Juventud bajo el pinochetismo fue una iniciativa de Jaime Guzmán, con el fin de movilizar a la juventud e influir al régimen con sus ideas políticas. El fracaso político de la Secretaría de la Juventud habría inducido a Guzmán a crear el Frente Juvenil de Unidad Nacional, inspirado abiertamente en el Frente de Juventudes de la Falange Española (Huneeus, 2005:362-363).

En comparación con las secretarías de la Mujer y la Juventud, los resultados de la Secretaría de Gremios eran limitados. En 1979, la actividad de la

---

<sup>7</sup> Para lograr el objetivo de la movilización política el Ministerio Secretaría General de Gobierno tuvo nuevas competencias y mayores recursos económicos que los que poseía en la etapa democrática. Además recibió el rango de ministerio en 1976.

Secretaría de Gremios se orientó a difundir el Plan Laboral<sup>8</sup>. Sin embargo, la Secretaría no logró penetrar en el movimiento sindical, ya que la acción de la oposición desbordó su capacidad de acción. Para comprender esto, hay que tener presente el impacto social de las políticas neoliberales aplicadas desde 1975, que fueron ampliamente destructivas, ocasionando importantes niveles de desempleo y pobreza popular masiva. Según Valdivia (2009), en la coyuntura de 1975-1978, la Secretaría de la Mujer fue uno de los instrumentos más importantes usados por las autoridades de derecha para imponer el neoliberalismo y ofrecer una cara social en medio del repliegue del Estado entre las mujeres pobladoras. La Secretaría de la Mujer dio gran impulso a los cursos de Economía del Consumidor, los cuales enseñaban a comprar y distribuir el dinero familiar y ahorrar, realizándose regularmente en centros de madres, organizaciones vecinales y comunitarias. Los jóvenes, mediante la Secretaría de la Juventud también desarrollaban actividades relacionadas con la beneficencia, se encargaban de la recolección de ropa y alimentos (Valdivia, 2010).

Se crearon los Consejos de Desarrollo Regional y Comunal (CODERE y CODECO) para el ámbito social, y otros que se ubican en el sistema político como el Consejo Económico y Social Provincial (CESPRO) y el Consejo de Seguridad Nacional (COSENA) (Fariña, 1990:140). Los CODERES y CODECOS son organismos de inspiración corporativista, que fueron creados con el objetivo de reemplazar a los partidos políticos como intermediarios entre la sociedad civil y el Estado. Los Consejos debían canalizar las distintas demandas sociales, fomentando y haciendo efectiva una participación social y política a nivel regional y comunal tutelada por el Estado<sup>9</sup>. Dejando de lado el comentario que en este Taller formuló José Díaz Nieva, quien sostuvo que estas instituciones de inspiración corporativista carecían de relevancia política, debe señalarse que esta nueva institucionalidad suponía centrar la participación de la población en el terreno social y en organizaciones comunitarias, lo cual implicaba desalentar la

---

<sup>8</sup> El Plan Laboral fue una reforma que entregaba el sistema provisional a las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFPs), que eran obviamente empresas privadas, las cuales operan sobre la base de la capitalización individual e invirtiendo el monto global de los fondos en diferentes áreas de la economía.

<sup>9</sup> Véase leyes orgánicas constitucionales sobre CODERES (ley 18.605, Diario Oficial del 6 de abril de 1987) y sobre Municipalidades y CODECOS (ley 18.695, Diario Oficial de 31 de marzo de 1988).

adscripción a partidos. De acuerdo al discurso del régimen, la “democracia de verdadera participación” se materializaba en los Consejos de Desarrollo Comunales, (CODECOS), los que asesorarían a las autoridades municipales junto a representantes de organizaciones comunitarias y de la producción, como comercio e industrias de la comuna, juntas de vecinos, organismos juveniles, mujeres y voluntarios (Valdivia, 2010).

## Conclusión

La Gran Depresión de 1930 fomentó un amplio desencanto respecto de la economía liberal y los sistemas políticos existentes, permitiendo la proliferación de grupos portadores de nuevas ideologías políticas influidos por el catolicismo, el corporativismo, el nacionalismo y el fascismo, que se autoproclamaron antimarxistas y anticapitalistas. El corporativismo de inspiración católica encontró oídos interesados en casi todo Occidente. La crítica a la lucha de clases y al individualismo se aunaban en el deseo de crear una sociedad armónica y jerárquicamente, como supuestamente lo habían sido todas las pre-capitalistas. El rumano Mihail Manoilescu sostuvo en 1934 que

las sociedades históricas han sido corporativistas: todas excepto las democracias surgidas con el siglo XIX, en cuanto que la revolución francesa al destruir los cuadros corporativos ha reducido la sociedad al polvo de los individuos (en Bobbio, 2007).

Si bien las ideas corporativistas tuvieron su “momento” entre 1930 y 1945, lejos de desaparecer de la escena política demostraron cierta capacidad para adaptarse a los posteriores contextos políticos. De hecho, entre 1960 y 1970, se evidenció una suerte de florecimiento de las ideas corporativistas en Chile. Es posible afirmar que esta corriente de ideas y la presencia de actores asociados al corporativismo fueron decisivas para la formulación e implementación de políticas públicas orientadas a la reestructuración política, económica y administrativa en la dictadura pinochetista.

El politólogo Carlos Huneeus ha propuesto que el régimen de Pinochet fue semejante al del general Franco en numerosos aspectos, y que el corporativismo

franquista tenía una notable influencia en importantes sectores de la derecha chilena. Sin embargo, el Estado no adoptó una forma corporativa, en la esfera de la sociedad civil se dejó sobrevivir a las organizaciones representantes de las clases liberal-capitalistas sin vínculos orgánicos con el Estado. El Estado excluyó del proceso de toma de decisiones a las organizaciones de clase, y no las incorporó como corporaciones al proceso de toma de decisiones, según se esperaba de un régimen corporativo.

Si bien el control de la política económica estuvo en manos de los tecnócratas neoliberales y los grupos económicos, esto no implica necesariamente que se haya abandonado el ideario corporativista. Por el contrario, personajes y movimientos como Jaime Guzmán y el Movimiento Gremial, asociados al corporativismo anti-estatal y partidarios de un concepto de Estado Subsidiario, han ejercido una fuerte influencia en la institucionalización del régimen militar. El corporativismo y su conjunción con el neoliberalismo dio lugar a una nueva institucionalidad, plasmada en la Declaración de Principios del Gobierno de Chile de 1974 y la Constitución Política de 1980, en la que predominan diversos aspectos corporativistas que se articularon con el modelo neoliberal, un modelo que para legitimarse necesitó de un discurso antidemocrático y conservador originado en el corporativismo.

### ¿Cómo citar este artículo?

Gabriela Gomes, “Los aspectos corporativos de la dictadura chilena (1973-1990)”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Bobbio, Norberto y otros (1997) “Corporativismo y neocorporativismo”. *Diccionario de política*. México, Siglo XXI.

Buchrucker, Cristian (2008) *Una historia comparada de los fascismos*. Buenos Aires, Emecé.

Bustamante, Jorge (1988) *La república corporativa*. Buenos Aires, Emecé.

Campero, Guillermo y Valenzuela, José (1981) *El movimiento sindical chileno en el capitalismo autoritario*. Santiago, Ed. ILET.

Cardoso, Fernando Henrique (1985) “Sobre la caracterización de los regímenes autoritarios en América Latina”. En: Collier, David (comp.), *El nuevo autoritarismo en América Latina*. México, Ed. Fondo de Cultura Económica, pp. 39-62.

Collier, David (1998) "Quién hace qué, a quién y cómo. Hacia un análisis comparativo del corporativismo latinoamericano". En: Lázaro, Jorge (comp.), *El fin del siglo del corporativismo*. Caracas, Ed. Nueva Sociedad.

Constitución Política de la República de Chile de 1980.

Correa Sutil, Sofía (1985) "Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)". *Opciones*, N° 6, mayo-agosto.

---- (2004) "El pensamiento en Chile en el siglo XX bajo la sombra de Portales", en: Terán, Oscar, *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires, Siglo XXI.

---- (2005) *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago, Sudamericana.

---- (2008) "El corporativismo como expresión política del socialcristianismo". *Teología y Vida*, Vol. XLIX, N° 3, pp. 467-481.

Cristi, Renato (2000) *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y Libertad*. Santiago, LOM.

--- y Ruiz, Carlos (1992) *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*. Santiago, Ed. Universitaria.

*Declaración de Principios del Gobierno de Chile* (1974).

Fariña Vicuña, Carmen (1990) "El pensamiento corporativo en las revistas "Estanquero" (1946-1955) y "Política" y "Espíritu" (1945- 1975)". *Revista de Ciencia Política*, vol. XIII, nº 1- 2. Universidad Católica, Santiago.

Gazmuri, Cristián (1996) "Una interpretación política de la experiencia autoritaria" (1973-1990)", en Riquelme, Alfredo (ed.) *Chile: historia y presente. Una visión interdisciplinaria. Documentos de trabajo del programa de Relaciones Internacionales*. Santiago de Chile: Instituto de Historia, pp. 49-65.

Garretón, Manuel (1985) "Proyecto, trayectoria y fracasos de las dictaduras del Cono Sur. Un balance". En: Cheresky, Isidoro y Chonchol, Jacques (comps.) *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*. Buenos Aires, EUDEBA.

Huneus, Carlos (2005) *El régimen de Pinochet*, Santiago, Sudamericana (3ª edición).

Incisa, Ludovico (1982) "Corporativismo". En: Bobbio, Norberto y Nicolás Matteucci, *Diccionario de política*. Madrid, Siglo XXI, pp. 431-436.

Lira, Luis y Marinovic, Fernando (1999) "Estructuras participativas y descentralización: el caos de los Consejos Regionales en Chile". En: *Instituciones y actores del desarrollo territorial en el marco de la globalización*". Ed. ILPES, Universidad del Bío-Bío, Chile.

Malloy, J. M. (1974) "Authoritarianism, corporatism and mobilization in Peru", *The Review of Politics*, enero.

Moulian, Tomás (2002) *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago, LOM.

Newton Ronald (1974) "Natural Corporatism and the Passing of Populism in Spanish America". En: Pike, Frederick y Stritch, Thomas (eds.) *The New Corporatism*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.

O'Donnell, Guillermo (1975) *Acerca del corporativismo y la cuestión del Estado*, Buenos Aires, CEDES.

---- (2009) *El estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Prometeo Libros.

Pucciarelli, Alfredo (coord.) (2004) *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.

Rouquié, Alain (1982) *Poder militar y sociedad política en la Argentina 1943-1973*. Buenos Aires, Emecé.

Ruiz, Carlos (1992a) "El conservantismo como ideología. Corporativismo y neoliberalismo en las revistas teóricas de derecha". En: Cristi, Renato y Ruiz, Carlos (eds.) *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*. Santiago, Ed. Universitaria.

- (1992b) "Tendencias del pensamiento político de la derecha chilena". En: García, José Fernando (eds.), *El discurso de la derecha chilena*. Santiago, CERC- CESOC.
- Salazar Vergara, Gabriel y Julio Pinto Vallejos (1999) *Historia contemporánea de Chile. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Tomo I. Santiago, Ed. LOM.
- Schmitter, Philippe C. (1998) "¿Continúa el siglo del corporativismo?". En: Lázaro, Jorge (comp.) *El fin del siglo del corporativismo*. Caracas, Nueva Sociedad.
- Stepan, Alfred (1998) "La instalación de regímenes corporativistas: marco analítico y análisis comparativo". En: Lázaro, Jorge (comp.) *El fin del siglo del corporativismo*. Caracas, Nueva Sociedad.
- Valdés, Juan Gabriel (1989) *La Escuela de Chicago, Operación Chile*. Buenos Aires, Ed. Grupo Z.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (2010) "Las lógicas político-sociales de la dictadura pinochetista: las secretarías de la mujer y la juventud", ponencia presentada en las V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Universidad Nacional de General Sarmiento, junio.
- (2008) *Nacionalistas y gremialistas. El "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago, LOM.
- ; Álvarez, Rolando y Pinto, Julio (2006) *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. Santiago, LOM.
- Wiarda, Howard (1997) "Determinantes históricas del Estado latinoamericano: la tradición burocrático-patrimonialista, el corporativismo, el centralismo y el autoritarismo". En: Vellinga, Menno (coord.) *El cambio del papel del Estado en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2001) *The Soul of Latin America. The Cultural and Political Tradition*, New Haven, Yale University Press.

## La historia política del Uruguay según Juan E. Pivel Devoto: ¿un relato de derecha?

Mariana Iglesias

La obra de Juan E. Pivel Devoto es central para comprender la producción de las ciencias sociales uruguayas en diversos aspectos<sup>1</sup>. El peso que el relato piveliano ha cobrado en las interpretaciones sobre la historia política del Uruguay en el siglo XIX no ha sido puesto en cuestión exitosamente hasta la actualidad (Rilla, 2008). El impacto que la centralidad del relato sobre el bipartidismo decimonónico forjado por Pivel Devoto ha cobrado en los análisis sobre la conformación del sistema político uruguayo desde la Ciencia Política es indudable, al igual que su marca en los análisis sobre la historia política uruguaya del siglo XX (Garcé, 2005). Del mismo modo, es destacable la influencia que la interpretación piveliana sobre el período colonial ha tenido en los estudios referidos a la situación agraria en el Uruguay (Moraes, 2004). Existen importantes trabajos que han abordado la producción historiográfica de Juan E. Pivel Devoto (Real de Azúa, 1991; Ribeiro, 1994; Zubillaga, 2002; Demasi, 2008; Rilla, 2008) aunque son pocos los estudios que se han propuesto articularla con su destacada labor política y militante en el seno del Partido Nacional y, como consecuencia, con una cosmovisión política específica que otorga sentido a sus nociones sobre la comunidad política.

La producción de Juan E. Pivel Devoto es vasta y prolongada en el tiempo. En este artículo nos proponemos realizar un aporte a los estudios ya existentes mediante el análisis de algunos de los elementos que consideramos constitutivos del pensamiento político del autor y a partir de los cuales toma cuerpo el relato que estructura sobre la historia política del Uruguay en el siglo XIX. En este marco, proponemos prestar especial atención al peso de algunas de sus ideas en torno a la organización política de la sociedad. Concretamente, a qué entiende por “partidos políticos” y por líderes políticos;

---

<sup>1</sup> Este artículo tuvo su origen en el trabajo final elaborado para el seminario “Las derechas en Argentina, Brasil y Chile: una mirada de largo plazo (1880-2010)” dictado por Ernesto Bohoslavsky y Sergio Morresi en la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín. Quiero agradecer a Ximena Espeche por todas las instancias de discusión que hemos compartido en torno al trabajo de Juan E. Pivel Devoto y a otros tópicos vinculados con la historia política del Uruguay. Este trabajo está en deuda con ellas.

a cómo comprende la representación política; a cómo articula las categorías “caudillo” y “doctor” con lo anterior; a cómo vincula a los “partidos políticos” con el Estado; a cuál es su concepto de “autoridad” y a las nociones que esgrime sobre la legalidad. Para ello trabajaremos con dos libros editados cercanamente en el tiempo y en los que Pivel Devoto se propone explícitamente abordar el devenir histórico del Uruguay decimonónico. Ellos son la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* (de 1942) y la *Historia de la República Oriental del Uruguay* (de 1945).

### El personaje y su obra

Juan E. Pivel Devoto nació en el departamento de Paysandú, Uruguay, en 1910 y murió en Montevideo en 1997. Fue historiador, profesor, funcionario público y político vinculado al Partido Nacional con militancia activa durante toda su vida. Inicialmente estuvo relacionado con fracciones herreristas del nacionalismo. A modo de ejemplo, en 1940 fue nombrado director del Museo Histórico Nacional tras ser propuesto por el líder de dicho sector, Luis Alberto de Herrera, mientras aún regía el criterio de reparto de cargos políticos entre los sectores más votados en elecciones nacionales, inaugurado tras el golpe de Estado dado por el presidente Gabriel Terra en 1933. En las elecciones nacionales de 1946 integró la nómina de candidatos al Senado a través de las listas que apoyaban la candidatura presidencial de Herrera. En 1963 fue nombrado Ministro de Instrucción Pública en representación del llamado Herrerismo Ortodoxo. Hacia la década de 1970 integró el sector Por la Patria, dirigido por Wilson Ferreira Aldunate dentro del Partido Nacional. En 1970 integró el Directorio del Partido Nacional y en 1983 fue nombrado presidente de dicho partido convirtiéndose así en un actor político relevante en las negociaciones con los militares que gobernaban el país en aquel entonces. En 1985, durante el primer gobierno electo democráticamente al finalizar la dictadura cívico-militar iniciada en 1973, fue nombrado presidente del organismo público de gobierno de la educación primaria y secundaria en el Uruguay, cargo que ocupó hasta 1990.

La producción de Pivel Devoto se inscribe en una línea historiográfica nacionalista que hunde sus raíces en el siglo XIX y que ha sido identificada como “tesis independentista clásica” a partir del análisis de los distintos relatos en torno a la nación en el Uruguay que realizó Carlos Real de Azúa (1991). Bajo esa categoría se han

englobado diversos trabajos cuya característica común ha sido la de abordar la historia del Uruguay dando por sentado que es el resultado de la expresión y del progresivo afianzamiento de una nación que se supone prefigurada ya desde la época de la revolución independentista –o antes según el autor. Acorde con esta visión se construyeron varios relatos que lograron aunar hitos de distintos, e incluso contrapuestos, proyectos políticos bajo el criterio de un relato evolutivo y armónico que pretendía dar cuenta de la historia del país bajo la clave del desarrollo de la nación. Así, por ejemplo, tanto los hechos políticos que reivindicaron la unión de la Provincia Oriental a las Provincias Unidas en 1825 como los que consagraron al Uruguay como Estado independiente en 1830 pudieron ser entendidos como etapas de un único proceso basado en el deseo de independencia del “pueblo oriental”. Como principales exponentes de esta corriente podemos señalar a los relatos de Francisco Bauzá mediante la *Historia de la dominación española en el Uruguay* (1882); Juan Zorrilla de San Martín, a través de su *Epopéya de Artigas* (1910) y de Pablo Blanco Acevedo, con *El gobierno del Uruguay y los orígenes de la nacionalidad* (1925). Esta línea historiográfica fue retomada por Luis Alberto de Herrera y, posteriormente, uno de sus principales continuadores fue Pivel Devoto (Real de Azúa, 1991).

Teniendo en cuenta el carácter fuertemente político-partidario de la producción histórica sobre el Uruguay en las primeras décadas del siglo XX, el aporte que Pivel Devoto hizo al relato nacionalista –retomando al colorado Blanco Acevedo– fue relativizar la identificación de la “independencia nacional” con una figura política exclusiva o preponderantemente vinculada a uno de los grupos políticos gobernantes al momento de escribirlo. Así, logró desarticular la primacía de la identificación de Fructuoso Rivera (líder del Partido Colorado) con la acción independentista en contraposición a la de Juan Antonio Lavalleja (líder identificado con el Partido Blanco/Nacional), quien hasta el momento había sido vinculado con el unionismo a las Provincias Unidas según la historiografía nacionalista colorada. De este modo, construyó un relato de la nación caracterizado por articulación armoniosa de la historia del Uruguay con la de los sectores políticos que se apropiaron del legado de Rivera y de Lavalleja.

Así, la visión historiográfica piveliana puede ser pensada tanto como un relato que buscó marcar un contrapeso a una reconstrucción histórica nacionalista colorada estructurada a partir de las mencionadas coordenadas y, simultáneamente, opuesta al

que se había convertido en hegemónico para el momento en que el político había iniciado su labor de historiador: el batllista. Desde este punto de vista, la discusión de Pivel sería doble. Por un lado, al interior del nacionalismo el autor discutía con quienes negaban el carácter independentista de la Cruzada Libertadora en 1825 al verla como la demostración de una voluntad de unión a las Provincias Unidas. Por otro lado, por afuera de aquél, Pivel pretendía impugnar la visión batllista de la historia forjada principalmente por Eduardo Acevedo –entre otros–, que reflejaba una “idea de realización humana a través de la historia” (Ribeiro, 1994: 56) y que presentaba al período en que José Batlle y Ordóñez gravitó en la historia política del país en calidad de presidente de la República como el momento cúlmine de la configuración de una nación entendida como expresión del Estado y del gobierno (Rilla, 2008), por tanto, de la acción protagónica de los hombres y de sus proyectos e ideas.

En los apartados siguientes nos centraremos en el análisis de los aspectos conservadores y antiliberales que pueden detectarse en la obra de Juan E. Pivel Devoto, los cuales pueden ser pensados como indicios de un pensamiento de derecha. Al respecto, pretendemos hacer foco en los siguientes puntos. En primer lugar, en el peso que cobra la tradición mediante la creencia en la existencia de una conformación originaria inmodificable en su esencia, la “Nación”. Esta actitud tradicionalista, que privilegia la continuidad sobre el cambio, convierte al estudio del pasado en un relato en torno a los modos en que la “Nación” se manifestó y al futuro en una expresión por venir de la misma sustancia que la conforma. En segundo lugar, en las diatribas permanentes –a lo largo de todo el relato– a todo lo que puede ser entendido como una definición doctrinaria, ya sea por el modo en que se refiere a los proyectos políticos provenientes de grupos liberales a lo largo del siglo XIX como por su constante esfuerzo por construir la idea de que su interpretación sobre el pasado es el verdadero reflejo de la peripecia de la “Nación”. En tercer lugar, en el carácter virtuoso que el autor adjudica a la autoridad, a la jerarquía y a la violencia. A la primera porque la considera un vehículo indispensable para el afianzamiento de la “Nación”; a la segunda porque encarna uno de los atributos fundamentales de la primera; a la tercera porque entiende que las revoluciones tuvieron un carácter productivo a lo largo de todo el siglo XIX y, como consecuencia, presenta al siglo XX como un resultado de ellas. Finalmente, y en cuarto lugar, creemos fundamental referir el contexto en el que se inserta la producción historiográfica de Juan E. Pivel Devoto así como su marco

referencial ya que toda derecha, y toda izquierda, lo son en relación con un otro. En esto, al igual que en los anteriores puntos, nos detendremos más detalladamente en el devenir del trabajo. Basta con señalar en este momento que el grupo político en el que el político-historiador enmarcó su militancia partidaria e intelectual, y su reconstrucción historiográfica, se situaba en la vereda de enfrente de los sectores que podían identificarse como de izquierda tanto dentro como fuera del marxismo.

### **El relato político de Pivel Devoto**

Los textos que abordaremos en este artículo fueron producidos entre fines de la década de 1930 y mediados de la siguiente, período que comprendió un ciclo caracterizado por un fuerte retroceso de las ideas y de los regímenes liberales en el mundo occidental. El Uruguay no fue la excepción a ello. En 1933, al igual que en el resto de América Latina, la institucionalidad forjada hasta el momento fue quebrada por un golpe de Estado. En este caso, encabezado por el entonces presidente de la República, Gabriel Terra, un colorado proveniente del batllismo que contó con el apoyo del sector del Partido Nacional liderado por Luis Alberto de Herrera y de grupos conservadores del Partido Colorado, por ejemplo, el Partido Colorado General Fructuoso Rivera. La *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* se publicó en 1942 pero fue presentada en un concurso de la Universidad de la República cuyas bases quedaron aprobadas en 1939 y el tribunal evaluador falló en 1941 otorgándole el Premio Blanco Acevedo al escrito de Juan E. Pivel Devoto. Por tanto, es posible pensar que el trabajo fue producido sobre finales de la década de 1930. La *Historia de la República Oriental del Uruguay* fue publicada por primera vez en 1945, en pleno auge del restablecimiento del batllismo en el control del Estado –sector excluido desde 1933 tras el golpe de Estado–, del alineamiento panamericano de la política internacional del país y, por tanto, del restablecimiento de la hegemonía liberal de la mano del referido sector del Partido Colorado y del Partido Nacional Independiente –grupo también relegado luego de 1933.

El auge de las corrientes de pensamiento nacionalista a lo largo de la década de 1930 generó un clima propicio para que salieran a luz diversas ideas políticas que hasta el momento habían quedado subordinadas frente al predominio liberal. El Uruguay tampoco fue una excepción a ello y, en este caso, el declive del liberalismo quedó íntimamente vinculado con la caída de los sectores partidarios relegados tras el golpe de

Estado de 1933. Evidentemente el espectro de ideas que apareció en este período fue muy amplio y abarcó desde posturas antiliberales, afines a los proyectos fascistas y corporativistas europeos que pregonaban cambios revolucionarios orientados en tal sentido (Alpini, s/f), hasta pronunciamientos nacionalistas bien críticos del liberalismo, pero no necesariamente rupturistas.

Dentro de este abanico de posiciones es posible ubicar a la producción de Juan E. Pivel Devoto en un punto más cercano a las visiones críticas del liberalismo que mantenían su fidelidad al sistema conformado hasta el momento. En tanto adherente al herrerismo, el político-historiador se encontraba alineado con los sectores partidarios institucionalizados que, en el contexto nacional, tuvieron mayor afinidad con los movimientos de tipo fascista, particularmente con la Falange española y el régimen de Mussolini (Alpini, s/f). Según Barrán, Pivel Devoto había sido, además de blanco, franquista; tal vez de modo similar a como lo fue el líder político con el cual se identificaba, Luis Alberto de Herrera (Rilla, 2008). En el ámbito político y educativo local, fue señalado en más de una oportunidad como promotor de ideas “nazi-fascistas” durante la década de 1940 (Zubillaga, 2002). Es claro que ello no lo convierte automáticamente en fascista, pero el dato es un indicio del lugar que el personaje ocupaba en el espectro político del momento. En esos años, los sindicatos mediante tales epítetos eran quienes estaban en la vereda de enfrente de los sectores partidarios defensores de proyectos liberales y socialdemócratas.

El elemento que se ha destacado como característico de Pivel Devoto es la centralidad que otorga a los “partidos” o “bandos políticos” tradicionales –Blanco y Colorado– en su relato histórico (Zubillaga, 2002; Demasi, 2008; Rilla, 2008). Más específicamente, en la visión de la “Nación” que presenta los “partidos políticos” son entendidos como sus armónicos constructores y no como sus destructores, tal como lo hacía la historiografía oficial ligada a cierto coloradismo y al batllismo (Rilla, 2008). La dicotomía entre “civilización” y “barbarie” de la historiografía batllista, que ponía el acento positivo en la ciudad, identificada con la primera, y el negativo en la campaña, identificado con la segunda, fue invertida por Pivel Devoto. Mediante la adopción del binomio “caudillos” y “doctores”, que retomó de la obra de Alberto Zum Felde y de la de Luis Alberto de Herrera, (Rilla, 2008) la campaña pasó a ocupar el polo positivo del relato piveliano y los “caudillos”, identificados con ella, fueron quienes quedaron del lado de la “Nación”. El esquema vinculaba lo bueno con el nosotros nacional y lo malo

con lo ajeno, lo importado, lo no nacional. Como consecuencia, la filiación de los “doctores” con la “Nación”, ubicados total o parcialmente en el polo negativo por ser una fácil vía de entrada de ideas entendidas como ajenas al medio, quedó minimizada en el relato piveliano. Como corolario, la historia política de Pivel Devoto, que es la historia del paulatino desarrollo de la “Nación” manifestada a través de los “partidos” entendidos como “tradicionales”, quedó ligada a las peripecias de los “caudillos” ya que donde ellos estaban aquéllos se corporizaban.

En el caso de la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* la centralidad de los “partidos” es evidente ya que son su preocupación principal. En ese trabajo se presenta un relato cronológico y factual en el cual se da cuenta de los períodos de esplendor, de decaimiento y de resurrección de los “partidos políticos” que, según el autor, podían encarnar la voluntad independentista del “pueblo oriental”, lo cual se concreta mediante el seguimiento de los lugares que ocuparon los “caudillos” que representarían a los “bandos” blanco y colorado. Como consecuencia, los diversos partidos políticos que surgieron a lo largo del siglo XIX, identificados con elementos “doctorales”, son vistos como intentos fallidos por su carácter apartado de la “realidad” y, por lo tanto, no merecedores del estatuto de permanentes que permite ligarlos con la expresión de la “tradición” nacional. En el caso de la *Historia de la República Oriental del Uruguay*, el actor central del relato piveliano es el Estado. En este trabajo, escrito junto con su esposa Alicia Ranieri, se mantiene el anterior esquema interpretativo articulándolo con la historia de la consolidación estatal. En relación con ello, dos preocupaciones son centrales en el relato. En primer lugar, la legislación promovida por cada gobierno en el sentido de hacer un rastreo de la progresiva consolidación de la institución. En segundo lugar, el seguimiento de la política internacional de sucesivos gobiernos respecto a la fijación y reconocimiento de los límites del territorio de la “Nación”. Dentro de este marco, el principal período de consolidación del Estado es fijado durante el llamado militarismo (1875-1890), concretamente durante el gobierno, primero *de facto* y luego de derecho, del coronel Lorenzo Latorre; idea que ya estaba presente en la *Historia de los partidos...* Si bien el libro pretende abordar hasta el período 1930, se detiene más que nada en los últimos años de la década de 1910, cuando se realizó la reforma constitucional que previó ciertos mecanismos de coparticipación de los “partidos políticos tradicionales” en la organización del Poder Ejecutivo. De este modo, es significativo que, con respecto al período batllista, el autor no destaque ningún quiebre

ni adjudique a los gobiernos de José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915) ningún rol protagónico. Por el contrario, lo presenta como un momento más en el largo proceso de afianzamiento de la “Nación”.

Como vimos previamente, no son ni el Estado ni los “partidos políticos” los protagonistas centrales que merecen la atención del político-historiador. Su propósito siempre fue la historia de la “Nación” (Rilla, 2008) y en función de ello es que cobran importancia los primeros en tanto permiten su encarnación. Siguiendo esta lógica, ¿qué sucede cuando el pasado histórico muestra una coyuntura de división política interna, de antagonismo entre “caudillos”, entre “partidos políticos” y, como consecuencia, de desdoblamiento del Estado? En este sentido, el principal problema que la historia del siglo XIX le genera al relato piveliano es la llamada Guerra Grande (1838-1851) ya que el conflicto derivó no solo en la confrontación entre los “partidos políticos” sino también en el resquebrajamiento del Estado. El episodio es un buen ejemplo para comprender la clave interpretativa que Pivel Devoto propuso para entender los conflictos políticos de ese siglo.

Este episodio, desencadenado como consecuencia del levantamiento del general colorado Fructuoso Rivera contra el gobierno constitucional del general blanco Manuel Oribe, llevó a que el territorio de la entonces República Oriental del Uruguay quedara dividido en dos gobiernos. Uno, situado en Montevideo, el “Gobierno de la Defensa”, donde se asentó Rivera en alianza con la élite liberal urbana, los emigrados unitarios encabezados por Juan Lavalle y los franceses en guerra contra el gobierno de Juan Manuel de Rosas. El otro, ubicado en las afueras de Montevideo, el “Gobierno del Cerrito”, donde se afincó el depuesto presidente en alianza con los federales rosistas. Este período es incorporado en la narración piveliana como un momento de “internacionalización de los partidos”. Ello podría ser pensado como un escollo al momento de construir un relato armónico ya que supuso un fuerte enfrentamiento entre sectores que se autoproclamaban como verdaderos representantes de la “Nación”. No obstante, Pivel Devoto logró articular la división política interna y el alineamiento de las fracciones políticas locales con las que podían ser identificadas como extranjeras, si se aceptaba la existencia de la Argentina y del Uruguay para aquel entonces, de manera bastante exitosa para mantener la coherencia de su visión del pasado. De esta manera el abordaje piveliano del conflicto logró sostener un relato sobre la “Nación” basado en la convivencia armónica de los “partidos políticos tradicionales”. Esto lo logró

construyendo la idea de que el sentimiento de independencia y de unidad “oriental” pervivía en los dos gobiernos en que había quedado dividido el “Estado Oriental” y que la vida nacional se vio perturbada por las circunstanciales alianzas que ambos “caudillos” se habían visto obligados a concretar. Así logró exculpar a cada uno de manera distinta. A Rivera, despojándolo de responsabilidad y culpando al elemento “doctoral” montevideano por su supuesto carácter unitario, extranjerizante y cosmopolita, que lo habría llevado a mantener la alianza con Francia y con el general Lavalle. A Oribe, por haberse dejado guiar por la amistad, lo que lo habría conducido a prolongar su vínculo con Rosas. Por otro lado, atenuó la alianza del “caudillo” argumentando que, en última instancia, era menos condenable una alianza con americanos que con europeos.

### **Algunas características del pensamiento de Pivel Devoto**

El pensamiento de Pivel Devoto evidencia una visión esencialista de la nación, que entiende prefigurada desde la época de la revolución independentista y propiciada por la “homogeneidad racial, homogeneidad territorial, dos bases esenciales para la constitución de la nacionalidad” (Pivel Devoto, 1956: 47). Desde esta óptica, evidencia una profunda creencia en la existencia de un cuerpo primigenio que es la “patria oriental”, que habría manifestado su voluntad de libertad y autonomía desde comienzos del siglo XIX. En este sentido, el actor colectivo en el que radica la voluntad nacional de independencia es el “pueblo” y sus intérpretes son los líderes personales, generalmente militares, en torno a los que se estructuran los “partidos políticos” que entiende como “tradicionales” y, por tanto, como vehículos válidos para expresar la “Nación” y para cristalizar en el Estado. Tomando esto como puntapié de nuestra reflexión, nos interesa pensar en torno a cuál es el vínculo que Pivel Devoto establece entre los “partidos políticos” y el Estado como puntapié para adentrarnos en las nociones del autor sobre la política. Para este problema es necesario tener en cuenta diversas variables. En este caso nos centraremos en cuatro cuestiones. En primer lugar, qué entiende por partidos políticos y cómo determina cuáles son los que pueden servir de vehículo para la manifestación de la “Nación”. En segundo lugar, cuál es el criterio que le permite sostener que tuvieron participación activa a lo largo del siglo XIX. En tercer lugar, cómo se manifiesta su caracterización de la autoridad y cómo la articula con los partidos

políticos y con el Estado. Finalmente, cómo entiende a este último y cómo opera el binomio “caudillos”-“doctores” en esta construcción.

Con respecto a lo primero, los partidos políticos para Pivel no son en sí mismos organizaciones ideales para regular la convivencia política de la sociedad ni tampoco instituciones que se estructuran a partir de una organización que exceda a las personas que los integran. Por el contrario, los partidos políticos que protagonizan el relato piveliano (Blanco y Colorado) se estructuran y existen por las personas que los integran, más concretamente por sus líderes, que son los que definen a los partidos. En este punto es central la inversión del esquema sarmientino que realiza Pivel Devoto (Demasi, 2008) ya que la idealización del “caudillo” por sobre los “doctores” permite la identificación armónica de los primeros con los “partidos políticos” que entiende como vehículos de la “Nación”. Como consecuencia, los distintos partidos o agrupaciones políticas que existieron a lo largo del siglo XIX son presentados como anécdotas e intentos fallidos, básicamente, por su carácter programático y “doctoral”. Siguiendo este esquema entonces, la “Nación” se expresa allí donde aparecen “caudillos” –identificados a lo largo del siglo XIX principalmente con figuras militares– porque los “partidos políticos” nacionales se habrían conformado a partir de ellos.

En cuanto a lo segundo, tal como lo han señalado varios historiadores, es fundamental el protagonismo que los “partidos políticos” tienen en el relato de Pivel Devoto (Zubillaga, 2002; Demasi, 2008; Rilla, 2008). No obstante, a lo largo del siglo XIX el político-historiador destaca momentos de resurrección y de aparente desaparición de los “partidos políticos” que supone entroncados con la “Nación” frente a lo que sostiene que la ineluctable reaparición de ellos era posible porque siempre se mantuvieron vivos. Al respecto proponemos que el criterio que Pivel Devoto siguió para detectar la existencia de los “partidos” Blanco y Colorado estuvo pautado por el lugar que los “caudillos” ocuparon en relación con el Estado. Esto es, los “partidos” de la “Nación” existieron cuando sus piedras basales, los “caudillos”, ocuparon puestos ejecutivos en la dirección del Estado, pugnaron por ellos o se manifestaron en apoyo a quienes los ocupaban, lo que es presentado por Pivel Devoto como fuente de legitimidad.

Lo anterior nos remite directamente al tercer elemento que mencionamos previamente, el problema de la autoridad. Desde este punto de vista entonces, la “autoridad” existe cuando hay liderazgos personales que supuestamente interpretan la voluntad del “pueblo oriental” sin mediaciones y cuando éstos actúan en relación con el

Estado. Consecuentemente, la “autoridad” se concreta cuando el “caudillo” accede al control del Estado porque es desde ese lugar que puede concretar su misión de dirección de la comunidad y es legítima porque expresa la supuesta voluntad del pueblo. De este modo, la conformación institucional y la consolidación del andamiaje legal es rescatado por Pivel Devoto como la expresión de la “tradición”, esto es, de algo preexistente y que define la esencia del “pueblo” en lugar del resultado de la acción de los hombres y, mucho menos, de la concreción del programa de los “doctores”. Además, se entiende que la “autoridad” radica en los “caudillos” porque eran ellos quienes tenían voluntad de establecer un gobierno centralizador y fuerte, medios compatibles con la idea de unificación de la “Nación”, y porque privilegiaban el mantenimiento del orden. Y seguramente, porque eran militares.

Como corolario de todo lo anterior podría pensarse que, en última instancia, el escenario a partir del cual la “Nación” se realiza es el Estado, no los “partidos políticos” estrictamente. El Estado es el lugar en donde la “autoridad” se consuma, donde los “partidos políticos” demuestran su existencia. El Estado es el que resguarda la soberanía de la “Nación”, y se estructura a partir de la concreción legal e institucional de un orden previo, expresado a través de la “tradición”, no de proyectos “doctorales” ya que son entendidos como foráneos. Desde este punto de vista entonces, si bien los partidos políticos pueden ser pensados como los protagonistas del relato piveliano, no parecen ocupar en tanto tales el centro de su concepción sobre la organización de la comunidad nacional. Por el contrario, éste parece radicar en el Estado y en el principio de autoridad entendido en términos personalistas, a partir de lo cual se desgaja la idea de partido político según Pivel Devoto.

Desde este punto de vista, el relato piveliano es plenamente compatible con la pervivencia del sistema político uruguayo consolidado para el momento en que el político-historiador escribió y es coherente también con el posicionamiento político de su sector partidario, ubicado a la derecha del espectro político y que optó por incorporarse al sistema político y actuar desde su interior en lugar de buscar salidas extra-institucionales para acceder al control del Estado. Así, el reconocimiento de la institucionalidad vigente y de la legalidad parece haber sido un elemento *sine qua non* para la participación y la inclusión en el sistema político de los grupos que pretendieran formar parte de él en Uruguay. En sintonía con ello, el relato historiográfico de Pivel Devoto no pone en cuestión explícitamente al sistema institucional y legal, menos aún

cuando todo su rescate se orienta a justificar la inclusión del partido Blanco en un Estado hegemónico por el Colorado. No obstante, parece necesario indagar sobre el modo en que los entendía.

A partir de las nociones sobre la política que se desprenden de la producción de Pivel Devoto es posible plantear que, en su cosmovisión, la ley y la institucionalidad suponen el reconocimiento de un orden natural preexistente. En tanto ese orden está fuertemente anclado en la “tradicición” permite insertar a la acción humana en los parámetros que ella delimita. Y es de la mano de este punto que podemos dar paso al señalamiento de ciertos elementos antiliberales en el relato piveliano. Si bien Pivel no plantea una crítica explícita ni furibunda al liberalismo, ésta puede ser advertida en primera instancia por el hecho de que el político-historiador excluye a los representantes de tal corriente de la “Nación”. En suma, el liberalismo y sus representantes, los “doctores”, no son parte de la “patria oriental”. Por el contrario, siempre están en sus bordes y son proclives a convertirse en una vía de entrada para lo extranjerizante.

Los elementos que en cada coyuntura conflictiva del siglo XIX son utilizados para explicar la disidencia entre “orientales” están mayoritariamente del lado de los “doctores” y suelen coincidir con exponentes de las ideas liberales en la región. Si bien Pivel Devoto matiza constantemente toda crítica que realiza, incluidas las que dirige a los “doctores”, es contundente la asimetría entre las exculpaciones hacia éstos y hacia los “caudillos” por tomar decisiones que entorpecieron la expresión de la “Nación” (Demasi, 2008). En el caso de la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* lo anterior se refuerza ya que, de la mano del esquema “caudillos” y “doctores”, se estructura la oposición entre “país real” y “país legal” depositándose todo lo que expresa la “realidad” del momento en los “caudillos” mientras que en los “doctores” queda lo artificial, lo no autóctono. Como consecuencia, el ordenamiento legal estructurado a partir de un proyecto político es presentado como algo artificial. En la *Historia de la República Oriental del Uruguay* el razonamiento se presenta mediante la idea de que la primera Constitución del país, que entró en vigencia en 1830, tenía fallas que radicaban en su desconocimiento de lo que el político-historiador entendía como “país real”, que solamente podía ser interpretado por los “caudillos”. Nuevamente en este caso, lo extranjero vuelve a quedar vinculado con lo liberal a partir de presentar al proyecto “doctoral” concretado en la Constitución como ajeno a la esencia de la “Nación”.

El episodio de la Guerra Grande es apropiado para ver cómo opera en el relato de Pivel Devoto lo anteriormente mencionado. En la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, cuestiona a ambos bandos en conflicto por haber entablado alianzas con sectores extranjeros, pero es más condescendiente con la alianza del “Gobierno del Cerrito” de Manuel Oribe con Juan Manuel de Rosas, por haber pactado con americanos y por no haberse ligado con los liberales:

Los orientales ‘puros’ anhelaban la paz, la paz obtenida por los medios directos, sin la intervención europea, que comienza entonces a perder prestigio, con la mediación a lo sumo de las potencias americanas (Pivel Devoto, 1942: 169).

Si la paz no se había alcanzado era por la influencia ejercida dentro de Montevideo por los elementos extranjeros y por la adhesión ilimitada de Oribe a su palabra de amistad, fatal para el país, bien que en el Cerrito no se hubiere dado el caso de una preponderancia tan grande de factores ajenos a la nacionalidad como en la ciudad sitiada (Pivel Devoto, 1942: 189-190).

Y ello es más explícito en la *Historia de la República Oriental del Uruguay*:

El Cerrito fue sin duda el refugio de la familia oriental; el baluarte de la autoridad y del orden, que dio garantías a la campaña disputada a la penetración brasileña, y cuya adhesión a la causa americana, sostenida sin desmayos, le ganó a sus soldados el título de defensores de la independencia del país, comprometida, sin querer, por los liberales de Montevideo. Pero no es menos cierto que el carácter que Oribe dio a su alianza con Rosas, llevada a extremos tan radicales, significó una adhesión incompatible con la soberanía nacional (Pivel Devoto, 1956: 174).

El peso que la tradición tiene en la mirada de Pivel Devoto es muy relevante y sirve también para marcar la diferencia entre “caudillos” y “doctores” en detrimento de los segundos y, por tanto, de las ideas liberales. Son los “caudillos”, en su supuesta calidad de intérpretes del sentir popular, quienes están en condiciones de rescatar la “tradición” constitutiva de la “Nación” y de actuar de manera acorde a ella. En este sentido, el rescate que Pivel Devoto se permite hacer de una figura política destacada hacia finales del siglo XIX, representante del mundo “doctoral”, es canalizado mediante un ejercicio de “tradicionalización” del personaje:

El 1º de marzo de 1890 fue electo Julio Herrera y Obes. Su actuación política ya había sido intensa. Principista de convicción, opositor al régimen de fuerza de Latorre, desterrado de la barca Puig, hemos visto cómo, en la época de Santos,

separado ya de sus abstracciones ideológicas, quiso aportar el caudal electoral de las masas a una dirección inteligente, en plena corriente tradicionalista (Pivel Devoto, 1956: 363).

Es evidente que para entender qué significaba la tradición para Pivel Devoto sería necesario un estudio aparte. En este caso, simplemente pretendemos abordar el uso de tal concepto en función de la utilidad que parece haberle brindado al relato piveliano para desprestigiar al liberalismo. Desde esta óptica, el peso que el político-historiador da a la noción de tradición es tal que logra eliminar las diferencias de ideas y de proyectos de organización política como elementos diferenciadores de los partidos políticos y como clave para comprender el devenir histórico del Uruguay. Como consecuencia, los conflictos políticos de siglo XIX son principalmente entendidos en términos de “tradición” ya que es ella la que los incluye en la “Nación” de la mano de la centralidad de los “caudillos”. En este sentido, la defensa del pasado y la preocupación por el lugar que éstos ocuparon en el devenir histórico son coordenadas fundamentales del relato. En ese marco, el único lugar que queda para definiciones de tipo doctrinario, cuando aparecen, es el de los “doctores”, lo que potencia la posición subordinada que ellos ocupan en la historia de Pivel Devoto por ser considerados incapaces de representar la “realidad” y de expresar el sentimiento del “pueblo oriental”.

### **Reflexiones para continuar**

¿Cuáles son los sectores partidarios excluidos de la armonía blanco-colorada que Pivel Devoto construye? Los “partidos” que expresan a la “Nación” según el político-historiador son los que controlan el campo político en el momento en que él escribe. Desde este punto de vista todos los grupos que no integraban las referidas colectividades quedaron por fuera de la “Nación” imaginada por Pivel Devoto. El caso de los sectores identificados con la izquierda marxista es el más evidente. Pero, al interior de los dos grandes “partidos tradicionales”, ¿qué exclusiones se cobijan al amparo de las nociones políticas que estructuran la reconstrucción historiográfica? Por más que el relato despliegue una mirada componedora y no aparezcan descalificaciones explícitas y virulentas contra ningún sector político, lo cual es relativo si pensamos por ejemplo en cómo se refiere al Partido Conservador –pero dejemos ello para otra oportunidad–, nos preguntamos si a la sombra de su desprecio por lo “doctoral” no puede cobijarse una

lectura de la historia que marginaliza los proyectos políticos de los grupos que habían sido relegados tras el golpe de Estado de 1933: el batllismo y el nacionalismo independiente. Ambos, reductos liberales –aunque obviamente con diferencias– en un contexto mundial y nacional de retroceso de dicha ideología; perseguidos políticos por el régimen sustentado en una alianza entre sectores blancos (herrerismo) y colorados (terristas, riveristas, etc.); apartados del juego electoral hasta que volvieron a participar en elecciones presidenciales en 1942.

La sobreabundancia de trabajos sobre el batllismo hace más viable que indagemos sobre la posibilidad de pensar a la construcción historiográfica de Pivel Devoto como una contestación del relato hegemónico forjado al calor del predominio político de ese sector político. En tal sentido y sin ánimo de ser exhaustivos nos preguntamos si, en el contexto específico en el que escribió Pivel, la centralidad del binomio “caudillos” y “doctores” puede ser pensada como una contestación del esquema “civilización”- “barbarie” a partir del cual el batllismo construyó su relato sobre la nación. Así, la defensa del tradicionalismo puede ser vista como una impugnación al cosmopolitismo batllista y, junto con la idea de “país real”, como una visión alternativa a la del “país modelo”, central para el sector y basada en una idea de acción humana vanguardista e innovadora. La concepción de partidos políticos como colectividades organizadas en torno al liderazgo personal del “caudillo” puede ser contrastada con una idea más institucional y orgánica de la organización política mediante la conformación de partidos políticos que preveían instancias formales de decisión, como fue el caso del batllismo.

Hemos propuesto el abordaje de los elementos que permiten entender las nociones sobre las que se estructura el relato de Pivel Devoto con el objetivo de pensar en torno al lugar ideológico en el que su relato se situaba en relación con los restantes grupos que conformaban el campo político en el momento en que éste se produjo. Con el ánimo de abrir preguntas, más que de arribar a conclusiones cerradas, este artículo pretende ser una contribución para considerar la posibilidad de pensar a la obra de Pivel Devoto como una lectura derechista de la historia y la política uruguaya.

#### **¿Cómo citar este artículo?**

Mariana Iglesias, “La historia política del Uruguay según Juan E. Pivel Devoto: ¿un relato de derecha?”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Alpini, Alfredo (s/f) "Uruguay en la era del fascismo". *Revista Chasque*, 184. Disponible en <http://chasque.apc.org/frontpage/relacion/9909/uruguay.htm>, consultado en agosto de 2010.

Correa Sutil, Sofía (2004) *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana.

Demasi, Carlos (2008) "Los partidos más antiguos del mundo': el uso político del pasado uruguayo", *Encuentros uruguayos* (1-1), Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Eatwell, Roger y O'Sullivan, Noel (1990) *The Nature of the right: American and European politics and political thought since 1789*, Boston, Twayne Publishers.

Garcé, Adolfo (2005) "La Ciencia Política en Uruguay: un desarrollo tardío, intenso y asimétrico", *Revista de Ciencia Política*, (25-1), Montevideo, Instituto de Ciencia Política, pp. 232-244.

Lvovich, Daniel (2006) *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*; Buenos Aires, Capital Intelectual.

McGee Deutsch, Sandra (2005) *Las derechas: la extrema derecha en Argentina, el Brasil y Chile 1890-1939*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Moraes, María Inés (2004) "La historiografía de Pivel Devoto sobre el agro colonial en la Banda Oriental: un estudio de *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811*", *Boletín de historia económica* (II-3), Montevideo, Asociación Uruguaya de Historia Económica, pp. 4-19.

Motta, Rodrigo Patto Sá (2002) *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*, São Paulo, Editora Perspectiva, FAPESP.

Pivel Devoto, Juan (1942) *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, Montevideo, Claudio García.

----- y Ranieri de Pivel Devoto, Alcira (1945) *Historia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, Editorial Medina.

Real de Azúa, Carlos (1991) *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca.

Ribeiro, Ana (1994) *Historiografía nacional (1880-1940)*, Montevideo, Ediciones de La Plaza.

Rilla, José (2008) *La actualidad del pasado*, Montevideo, Debate.

Romero, José Luis (1970) *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*; Buenos Aires, Paidós.

Zubillaga, Carlos (2002) *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

## **La Prensa durante el primer peronismo**

Sabrina Ajmechet

*La Prensa* fue fundada por la familia Paz en 1869. En aquella época, la publicación de un diario era una de las formas habituales de intervención en política (Sábato, 1998). Editar un periódico no era visto como una posible empresa comercial, sino como un medio para expresar ideas de diferentes grupos políticos. Los diarios tenían como objetivo primero transmitir opiniones, conseguir la fidelidad de aquellos que pensaban parecido y discutir con los que tenían concepciones diferentes (Alonso, 1997). Aquel formato no le daba a la información un lugar privilegiado, ya que de aparecer, los asuntos de coyuntura eran tratados desde una perspectiva predefinida, siempre tratando de influir en los acontecimientos.

En ese contexto, *La Prensa* surgió persiguiendo un fin diferente. Siguiendo el modelo americano popularizado por el *New York Times*, José C. Paz quiso desde el principio hacer un diario que se solventara por sí mismo (mediante las publicidades, los avisos clasificados y la venta de ejemplares) y que tuviera como propósito fundamental el transmitir lo que sucedía tanto en el país como en el exterior. *La Prensa* nació como un periódico moderno por la utilización de tecnología y recursos humanos, pero principalmente, por su misión informativa.

Dicho esto, no puede ignorarse que la intención informativa estaba acompañada por una mirada sobre cómo eran y cómo debían ser las cosas. Durante los primeros años del siglo XX, *La Prensa* se sumó a un pensamiento difundido entre los sectores dirigentes que planteaba que era necesario educar a la ciudadanía para tener una mejor política y una mejor sociedad (De Privitellio y Persello, 2009). Los pilares fundamentales sobre los cuales *La Prensa* fundaba sus miradas sobre lo político, lo social y lo económico eran el liberalismo y el republicanism. Desde aquellas posiciones, era habitual encontrar en la palabra del diario una constante búsqueda por infundir determinados valores, que consideraba poco presentes tanto en los ciudadanos como en la clase gobernante. El habitante-vecino-elector-representado debía ser educado y también los representantes de turno y aquellos que circunstancialmente podían encontrarse en la oposición. No había fuerza política que tuviera lo que el periódico

consideraba como necesario para hacer un buen gobierno. Todas contaban con diferentes vicios que debían ser dejados atrás. La democracia debía mejorarse, y *La Prensa* planteaba el modo de hacerlo. Tras esta visión de la política, el matutino se relacionaba con todos los partidos y todos los gobiernos, criticando a unos más y a otros menos, pero nunca apoyando a alguno. Al menos, así transcurrieron las décadas hasta que el peronismo fue una realidad en la política argentina.

La visión de *La Prensa* sobre la política al promediar el siglo XX continuaba basándose en la concepción planteada por la Constitución Nacional y las ideas dominantes del fin del siglo XIX (Nallim, 2010). La democracia liberal, la división de poderes y las libertades públicas formaban la base de un pensamiento que el diario creía moralmente correcto y profundamente verdadero (*La Prensa*, 25/10/1944). A partir de esta idea, para *La Prensa* era esperable que tanto sus lectores como el resto de la ciudadanía acompañaran sus posiciones, ya que todo aquel que no lo hiciera era porque no creía en las virtudes de la democracia, del republicanismo y del liberalismo, o dicho de un modo más llano, todo aquel que no compartiera su ideario político merecía ser caracterizado como antidemocrático, autoritario y totalitario. La democracia era una sola cosa para *La Prensa*, y no podía carecer de todos los valores que le asignaba.

En 1945 contaba con el poder que le daba ser el diario nacional más importante, por su infraestructura y su tirada. Compartía con la mayoría de los periódicos comerciales su oposición al gobierno de la Revolución de junio de 1943 y a la candidatura de Perón en las elecciones presidenciales del año siguiente, y mantenía bajo su nombre el lema: “A diferencia de gobiernos transitorios, La Prensa resiste como una rama neutra e independiente del Estado, iluminando y mirando por encima el trabajo de las otras ramas”. Pero esta idea de sólo iluminar y mirar la política, sin tener una participación más decisiva en sus acontecimientos, no tuvo un reflejo en el contexto de la campaña electoral que consagró a Perón en la presidencia. En aquella oportunidad, *La Prensa* podría haber criticado al movimiento de Perón y no decir demasiado sobre sus contrincantes, los candidatos de la Unión Democrática (UD). De esa forma, podría haber proseguido con su tradición de opinar sobre política y al mismo tiempo no plantearse dentro de ella. Podría haber elegido continuar con el modelo de actor ideológico, aquel que tiene una mirada sobre los acontecimientos pero no se involucra directamente para influir en ellos. Pero esta no fue su opción. Por primera vez en su historia, en las elecciones de 1946 *La Prensa* decidió ser uno de más de los participantes

activos dentro de la contienda política, decidió complementar el mundo de las ideas con una acción directa y acompañar su rol de actor ideológico con uno nuevo: el de actor político. Y así fue como, rompiendo su larga tradición, dijo que había unos mejores que otros y que era a aquellos a quienes se debía votar.

La estrategia que utilizó tuvo poco de original. Gran parte de los opositores al gobierno *de facto* y la candidatura de Perón veían en ellos la encarnación del nazi-fascismo en versión argentina. *La Prensa* tomó este argumento y lo reconvirtió a partir de su ideario: lo que había que defender era la democracia, que estaba puesta en juego por quienes tenían una visión y una práctica política autoritaria. Entonces, para el diario, la elección de 1946 no era un momento en el que se decidiera quién gobernaría por los próximos seis años, era mucho más que eso: allí se definirían los futuros del país, si viviríamos en democracia o si caería sobre Argentina la maldición totalitaria por la que había transitado recientemente Europa. Los modos en los que *La Prensa* fue construyendo su propia campaña a favor de la UD fueron múltiples. En primer lugar, para el diario la contienda electoral comenzó cuando la UD hizo el lanzamiento de su programa y de su fórmula presidencial, aún cuando Perón todavía no tenía más que su candidatura y grandes indefiniciones acerca de cuál sería su herramienta electoral. La forma en la que se acomodaron las alianzas electorales ayudó al diario a sostener su argumento, ya que pudo decir que de un lado estaban todos los partidos políticos argentinos y que del otro lado se encontraba un armado reciente, un invento con la única ambición de llegar al poder. Esto mantenía coherencia con la visión que tenía *La Prensa* sobre lo que tenía que hacer un partido político: educar a la ciudadanía, comprender sus problemas a partir de asambleas periódicas y poseer una carta orgánica adecuada a las coyunturas (*La Prensa*, 14/1/1946). Estos tres elementos –el rol educador, la existencia de asambleas ordinarias y de grados de institucionalización definidos y la confección de un documento donde quedaran asentados los objetivos generales y particulares del partido– sólo podían cumplirlos en aquel contexto los partidos de la UD, ya que el laborismo (PL) y la UCR Junta Renovadora (UCR-JR) no estaban siquiera completamente conformados.

Por otro lado, el modo en el cual Perón manejaba a sus partidos y la forma en la que buscaba la participación política de la ciudadanía indignaba a *La Prensa*. En su edición del 8/2/1946 se podía leer:

“Se ha escuchado en uno de los actos de propaganda electoral realizado durante la semana anterior en las provincias del litoral, la intimación a seguir al caudillo o abandonar las filas partidarias. Y uno o dos días antes se había leído algo por el estilo en una versión oficial acerca de lo tratado en la asamblea bonaerense de uno de los partidos de reciente creación. Al alegar el mejor derecho a la candidatura a gobernador de la agrupación de referencia, se recordaba lo conversado en presencia del candidato a la presidencia de la República, que en última instancia – se decía– era el llamado a decidir la cuestión. Los dos hechos revelan una concepción personal y no doctrinaria de la política. Ante las dificultades para conciliar los intereses de las agrupaciones improvisadas con el fin de sostener a un candidato, se les dice a los que miran por lo propio más que por el conductor, en un caso, que si no son capaces de seguir a un caudillo deben separarse de las filas y, en el otro, que no olviden quién ha de decir la palabra definitiva.”

El diario justificaba que en el comienzo de nuestra historia el pueblo hubiera elegido seguir a algún hombre por su personalidad atractiva, pero no podía comprender que eso sucediera a mediados del siglo XX. Era esperable para el matutino que los ciudadanos ya tuvieran por sabido que los partidos, en tanto instituciones, eran más importantes que sus hombres, porque era así como debían ser las cosas en una democracia deseable. Por lo tanto, el personalismo de Perón era anacrónico y hacía involucionar a la política argentina. Y su vicio era de origen e irreparable, en tanto el PL y la UCR-JR no eran partidos que levantaban una candidatura, sino partidos creados para levantar una candidatura.

Igualmente, los argumentos superaban el problema del personalismo. El diario hablaba de su contracara: una política no doctrinaria, no programática, no institucionalizada e, incluso, autoritaria. Vista *La Prensa* en las décadas anteriores, estas caracterizaciones podían caberle a cualquier partido. Pero en el escenario de 1946, aparentemente para el matutino los partidos tradicionales ya no tenían esos problemas, eran únicamente defectos de quien llamaba “el candidato continuista” y de su “armado electoral”.

A todo lo dicho, que aparecía en los espacios de editorialización del diario, se le sumaba el resto de las páginas, que también se convirtieron en un lugar de campaña de la UD. Tanto en los actos, las manifestaciones, las giras por el interior, los anuncios de apertura de locales y las conferencias por radiotelefonía existió por parte de *La Prensa*

una marcada preferencia a tratar los acontecimientos de la UD. Todos los actos con los candidatos para el ejecutivo y para el legislativo de la UD eran cubiertos por el diario e incluían la transcripción completa de sus discursos, mientras que los actos del PL y de UCR-JR sólo a veces conseguían algún lugar breve y secundario en sus páginas. Así como todos los discursos del Tamborini y Mosca –candidatos a Presidente y Vicepresidente de la UD– fueron transcritos de comienzo a fin, ni siquiera las palabras del cierre de campaña de Perón lograron tener una cobertura similar por parte del periódico. En cuanto a las manifestaciones, las de la UD eran las de la ciudadanía reunida, mientras que las del PL-UCR JR eran manifestaciones de elementos en mangas de camisa (*La Prensa*, 14/2/1946). Los primeros nunca causaban disturbios, siempre se desconcentraban en orden y eran aplaudidos y festejados por los vecinos a su paso. En cambio, los laboristas y los radicales de la Junta Renovadora eran desordenados, violentos y amedrentaban a los transeúntes que se oponían a vitorear a su líder. En lo referente a las giras por el interior, las de la UD eran anunciadas con días de anticipación y se listaban los lugares y las horas de llegada y partida invitando a los lugareños a recibir a la comitiva. Un enviado especial de *La Prensa* acompañaba a los candidatos en todos sus viajes, proveyéndole al diario de crónicas completas sobre cada acto producido en el interior del país. De esta forma, los lectores podían informarse, muchas veces con el soporte de fotografías, sobre las repercusiones de sus discursos y cuán exitosa era la experiencia de Tamborini y Mosca en cada lugar del interior. En cambio, las giras del laborismo y la UCR-JR sólo recibieron un lugar marginal dentro del matutino. No había ningún periodista del diario acompañando a Perón y a Quijano en sus incursiones por las provincias, por lo que las novedades eran recibidas únicamente por medio de los sistemas telegráficos del interior, lo que hacía a las noticias breves y descriptivas. No hubo una sola reunión llevada a cabo en el marco de las giras por el país que se viera referida en *La Prensa*, ninguno de los discursos enunciados por Perón, Quijano o sus candidatos a legisladores tuvo eco en las páginas del matutino. Sólo el lector atento a las noticias breves podía enterarse que habían ocurrido. *La Prensa* contaba durante el momento de la campaña electoral con una sección dedicada a promocionar la apertura y las actividades de locales situados en la Capital Federal.

La literatura existente señala el dinamismo que hubo en lo que se refiere a apertura de locales partidarios con motivo de la campaña y la gran actividad que en ellos se desplegaba (Barry, 2009; Prol, 2001; Prol, 2005; Quiroga, 2008; Tcatch y Macor, 2003).

Sin embargo, es parte de una historia sobre la cual *La Prensa* decidió no informar. Si nos basáramos en el matutino para contabilizar la apertura de locales políticos en la Capital Federal, contaríamos un promedio de 16 nuevos comités por día para la UD y un total de 7 unidades básicas abiertas durante toda la campaña para el PL y la UCR-JR. Algo similar sucede con las conferencias que los partidos transmitían por radiotelefonía. Pese a los textos que han analizado el uso de la radio como instrumento de propaganda en la llegada de Perón al poder (Luna, 1984; Luna, 2000; Melón Pirro y Quiroga, 2005; Plotkin, 1994; Sirvén, 1984), *La Prensa* sólo da información de emisiones radiales de los laboristas o de la Junta Renovadora hasta el 12 de enero de 1946. A partir de ese día y por más de un mes sólo aparecieron anuncios sobre transmisiones radiales de los actores que integraban la UD, como si hubieran sido los únicos que estaban utilizando la radio con fines proselitistas.

Los actos, las giras, las actividades de los locales y las emisiones radiales formaban parte de las secciones del periódico dedicadas a transmitir información sobre el desarrollo de la campaña electoral. No eran lugares donde la opinión del diario estuviera presente, sin embargo, como venimos señalando, sí eran lugares donde las preferencias del diario se hacían visibles. Conociendo la campaña más allá de lo que *La Prensa* nos informa acerca de ella, vemos que el diario decidió no sólo darle un lugar destacado a la unión de partidos que quería que venciera en las urnas sino que incluso omitió comunicar las actividades de los otros partidos. En lo que respecta a los lugares de editorialización, la predilección del diario se hizo notar de la forma más clara: fue habitual que los lugares de opinión transcribieran fragmentos de los discursos del Dr. Tamborini, haciendo propios los planteos y las palabras de este candidato.

Del análisis del diario durante los meses de campaña se desprende un dato más, posiblemente el que ilustra de forma más cabal sus intenciones. El nombre “Perón” no fue mencionado por el matutino durante los meses de campaña. Todas las referencias eran al “candidato continuista”, al “ex vicepresidente de la Nación”, al “ex Secretario de Trabajo y Previsión”, al “Coronel Retirado”, al “líder del Laborismo”, al “candidato de la Junta Renovadora”, pero ni una sola vez apareció el nombre Juan Perón. Tamborini siempre era Tamborini, pero Perón era el innostrado, el hombre lleno de cargos o adjetivos, pero sin nombre propio. Esta estrategia tenía como objetivo restarle importancia a su candidatura, ignorarlo, lateralizar su presencia con apelativos que mayoritariamente apelaban a mostrar una figura del pasado, un ex personaje público. *La*

*Prensa* pretendió de esta forma mostrar una elección donde existía un solo candidato a Presidente, por más que las fórmulas oficializadas fueran dos. De hecho, una vez terminada la campaña, y luego del largo proceso de recuentos de votos nunca existió en *La Prensa* un titular que le atribuyera el triunfo presidencial a Perón. Al concluir el escrutinio, el diario evitó nombrar a los ganadores, y utilizó su principal titular para señalar que “Con el escrutinio en la provincia de Buenos Aires concluyó el proceso de las elecciones generales en el país”.

El hecho de que Perón ganara las elecciones hizo que el diario comenzara a mencionarlo por su nombre, pero no por eso, a tratarlo mejor. A partir de los primeros meses de gobierno existió una fuerte política propuesta desde el Estado para disciplinar a los diarios opositores, llevada a cabo a partir de la cadena ALEA S.A. Numerosos periódicos nacionales como *Crítica*, *El Mundo*, *La Razón* y *Noticias Gráficas* y diarios provinciales pasaron a estar bajo su órbita. Algunas publicaciones dejaron de editarse y otras abandonaron las críticas al gobierno de Perón y comenzaron a legitimarlo. (Bruschi, 2006; Cane, 2000; Da Ordem y Melón Pirro, 2007; Panella, 2004; Rein y Panella, 2008; Sirvén, 1984). Pero *La Nación* y *La Prensa* fueron los únicos dos matutinos nacionales con ideas contrarias al gobierno que tuvieron la posibilidad de seguir editándose, *La Nación* durante todo el período y *La Prensa* hasta 1951, cuando sufrió primero el cierre y luego la expropiación. Mientras que la estrategia de *La Nación* fue la de tomar el lugar de una oposición ajustada a medidas concretas, incluso aceptando avances dentro de las políticas de aquel entonces, la oposición de *La Prensa* fue más totalizadora. Podía este diario estar teóricamente a favor de diversas medidas que eran tomadas, pero nunca con la forma en la que se hacían. *La Prensa* tenía un conjunto de valores, un mundo de ideas, que confrontaba con la nueva política propia del peronismo, lo que convertía al periódico y al gobierno en dos instituciones entre las cuales era imposible entablar un diálogo. Para ambos, todo lo que hacía el otro estaba mal, por más que luego de la crítica pudiera existir un reconocimiento a algunas decisiones o prácticas puntuales.

El enfrentamiento del matutino de los Paz y el gobierno de Perón trascendió el mundo de la palabra escrita. Quienes apoyaban al Presidente establecieron una costumbre que se volvió cada vez más usual: luego de las manifestaciones, se acercaban a las puertas del edificio del diario y lo apedreaban, o intentaban incendiarlo. Esta forma de intimidación por parte de los ciudadanos partidarios de Perón se vio acompañada por

una persecución judicial entablada desde el Estado, que tenía como consecuencias más visibles, por un lado, permanentes inspecciones a las oficinas del periódico y a su imprenta y, por otro lado, contantes citaciones a Paz desde los tribunales nacionales. La escasez de papel y la presión por parte de la CGT sobre empresas para que no publicitaran sus productos en las páginas del matutino persiguieron, con algún grado de éxito, el ahogo financiero del periódico. A ello se le sumó la iniciativa de promover el diario oral *Octubre*, que fue instalado con potentes altavoces frente a la redacción, dificultando las tareas cotidianas de quienes allí escribían.

Con el enfrentamiento abiertamente planteado, *La Prensa* utilizó todos sus recursos para enfrentarse al gobierno, de forma más estridente que nunca, en el momento en el que se planteó la posibilidad de una reforma electoral, que iba a ser la clave para que Perón pudiera acceder a su segundo mandato. Nuevamente, fueron dos mundos de ideas enfrentados. El matutino, al igual que el resto del arco opositor, consideraba que la Constitución de 1853 y sus valores eran los que habían hecho y seguían haciendo de la Argentina un país grande. Veían en la reforma sólo la intención del gobierno de incorporar una cláusula que permitiera la reelección presidencial. El peronismo consideraba que el texto había quedado desactualizado y había que modernizarlo. Creía que era la forma de preservar y asegurar para el futuro las mejoras sociales obtenidas hasta aquel entonces. Bajo estos dos argumentos, no había intercambio de opiniones, los unos hablaban de una cosa mientras los otros hablaban de otra. *La Prensa* pudo, al igual que en las elecciones de 1946, utilizar la idea de que era toda la oposición unida la que se resistía al cambio. Pero al sancionarse la ley que llamaba a elegir constituyentes, había un solo partido –la Unión Cívica Radical– que se presentaba defendiendo la misma idea del diario de mantener la Constitución de 1853.

La elección de representantes para reformar el texto fue, de todas las del período, la que mostró más abiertamente cuál era la posición de *La Prensa* en aquel momento. Con el mismo esquema con el que había pensado a 1946 como el momento en el que se enfrentaban dos modelos –el de la democracia y el del autoritarismo–, a fines de 1948 planteaba que la reforma de la Constitución significaría el fin de la democracia tal como se la conocía, y sería la máxima prueba de la vocación totalitaria del gobierno. Pero la diferencia entre 1946 y 1948 es que en las primeras elecciones había existido una alianza de partidos que le permitía al matutino llamar a votar a una fórmula y al mismo tiempo no verse forzado a apoyar a ningún partido político en particular. En cambio, en las

elecciones constituyentes de 1948, fue casi inexistente el margen que tuvo el diario para hacer operativa su intención de decirle a la ciudadanía a quién votar y a la vez no definirse por un partido político. Nunca dijo que había que votar a los radicales y al mismo tiempo dejó claro que había que elegir a aquellos que preservarían la Constitución existente. ¿Puede considerarse, entonces, que al decir que había que votar a aquellos que no querían cambiar la Constitución en una circunstancia en la que sólo los radicales se presentaban en la elección con ese objetivo, estaba el diario diciendo que había que votar a la UCR? ¿La causa de la preservación constitucional justificaba para *La Prensa* el hacer campaña por un partido determinado? Si bien de la lectura del diario no surge que *La Prensa* se haya pronunciado pública y abiertamente a favor del radicalismo, no es menos cierto que en términos objetivos dijo que había que elegir una opción que sólo la UCR representaba. Pero claro, esto es una interpretación del diario. Tal vez no una demasiado diferente de la que hizo el gobierno de Perón, decidiendo que esta elección fuera la última que el matutino cubriría. Después llegó el momento de la comisión Visca, del cierre y expropiación de *La Prensa* y de su reapertura, meses más tarde, ya como órgano de la CGT. Pero ese es otro diario, que sólo mantuvo el nombre y las instalaciones del que aquí nos estamos refiriendo.

### **Algunas notas a modo de conclusión, y la pregunta sobre *La Prensa* y las derechas**

Los trabajos que analizan a *La Prensa* durante el primer gobierno de Perón muestran cómo el oficialismo cambió al diario, haciendo referencia al cierre, la expropiación y el paso del histórico matutino a la publicación de la CGT. Lo que aquí hemos intentado mostrar es que el peronismo cambió a *La Prensa* mucho antes. El peronismo cambió a la política argentina con su simple aparición, y el diario más importante de aquel entonces no fue inmune a esas modificaciones. Pasó de ser un actor ideológico, “mirando la política desde arriba” (Sidicaro, 1993), a meterse en el barro, a jugar en las competencias electorales, a defender a unos y a atacar a otros. Fue, de a poco, abandonando la idea de “tribuna de ideas” y la independencia de cualquier color partidario que situarse allí le daba. Su oposición al peronismo lo acercó de forma inevitable a los otros partidos, y sus ideas se acercaban a los intereses concretos en cada coyuntura.

En este breve artículo se ha hecho un análisis a partir de dos momentos fundamentales, las dos elecciones nacionales que tuvieron mayor significación en el breve período en el que convivieron el peronismo y el diario de la familia Paz. Optar por situar la relación entre ambos en aquellos procesos ha respondido a la idea de que en tiempos electorales, especialmente en elecciones con el peso de éstas, todos los actores que se relacionan de una u otra forma con lo político son más proclives a enunciar sus puntos de vista, a condensar sus pensamientos en el breve tiempo que puede durar una campaña electoral, haciendo de ello momentos fecundos para el análisis. Pero, como cualquier otro recorte, tiene mucho de arbitrario, por lo que se torna virtuoso señalar que los comportamientos de *La Prensa* previamente planteados se hacen notorios en épocas electorales, pero también se hacen presentes en tiempos más tranquilos.

De los años de convivencia del matutino y el gobierno de Perón se desprenden principalmente dos observaciones. La primera es casi historiográfica, y lleva a asumir que los trabajos que hasta ahora han estudiado la relación entre ambos, salvo alguna singular excepción, siempre buscando signos de autoritarismo de un lado o de otro, han demostrado en su mirada ideologizada estar simplificando un proceso que gana riqueza al quitarle preconcepciones y conceptualizaciones demasiado rígidas. La segunda, ya adentrándose en la relación entre ambos actores, es la comprensión de que durante este período el diario mantuvo un conjunto de ideas y una visión sobre la política muy ligada al mundo decimonónico, mientras que el peronismo se relacionó con la política desde otro lugar, rompiendo con aquella experiencia liberal y creando, a su vez, una política diferente. La oposición de *La Prensa* respondió mucho más a las formas en las que el peronismo planteaba cada acción, que a las medidas concretas. Estuvo a favor del otorgamiento de mayores derechos sociales, de la ampliación de ciudadanía política al incorporar tanto a las mujeres como a los territorios nacionales y de los avances obtenidos durante los primeros años en materia económica. Pero jamás estuvo de acuerdo con las formas. Y que las formas le parecieran a *La Prensa* razón suficiente para convertirse en un constante opositor era parte de ese conjunto de ideas que siempre había planteado el periódico, donde los medios eran tan importantes como los fines.

Situados en este Taller, cuya pretensión principal es explorar a las derechas, se hace necesario introducir una nota complementaria. En una realidad política como la argentina, donde es inusual –al menos en lo que respecta al período aquí estudiado– encontrar actores, instituciones o partidos que se definan a sí mismos como de derecha,

han existido ciertos intentos por pensar a *La Prensa* como un diario que de alguna forma crearía y reproduciría un imaginario de derecha. Lo cierto es que esto no se desprende ni de sus páginas ni de sus decisiones. Durante la década que antecedió al peronismo, el diario se dedicó a criticar de forma pareja a los partidos conservador y radical, rescatando en todo caso algunas miradas del socialismo y del demócrata-progresismo. Ya en ese entonces lo hacía desde el mismo lugar desde el cual se opondría luego al peronismo: levantando las ideas de república, democracia y liberalismo propias de fines del siglo XIX. Y estas tres líneas rectoras difícilmente se puedan acercar a un pensamiento propio de las derechas. El énfasis estaba puesto en las instituciones, en el respeto del individuo, en la libertad de expresión y en la libertad de acción. Pero también dentro de aquel armado ideológico se planteaba el rol preeminente del Estado, la necesidad de formar a la ciudadanía y de erradicar de la vida política argentina los vicios que la empequeñecían –desde la política criolla hasta formas autoritarias de gobernar. Y de este pensamiento propio del liberalismo político clásico no se desprenden claves que nos ayuden a nosotros a situar al diario bajo el clivaje de izquierda y derecha, o de izquierdas y derechas. En el Taller que dio origen a este trabajo, luego de mi exposición, uno de los presentes me dijo con seguridad “*La Prensa* no era de derecha. Era liberal progresista en todo caso.” No sé demasiado bien qué es ser liberal progresista, como tampoco tengo del todo claro qué era ser de derecha en el primer peronismo. La conclusión a la cual arribo a partir de la investigación es que *La Prensa* no da herramientas para pensarla como un actor de derecha. Partidariamente, las miradas que rescataba eran las del Partido Demócrata Progresista, las del Partido Comunista, las del Socialista y las del sector intransigente del partido radical. Se enfrentaba a la Iglesia, al Ejército y a tantas otras instituciones en las que rápidamente se piensa cuando se quiere hablar de derechas aquí. Posiblemente lo que se necesite es deconstruir a los opositores al peronismo y, nuevamente lejos de aproximaciones ideologizadas, comprender que aquellos que se opusieron al peronismo eran antiperonistas, pero no eran la derecha.

#### **¿Cómo citar este artículo?**

Sabrina Ajmechet, “*La Prensa* durante el primer peronismo”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

- Alonso, Paula (1997) "En la primavera de la historia" El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 15-1, Buenos Aires.
- Barry, Carolina (2009) *Evita Capitana, El partido peronista femenino 1949-1955*, Buenos Aires, Eduntref.
- Bertoni, Lilia Ana y De Privitellio, Luciano (comp.) (2009) *Conflictos en democracia, La política en la Argentina, 1852-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bruschi, Valeria (2006) "La Revista y la búsqueda de la hegemonía católica en Tandil durante los gobiernos peronistas, 1945-1955", ponencia presentada en las Jornadas sobre la política en Buenos Aires en el siglo XX, CEHP, UNSAM.
- Cane, James (2000) *Shattering the Ink Mirror: State, Ideology and the Transformation of the Press in Peronist Argentina, 1945-1951*, tesis de doctorado, Berkeley University.
- Da Ordem, María Liliana y Julio César Melón Pirro (comp.) (2007) *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas 1943-1958*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Luna, Félix (1984) *El cuarenta y cinco*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2000) *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 3 tomos.
- Mackinnon, María Moira (2002) *Los años formativos del partido peronista*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Melón Pirro, Julio y Nicolás Quiroga (comp.) (2005) *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas políticas, 1946-1955*. Editorial Dialektik, Buenos Aires.
- Nallím, Jorge (2010) "An Unbroken Loyalty in Turbulent Times: La Prensa and Liberalism in Argentina, 1930-1946", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* (20: 2), Universidad de Tel Aviv.
- Panella, Claudio (2004) "Las elecciones presidenciales de 1946 y el peronismo naciente vistos por el periódico La Vanguardia", *Amnis*, 4, Université de Bretagne Occidentale. Disponible en <http://amnis.revues.org/772>
- Plotkin, Mariano (1994) *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel.
- Prol, María Mercedes (2001) "Peronismo y prácticas políticas. Sur de Santa Fe, 1945", *Estudios Sociales*, 21, pp. 107-127.
- (2005) "El partido peronista en Santa Fe (1946-1951)", ponencia presentada en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Rosario.
- Quiroga, Nicolás (2008) "Las Unidades Básicas durante el primer peronismo. Cuatro notas sobre el Partido Peronista a nivel local", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/index30565.html>
- Rein, Raanan y Claudio Panella (comp.) (2008) *Peronismo y prensa escrita. Abordajes, miradas e interpretaciones nacionales y extranjeras*. La Plata: Editorial de la Universidad de La Plata.
- Sábato, Hilda (1998) *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Sidicaro, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*; Buenos Aires, Sudamericana.
- Sirvén, Pablo (1984) *Perón y los medios de comunicación (1943-1955)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Tcach, César y Darío Macor (eds.) (2003) *La invención del peronismo en el interior del país*, Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional del Litoral.

## Sobre los autores

### **Sabrina Ajmechet**

Licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires y Magister en Historia del IDAES. Becaria Doctoral Tipo II del CONICET. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de la de la Escuela de Política y Gobierno de la UNSAM. Es autora de trabajos sobre elecciones en el primer peronismo. E-mail: [ajmechet@gmail.com](mailto:ajmechet@gmail.com)

### **Ernesto Bohoslavsky**

Doctor en Historia. Actualmente es investigador-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento e investigador adjunto del CONICET. Se ha dedicado en los últimos años a investigar historia de las derechas en Argentina, Brasil y Chile. Es autor de *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile, siglos XIX y XX* (Buenos Aires, 2009). E-mail: [ebohosla@ungs.edu.ar](mailto:ebohosla@ungs.edu.ar)

### **Humberto Cucchetti**

Doctor en Sociología e Historia (Universidad de Buenos Aires- Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales), investigador del CONICET en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL) y miembro del proyecto “Internationalisation des droites radicales Europe- Amérique Latine” (IDREA- Maison des Sciences de l’Homme Lorraine, 2011- 2014). Acaba de publicar *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros* (Buenos Aires, 2011). E-mail: [hcucche@gmail.com](mailto:hcucche@gmail.com)

### **María Valeria Galván**

Licenciada en Sociología (UBA), Magister en Sociología de la Cultura por el IDAES de la Universidad Nacional de San Martín. Actualmente está finalizando su doctorado en Historia en la Universidad Nacional de La Plata, con Beca del CONICET. Ha publicado algunos trabajos sobre la historia cultural de Tacuara y el nacionalismo argentino de la década del sesenta. E-mail: [galvan.valeria@googlemail.com](mailto:galvan.valeria@googlemail.com)

### **Gabriela Gomes**

Profesora en Historia por la Universidad Nacional de General Sarmiento y candidata a Magister en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional San Martín. Actualmente es becaria del programa de becas de posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y docente de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: [ggomes@ungs.edu.ar](mailto:ggomes@ungs.edu.ar)

### **Mariana Iglesias**

Profesora de historia y magister en ciencias sociales. Actualmente, es docente de la Universidad Nacional de San Martín, becaria doctoral del CONICET y estudiante del Doctorado en Ciencia Política de la UNSAM. E-mail: [marianaigles@gmail.com](mailto:marianaigles@gmail.com)

### **Olga Echeverría**

Profesora, Licenciada y Doctora de Historia. Profesora Adjunta ordinaria de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires e Investigadora Adjunta del CONICET. Ha publicado artículos en revistas argentinas y extranjeras de la

especialidad y es autora de *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX* (Rosario, 2009). E-mail: [olgaecheverria@hotmail.com](mailto:olgaecheverria@hotmail.com)

**Rosana Martín**

Profesora Universitaria de Economía y estudiante de la Licenciatura en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Fue becaria de investigación y docencia en esa universidad y estudió en la Universidade de Brasilia. En la actualidad formo parte de la ONG Enseñá por Argentina / Red global educativa Teach for all. E-mail: [rosana\\_martin21@hotmail.com](mailto:rosana_martin21@hotmail.com)

**Sergio Morresi**

Doctor en Ciencia Política (USP), Investigador del Conicet y coordinador de la carrera de Estudios Políticos de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Email: [smorresi@ungs.edu.ar](mailto:smorresi@ungs.edu.ar)